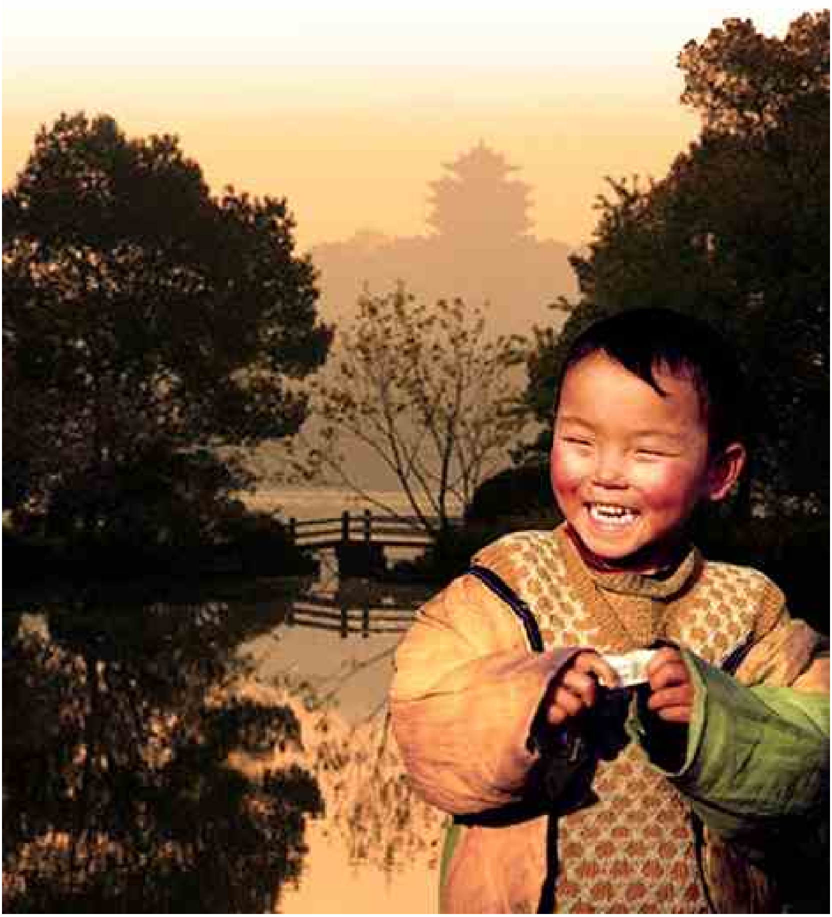
Seix Barral Formentor

Yu Hua

¡Vivir!



¡Vivir!

Hua, Yu

Título: ¡Vivir!
@1993 Hua, Yu
Título original: *Huozhe*
Traductor: Anne-Hélène Suárez Girard
Editorial: Seix Barral
ISBN: 9788432228735

Reseña:

Después de gastar toda la fortuna de su familia en el juego y en burdeles, el joven Fugui, único heredero de la familia Xu, no tiene otra solución que convertirse en un honesto granjero. Obligado por el Ejército a separarse de su familia, es testigo de los horrores de la Guerra Civil. Años después, tiene que hacer frente a las penurias de la Revolución Cultural. Con un buey como único compañero en sus últimos días, Fugui consigue sobrevivir gracias a su amor por la vida. Esta novela celebra la inalterable voluntad de vivir por encima de las desgracias y los golpes del destino.

¡Vivir!

Con diez años menos que ahora, encontré un trabajo que era una bicoca, consistente en recorrer el campo en busca de canciones populares. Durante todo ese verano, como un gorrión revoloteando a su aire, estuve vagando por una zona rural inundada de sol y de cigarras.

Me gustaba beber ese té acre de los campesinos. Dejaban los cubos de té bajo los árboles de las sendas que separaban los bancales, y yo, sin el menor escrúpulo, cogía un tazón incrustado de posos, lo llenaba hasta arriba y bebía directamente, además de llenar mi cantimplora; intercambiaba unas cuantas tonterías con los hombres que trabajaban en los bancales y me iba como si tal cosa en medio de las risitas furtivas que mi presencia había provocado entre las chicas.

Un día estuve charlando toda una tarde con un anciano que vigilaba un melonar, fue la vez en que más melones comí en toda mi vida; cuando me levanté para despedirme, me vi de repente andando con paso pesado de embarazada. Luego me senté en el quicio de una puerta con una abuela, que me cantó *Encinta de diez lunas*[1] mientras tejía sandalias de esparto.

Lo que más me gustaba era sentarme delante de alguna casa de pueblo, cuando llegaba el crepúsculo, a contemplar cómo rociaban el suelo con agua del pozo, para abatir el polvo en suspensión, mientras el haz luminoso del poniente acariciaba la cima de los árboles. Cogía entonces el abanico que me ofrecían, probaba sus verduras en salmuera, más saladas que la mar, miraba a las chicas, hablaba con los hombres.

Iba con un sombrero de paja de ala ancha en la cabeza, chanclas en los pies y una toalla colgada del cinturón por detrás, que iba azotándome el trasero como la cola de un caballo. Me pasaba el día lanzando grandes bostezos, recorriendo sin rumbo los caminitos que separaban los campos, con las chanclas chasqueando —*tris tras, tris tras* — y levantando nubes de polvo como si fueran estrepitosas ruedas de

carro.

Deambulaba por todas partes, sin saber ya muy bien en qué aldeas había estado y en cuáles no. A menudo, al aproximarme a algún pueblo, oía a los niños gritar:

—¡Ya está aquí el bostezón!

Así se enteraban en el pueblo de que había vuelto el hombre que sabía contar historias picantes y cantar canciones de amor. En realidad, todas esas historias picantes y esas canciones de amor las había aprendido de ellos. Yo sabía qué era lo que les gustaba y, naturalmente, eso mismo era lo que me gustaba a mí.

Una vez me encontré con un anciano sollozando, sentado en al borde de un campo con la cara tumefacta y amoratada, totalmente alterado por la tristeza que llevaba dentro. Cuando me vio acercarme, alzó el rostro, y su llanto se hizo más sonoro. Le pregunté quién le había dado esa paliza. Mientras se rascaba el barro del pantalón, me contestó furioso que había sido el descastado de su hijo. Pero luego, cuando le pregunté por qué, no fue capaz de responder más que con evasivas, y comprendí inmediatamente que sin duda había intentado algo poco honroso con su nuera.

Otra noche iba yo con una linterna, a toda prisa en la oscuridad, cuando iluminé junto a una laguna dos cuerpos desnudos, uno encima del otro. Al alumbrarlos quedaron inmóviles, salvo una mano que se rascó discretamente la pierna. Apagué inmediatamente la linterna y me alejé.

Una tarde, en plena temporada agrícola, entré a pedir agua en una casa que tenía la puerta abierta de par en par. Un hombre en calzones, de semblante turbado, me cortó el paso y me arrastró en volandas hasta el pozo. Allí me extrajo solícito un cubo de agua y, acto seguido, corrió de nuevo a su casa escabullándose como un ratón.

Vi con frecuencia este tipo de cosas, casi tantas veces como canciones oí, de modo que, al contemplar esa tierra rebosante de verdor, entendía mejor por qué la región era tan fértil y productiva.

Ese verano faltó poco para que me echara novia. Conocí a una joven preciosa, de las que enamoran. Aún hoy su carita morena resplandece ante mis ojos. Cuando la vi, estaba sentada en la hierba, a la orilla del río, con el pantalón remangado, agitando una vara de bambú mientras cuidaba de unos patos rollizos. Esa chica de dieciséis o diecisiete años pasó conmigo, muy tímida, toda una tarde tórrida. Cada vez que sonreía bajaba profundamente la cabeza. La vi bajarse

disimuladamente las perneras del pantalón, y luego ocultar sus pies descalzos en la hierba. Esa tarde estuve diciéndole lo primero que me pasaba por la cabeza, vendiéndole mis planes de llevarla de excursión, y la chica se mostraba asustada y encantada a la vez. Yo al principio estaba muy exaltado, y todas esas cosas las dije de corazón. Sólo me importaba lo feliz y a gusto que me sentía a su lado, sin pensar ni un momento en el futuro. Pero luego, cuando vinieron sus tres hermanos mayores, fuertes como toros, me llevé un susto tremendo y me pareció que tenía que poner pies en polvorosa si no quería verme obligado a tomarla por esposa.

Cuando me encontré con ese anciano llamado Fugui[2], acababa de llegar el verano. Esa tarde, busqué la sombra de un árbol frondoso. El algodón de los campos ya había sido cosechado, y unas cuantas mujeres con pañuelo en la cabeza estaban arrancando los tallos; el trasero se les movía al sacudir el barro adherido a las raíces. Me quité el sombrero de paja y descolgué la toalla para enjugarme el sudor de la cara. A mi lado había una laguna lanzando destellos bajo el sol. Me senté enfrente, apoyado en el tronco de un árbol. Enseguida me vino sueño, así que me tumbé en la hierba, me cubrí el rostro con el sombrero y, con la mochila a modo de almohada, a la sombra del árbol, cerré los ojos.

Así, con diez años menos que ahora, tumbado entre la hierba y la enramada, dormí durante dos horas. Entretanto, alguna que otra hormiga se me subió a las piernas; pero mis dedos, aun en lo más profundo de mi sueño, las expulsaban con certeros capirotazos.

Más tarde, me pareció que había llegado a la orilla un viejo, impulsando su balsa con una pértiga, y se había puesto a dar voces a lo lejos. Me arranqué del sueño, y oí los gritos con nitidez. Al levantarme, vi junto a los campos a un anciano tratando de convencer a un viejo buey.

El buey de labranza, quizá profundamente cansado, permanecía allí plantado, cabizbajo. Detrás, con la espalda desnuda, el anciano que llevaba el arado parecía descontento de la actitud apática del viejo buey. Le oí decir con voz sonora:

—El buey ara el campo, el perro vigila la casa, el monje mendiga, el gallo anuncia la mañana, y la mujer teje, ¿dónde se ha visto un buey que no are? Así ha sido desde la antigüedad. ¡Vamos! ¡Muévete!

Como si reconociera su error, al oír las voces del anciano, el viejo buey cansado levantó la cabeza y avanzó tirando del arado.

Vi que la espalda del anciano y el lomo del buey eran igual de

oscuros; dos existencias que entraban en el crepúsculo, surcando el duro suelo de ese campo, alzando terrones como olas en la superficie del agua. Entonces oí al anciano cantar, con voz cascada pero conmovedora, una canción de los viejos tiempos. Primero tarareó un largo preludio, luego llegaron dos versos de la letra:

Me quiere por yerno el emperador,
pero está tan lejos que no pienso ir.

Como estaba lejos, no le apetecía ir a convertirse en yerno del emperador. Al ver al anciano tan presuntuoso, no pude reprimir una carcajada. Quizá porque el buey aminoró el paso, el anciano volvió a gritarle:

—¡Erxi y Youqing, no aprovechéis para holgazanear! ¡Jiazhen y Fengxia, aráis bien! ¡Y tú, Kugen, tampoco lo haces mal!

¿Cómo podía ser que un solo buey tuviera tantos nombres? Lleno de curiosidad, fui hasta el borde del campo.

—¿Cuántos nombres tiene este buey? —pregunté al anciano, que se aproximaba.

Se detuvo, apoyado en el arado, y me examinó de arriba abajo.

—Eres de la ciudad, ¿no? —preguntó.

—Sí —asentí.

—Lo he visto a la primera —dijo, ufano.

—Bueno, pero ¿cuántos nombres tiene este buey? —dije.

—Se llama *Fugui*, sólo tiene un nombre —respondió.

—Pues hace un momento ha usado usted varios.

—¡Ah, ya! —dijo el anciano riendo con alegría.

Me hizo señas de que me acercara, con aire misterioso. Cuando estuve a su lado, abrió la boca para hablar, pero al ver que el buey erguía el testuz se interrumpió para regañarlo.

—¡No andes fisgoneando! ¡Baja la cabeza!

Y efectivamente el buey bajó la cabeza.

—No quiero que sepa que trabaja solo —me contó el anciano en voz baja—. Por eso digo otros nombres, para engañarlo. Así, al oír que hay otros bueyes trabajando, no se me enfada, y además trabaja con más ánimo.

Bajo el sol, el anciano reía lleno de vida. Las arrugas de su rostro renegrido se movían de regocijo, llenas de barro incrustado, entrecruzándose como los senderos que separaban los bancales.

Luego el anciano se sentó bajo el árbol frondoso. En esa tarde saturada de sol, me contó su vida.

* * *

Hace más de cuarenta años, mi padre iba y venía por aquí a sus anchas, con su túnica de seda negra y las manos siempre a la espalda.

—Voy a dar una vuelta por mis tierras —le decía a mi madre al salir de casa.

Cuando mi padre andaba por su finca, los aparceros que estaban trabajando, nada más verlo, sujetaban con las dos manos el azadón para saludarlo con todo respeto.

—Amo…

Cuando iba a la ciudad, la gente lo llamaba «señor». Mi padre era un hombre de alta categoría, pero a la hora de cagar era igual que los pobres. No le gustaba cagar en la habitación, en el bacín de al lado de la cama, prefería hacerlo en el campo raso, como el ganado. Cada día, al atardecer, salía de casa, echando eructos que sonaban como cuando croan las ranas, y se iba despacio, despacio, hacia las tinajas de estiércol que había en la entrada del pueblo.

Cuando llegaba a las tinajas, como le daba asco la suciedad de los bordes, se encaramaba encima de una y se ponía en cuclillas. Mi padre era mayor, y a la mierda, que envejecía con él, le costaba salir; así que nosotros, desde casa, oíamos los gritos de dolor que pegaba allá en la entrada del pueblo.

Mi padre llevaba varias décadas cagando así, y a los sesenta y tantos todavía era capaz de encaramarse a la tinaja del estiércol y quedarse allí en cuclillas un buen rato. Tenía las piernas tan fuertes como las garras de los pájaros. Le gustaba mirar cómo el cielo se iba oscureciendo poco a poco, hasta cubrir por completo sus campos. Cuando mi hija Fengxia tenía tres o cuatro años, iba mucho a la entrada del pueblo a ver cagar a su abuelo. Mi padre, a fin de cuentas, era mayor, y de tanto quedarse en cuclillas encima de la tinaja le temblaban un poco las piernas.

—Abuelo, ¿por qué te mueves así? —le preguntaba Fengxia.

—Es el viento —le decía él.

En aquellos tiempos, la situación económica de nuestra familia todavía no era mala. Los Xu teníamos más de cien *mu*[3] de tierra: todo lo que ves de aquí hasta las chimeneas de esa fábrica era nuestro. Mi

padre y yo éramos el señorón y el señorito, conocidos en todas partes. Cuando íbamos andando, nuestros zapatos de suela herrada sonaban como monedas entrechocándose. Mi mujer, Jiazhen, era hija del tratante de arroces de la ciudad. Ella también era de familia rica. Cuando una mujer rica se casa con un hombre rico, se juntan dos fortunas, y el dinero —*cataclín, cataclín*— corre que da gusto. Hace ya cuarenta años que no oigo ese sonido.

Yo era el inútil de la familia Xu. Por decirlo como mi padre, era un bastardo.

Estudié unos años en la escuela privada. Lo que más me gustaba era cuando el maestro, con su túnica larga, me mandaba leer en voz alta. Entonces yo me levantaba, con el *Texto de los mil caracteres*[4] en la mano, encuadernado a la antigua, y decía al maestro:

—Escúchame bien, chaval, que tu padre te va a leer un trozo.

Y mi maestro, que tenía más de sesenta años, le decía a mi padre:

—No cabe duda de que el joven amo tiene todas las papeletas para, de mayor, ser un mangante de tomo y lomo.

Desde pequeño no tuve remedio, eso lo decía mi padre. El maestro de casa decía que yo era como la madera podrida, imposible de tallar. Ahora, cuando lo pienso, veo que tenían razón, pero al principio no me lo parecía. Pensaba que yo era rico, que era la única vara de incienso de la familia Xu, su único descendiente, y que, si me apagaba, el linaje de los Xu quedaría sin posteridad.

Yo nunca iba a la escuela a pie, me llevaba a cuestas uno de los peones de mi casa. Y, cuando salía de clase, él ya estaba allí, respetuosamente agachado y en cuclillas. Entonces yo me subía a su espalda y le daba unas palmadas en la cabeza.

—¡Changgen, a correr! —le decía.

Y el peón Changgen echaba a correr. Yo iba tambaleándome como un gorrión en la punta de una rama.

—¡Vuela! —le ordenaba.

Y Changgen se ponía a dar saltos, para dar la impresión de que volaba.

Ya de adulto, me gustaba ir de picos pardos a la ciudad. A menudo me pasaba diez o quince días sin volver a casa. Iba vestido de seda blanca, con el pelo pringoso de brillantina, liso y reluciente. Cuando me ponía delante del espejo y me veía así, con la cabeza toda barnizada de negro, me parecía que tenía la pinta de un ricachón.

Me gustaba andar metido en burdeles y oír a esas mujerzuelas que

se pasaban la noche de cháchara y risitas. Escucharlas daba tanto gusto como cuando te rascas donde te pica. El hombre, una vez que es capaz de pasarse el día de putas, ya no puede evitar darse al juego. Ir de putas y apostar son tan inseparables como el brazo y el hombro. Con el tiempo fui prefiriendo el juego, y lo de ir de putas ya sólo lo hacía para relajarme un poco, igual que cuando bebes mucha agua y tienes que aliviarte o, hablando en plata, tienes que mear. En cambio, el juego era completamente diferente. Me divertía y, al mismo tiempo, me ponía muy tenso. Pero sobre todo era esa tensión lo que me daba un bienestar indescriptible.

Antes me pasaba la vida rascándome la barriga, todo el día apático. Por las mañanas, al despertarme, mi única preocupación era cómo iba a matar el tiempo ese día. Mi padre no paraba de quejarse y me regañaba por no haber honrado a los antepasados. Yo pensaba que honrar a los antepasados tampoco era algo que sólo pudiera hacer yo, y decía para mis adentros: «¿A santo de qué no voy a poder yo disfrutar de la vida por pensar en latazos como honrar a los antepasados?» Además, mi padre, de joven, era igual que yo. Los ancestros de mi familia tenían más de doscientos *mu* de tierra. Cuando llegaron a sus manos, empezó a tirar la casa por la ventana, y enseguida los doscientos se quedaron en cien.

—Tú tranquilo, hombre, que ya honrará mi hijo a los antepasados —le dije un día.

Siempre hay que dejar algo bueno a la siguiente generación, ¿no? Al oírlo, mi madre se echó a reír y me contó en secreto que mi padre, de joven, había dicho exactamente lo mismo a mi abuelo. Así que yo pensé: «¡Claro, ahí está! Se empeña en que haga yo lo que él fue incapaz de hacer, ¿cómo voy a aceptarlo?»

En esa época, mi hijo Youqing aún no había nacido, y mi hija Fengxia acababa de cumplir cuatro años. Jiazhen estaba embarazada, de seis meses y, como es natural, estaba más bien feúcha. Andaba como si fuera sujetando un panecillo con la entrepierna, con los pies hacia fuera en lugar de hacia delante, y yo le tomé manía.

—¡Tú, desde luego, basta que te sople el viento para que te pongas hecha una bola! —le decía.

Jiazhen nunca me llevaba la contraria. Al oír esas palabras tan denigrantes, hacía de tripas corazón y se limitaba a contestar con dulzura:

—Pues el viento no fue.

A partir de cuando me puse a jugar, en cambio, sí que quise de verdad honrar a los antepasados recuperando ese centenar de *mu* que mi padre había perdido. Un día de ésos, mi padre me preguntó qué demonios hacía yo vagueando en la ciudad.

—Ya no hago el vago, me dedico a los negocios —le dije.

—¿Qué negocios?

Al oír mi respuesta, se puso hecho un basilisco. De joven, él también había contestado lo mismo a mi abuelo, y sabía que yo jugaba. Se quitó uno de sus zapatos de tela y se puso a pegarme. Yo iba apartándome y esquivándolo, creyendo que serían unos cuantos golpes y ya está. Pero ese padre mío, que no tenía fuerzas más que para toser, cuanto más pegaba más se ensañaba. Además, ¡ni que yo fuera una mosca, para que anduviera él arreándome zapatazos!

—¡Padre, para de una puñetera vez! —le dije agarrándole la mano —. ¡Di tú que te lo consiento porque me trajiste al mundo, que si no...! ¡Que pares de una puñetera vez!

Lo tenía agarrado por la derecha, pero él se quitó el otro zapato con la izquierda, con intención de seguir pegándome. Le agarré también la izquierda, así ya no podía hacer nada. Estuvo un buen rato temblando de rabia antes de gritarme:

—¡Bastardo!

—¡Vete a la mierda!

Lo empujé con las dos manos, y él dio un traspié y cayó de culo en un rincón.

De joven, lo que es comer, beber, ir de putas, jugar, todo lo que hace un sinvergüenza, lo hice. El burdel adónde iba más a menudo tenía un nombre simple: La Casa Verde[5]. Había allí una puta regordeta que me gustaba mucho. Cuando andaba, sus nalgas parecían los dos faroles que se balanceaban colgados a la entrada. Cuando estaba en la cama dale que te pego, yo, que estaba encima de ella, tenía la impresión de estar tumbado en un barco que fuera meciéndose, meciéndose, en las aguas de un río. Muchas veces le pedía que me llevara a cuestas de paseo, y así íbamos por la calle, yo montado encima de ella como a lomos de un corcel.

Mi suegro, el señor Chen, tratante de arroces, estaba detrás del mostrador de su tienda, con su túnica de seda negra. Cada vez que pasábamos por delante, yo frenaba a la puta tirándole del pelo, me quitaba el sombrero y le presentaba mis respetos a mi suegro.

—¿Qué tal se encuentra últimamente?

A mi suegro se le quedaba cara de huevo de mil años,[6] y yo seguía mi camino muerto de risa. Más tarde, mi padre me contó que varias veces mi suegro había enfermado del coraje que yo le provocaba.

—¡Venga ya! Si tú, que eres mi padre, nunca te has cabreado como para caer enfermo, ¿por qué demonios voy a tener yo la culpa cada vez que a él le da un patatús?

Mi suegro me temía, y yo lo sabía. Cuando pasaba por delante de la tienda montado en la puta, él, veloz como una rata, se escabullía en la trastienda. No se atrevía a recibirme. Pero un yerno, cuando pasa por delante de la tienda de su suegro, alguna muestra de cortesía tiene que tener, ¿no?, ¡qué menos! Así que lo saludaba a voz en grito mientras él huía.

La vez más espectacular fue después de la rendición de los retacos japoneses, cuando el ejército nacional estaba a punto de entrar en la ciudad recuperando el territorio perdido.

Ese día había una animación de las de verdad. Las aceras estaban abarrotadas de gente con banderines de colores; en todas las tiendas ondeaba la bandera con el sol blanco sobre fondo azul cielo; mi suegro, además, había colgado en la fachada de la suya un retrato de Chiang Kai—shek tan grande como la puerta doble, y sus tres empleados estaban firmes debajo del bolsillo izquierdo de Chiang.

Ese día me había pasado toda la noche jugando en La Casa Verde. Tenía la cabeza espesa y pesada, como si fuera un saco de arroz colocado sobre mis hombros. Pensé que llevaba algo más de quince días sin volver a casa y que la ropa me olía a agrio, así que saqué de la cama a la puta gorda y le dije que me llevara a casa. Mandé que nos siguiera un palanquín que la llevara de vuelta al burdel una vez que me dejara en mi casa.

La puta iba refunfuñando mientras me llevaba a cuestas hacia la puerta de la ciudad. Decía algo así como que ni al dios del trueno se le ocurría despertar a la gente que duerme; que ella acababa de quedarse dormida cuando yo la desperté; y que yo era un desalmado. Le metí un yuan de plata por el escote, y eso le cerró el pico. Nos acercábamos a la puerta de la ciudad cuando vi toda esa gente a cada lado de la calle, y de repente recobré toda mi energía.

Mi suegro era el presidente del gremio de comerciantes de la ciudad. Lo vi desde muy lejos, dando órdenes en medio de la calle.

—¡Firmes! —gritaba—. ¡Firmes! ¡En cuanto llegue el ejército nacional, todos a aplaudir y a jalear!

—¡Por ahí viene, por ahí viene! —gritó alguien riendo, al verme llegar.

Mi suegro creyó que el que venía era el ejército nacional y se hizo a un lado inmediatamente. Yo presionaba con las piernas los costados de la puta, como se azuza un caballo.

—¡Corre, corre! —le decía.

En medio de las risotadas de la multitud que había en las aceras, la puta, jadeando y conmigo a cuestas, se echó a trotar.

—¡De noche me aplastas y de día me montas! —renegaba ella—. ¡Eres un desalmado! ¡Tú lo que quieres es matarme!

Yo, con una sonrisa de oreja a oreja, iba distribuyendo saludos y reverencias a diestro y siniestro. Y cuando llegamos a la altura de mi suegro, frené a la puta con un tirón de pelo.

—¡So, so!

Ella pegó un grito y se paró.

—Mi señor suegro, vuestro yerno os desea los buenos días.

Esa vez sí que dejé a mi suegro en el más completo de los ridículos. Se quedó allí pasmado, con los labios temblando.

—Venerable pariente, márchese —dijo por fin al cabo de un rato, con una voz cavernosa que ni siquiera parecía la suya.

Por supuesto, mi mujer Jiazhen estaba al corriente de esas correrías mías por la ciudad. Jiazhen era una buena mujer. Haber tenido en esta vida la suerte de casarme con una mujer tan sensata y virtuosa debe de ser una compensación por haber sido un perro en la anterior y habérmela pasado ladrando. Conmigo, siempre ponía a mal tiempo buena cara. Cuando yo andaba por ahí haciendo el ganso, ella sufría por dentro, pero nunca me reprochó nada, igual que mi madre.

Realmente, mis juergas en la ciudad fueron un poco excesivas. Jiazhen, como es natural, vivía con el corazón en un puño, tan angustiada que no podía quedarse con los brazos cruzados. Un día, yo había vuelto de la ciudad y acababa de sentarme. Jiazhen vino, toda risueña, trayendo una bandeja con cuatro platos que colocó delante de mí, y me llenó un vaso de vino. Luego se sentó a mi lado por si necesitaba algo más. Su sonrisa radiante me extrañó, me preguntaba qué podía haber pasado que le diera esa alegría, me rompí la cabeza tratando de ver si había algo que celebrar. Se lo pregunté, pero ella no contestó; se limitó a mirarme con su sonrisa radiante.

Los cuatro platos eran de verdura, y Jiazhen los había preparado cada uno de una manera distinta. En cambio, todos tenían en el fondo

un trozo de carne de cerdo de igual tamaño. Al principio, no le di importancia. Pero al llegar al último cuenco, vi que debajo de la verdura también había un trozo de carne de cerdo. Primero me quedé parado, pero luego me eché a reír. Me di cuenta de lo que quería decir Jiazhen. Me estaba indicando: las mujeres pueden parecer diferentes de cintura para arriba, pero de cintura para abajo son iguales.

—Eso ya lo sabía —le dije.

Lo sabía, sí, pero con todo y eso, cuando veía a una mujer que parecía diferente de cintura para arriba, seguía pensando que lo era de cintura para abajo, no tenía remedio.

Jiazhen era así. Si estaba descontenta conmigo, nunca lo mostraba; lo que hacía era llamarme la atención de manera indirecta y dando rodeos. Pero yo no aprendía ni por las buenas ni por las malas. Ni los zapatazos de mi padre ni los platos de Jiazhen lograban detenerme: a mí, erre que erre, me seguía gustando ir a la ciudad y andar metido en burdeles. Mi madre era la única que sabía de verdad lo que tenemos los hombres en la cabeza.

—Los hombres son todos unos gatos golosos —le decía a Jiazhen.

Con esas palabras, mi madre no sólo me justificaba, también revelaba el pasado oscuro de mi padre. Él estaba en su silla; al oírlo, entornaba los ojos dejándolos como dos rendijillas, y se reía. De joven, él tampoco era nada formal. Sólo de viejo, cuando ya no le daba el cuerpo para andar follando, sentó cabeza.

La Casa Verde también era donde yo jugaba, casi siempre al mah—jong, al *paijiu*[7] o a los dados. Cada vez que jugaba perdía y, cuanto más perdía, más deseaba recuperar los más de cien *mu* de tierra que había dilapidado mi padre de joven. Al principio, cuando perdía, pagaba al contado. Cuando dejé de tener dinero, iba a robar las joyas de mi madre o de Jiazhen. Hasta llegué a robar la gargantilla de oro de mi hija. Luego ya pasé directamente a pagar a crédito. Mis acreedores conocían la situación económica de mi familia, de modo que me fiaban. Y a partir de entonces ya no supe ni cuánto perdía. Tampoco me lo decían los acreedores: cada día que pasaba iban contando para sus adentros los cien *mu* de tierra de mi familia.

Hasta después de la Liberación no supe que los ganadores habían amañado las partidas. Con razón perdía yo siempre: habían ido cavando una trampa para hacerme caer en ella.

En esa época, había en La Casa Verde un tal señor Shen, de casi sesenta años. Tenía los ojos más relucientes que los de un gato. Vestía

una túnica de algodón azul, y andaba más tieso que un pincel. Normalmente estaba sentado en un rincón, con los ojos cerrados, como echando una cabezada. Sólo cuando las apuestas iban creciendo en la mesa de juego, el señor Shen carraspeaba, se acercaba despacito, elegía un sitio para mirar la partida y, cuando llevaba un rato mirando, curiosamente, alguien se levantaba y le cedía el sitio.

—Señor Shen, siéntese aquí.

El señor Shen se remangaba la túnica y se sentaba.

—Sigan, por favor —decía a los otros tres jugadores.

En La Casa Verde nunca se había visto al señor Shen perder. Cuando mezclaba las fichas con esas manos de venas azules e hinchadas, sólo se oía el ruido —*cshh, cshh*—, pero las fichas iban aumentando o disminuyendo, apareciendo y desapareciendo bajo sus manos. Hasta me dolían los ojos al mirarlo.

—Un jugador depende por completo de sus ojos y sus manos —me dijo un día, bebido—. Tiene que entrenar los ojos hasta que se vuelvan penetrantes como garras, y las manos hasta que se vuelvan escurridizas como anguilas.

El año en que se rindieron los retacos japoneses, llegó Long Er. Long Er tenía una mezcla de acentos del norte y del sur. Nada más oír su pronunciación te dabas cuenta de que era un tipo complicado. Había estado en muchas partes y había visto a gente de todo el mundo. No vestía túnica, llevaba un traje de seda blanca. Con él venían otros dos, que le llevaban dos grandes maletas de mimbre.

Las partidas entre el señor Shen y Long Er eran realmente apasionantes. El salón de juego de La Casa Verde estaba abarrotado. Jugaban el señor Shen y ellos tres. Long Er tenía detrás un camarero que le sostenía una bandeja de toallitas secas. De vez en cuando, Long escogía una y se limpiaba las manos. No se las limpiaba con toallitas húmedas, a todos nos extrañó. Y lo hacía como si acabara de comer.

Al principio, Long Er perdía siempre, pero no parecía importarle en absoluto. En cambio, los dos hombres que había traído con él no podían disimular su disgusto: uno no paraba de renegar y refunfuñar; el otro, de lamentarse y de suspirar. En cuanto al señor Shen, a pesar de que llevaba todo el rato ganando, no se le veía la menor expresión de triunfo. Fruncía el ceño igual que si hubiera perdido mucho dinero. Estaba cabizbajo, pero con los ojos clavados como chinchetas en las manos de Long Er. El señor Shen era ya mayor, llevaba media noche jugando, y empezó a costarle respirar y a sudarle la frente.

—Vamos a jugar la definitiva —dijo.

—De acuerdo —contestó Long Er tras alcanzar una toallita y limpiarse las manos.

Amontonaron el dinero sobre la mesa, ocupando casi todo el espacio; sólo quedaba un hueco en el centro. Cada uno recibió cinco cartas. Tras enseñar cuatro, a los compañeros de Long Er se les cayó el alma a los pies.

—Se acabó, hemos vuelto a perder —dijeron apartando las cartas.

—No habéis perdido, habéis ganado —se apresuró a decir Long Er mientras enseñaba la carta que le quedaba.

Era un as de picas.

Nada más verlo, sus compañeros se pusieron a reír. En realidad, la última carta del señor Shen también era un as de picas. Llevaba tres ases y dos reyes; y uno de los compañeros de Long Er, tres reinas y dos sotas. Pero Long Er había sido el primero en enseñar el as de picas. El señor Shen se quedó de piedra, y así estuvo un buen rato antes de recoger sus cartas.

—He perdido —dijo.

Tanto el as de picas de Long Er como el del señor Shen habían salido de sus respectivas mangas. En una sola baraja no puede haber dos ases de picas. Pero como Long Er se le había adelantado, el señor Shen sabía que no le quedaba más remedio que reconocer su derrota. Era la primera vez que veíamos al señor Shen perder. Se apoyó en la mesa para levantarse, saludó a Long Er y los otros dos, dio media vuelta y fue hacia la salida.

—Estoy viejo —dijo sonriendo al llegar a la puerta.

A partir de entonces, nadie volvió a ver al señor Shen. Dicen que ese mismo día, al amanecer, tomó un palanquín y se fue.

Al irse el señor Shen, Long Er se convirtió en el gran maestro fullero del lugar. Era diferente del señor Shen. El señor Shen sólo ganaba, nunca perdía. En cambio, Long Er solía perder cuando las apuestas eran bajas, pero no perdía una sola partida si las apuestas eran altas. Yo jugué muchas veces, allí en La Casa Verde, con Long Er y sus hombres. Unas veces gané y otras perdí, de modo que yo no tenía la impresión de haber perdido tanto. En realidad, cuando ganaba yo, siempre era poco dinero. Y cuando perdía era mucho. Vivía engañado, creyendo que estaba a punto de honrar a mis antepasados.

La última vez que jugué, se presentó Jiazhen. Estaba cayendo la tarde; me lo dijo Jiazhen mucho después, porque yo en ese momento no

tenía ni idea de si era de día o de noche. Jiazhen, con su barrigota, había encontrado La Casa Verde. Mi hijo Youqing, en su vientre, tendría siete u ocho meses. Cuando me encontró, se arrodilló ante mí sin decir ni mu. Al principio, ni me di cuenta. Ese día estaba teniendo mucha suerte. De diez tiradas, ocho o nueve salía el número que yo quería. Long Er, sentado delante de mí, al ver el número se echó a reír.

—Hermano, he vuelto a perder.

Desde que Long Er había ganado al señor Shen, ya nadie en La Casa Verde se atrevía a jugar con él a las cartas. Yo tampoco. Él y yo sólo jugábamos a los dados. Lo malo es que a Long Er también se le daban muy bien los dados. Ganaba mucho más que perdía. Pero ese día lo tenía yo en mis manos, él no había parado de perder. Long Er tenía un cigarrillo entre los labios y entornaba los ojos haciendo como si tal cosa. Incluso se reía cada vez que perdía. Pero luego, cuando empujaba hacia mí el dinero, con esos brazos esmirriados que tenía, lo hacía de muy mala gana. Yo pensaba: «Long Er, alguna vez tenías que sufrir.» Todo el mundo es igual, cuando alargan la mano para vaciar los bolsillos a los demás, todo es alegría y sonrisas. Pero cuando les toca a ellos soltar los cuartos, no falla: cara de entierro.

Estaba yo de lo más contento, cuando alguien me tiró suavemente de la ropa. Bajé la mirada, y era mi mujer. Al verla allí de rodillas, me puse hecho un basilisco, pensando que mi hijo se había arrodillado sin haber nacido siquiera. Me pareció de muy mal agüero.

—¡Levántate, levántate! ¡Levántate de una puta vez! —le dije.

Jiazhen me obedeció, ya ves, y se puso inmediatamente de pie.

—¿A qué has venido? —le dije—. ¡Vuelve a casa ahora mismo!

Luego dejé de hacerle caso para observar a Long Er, que agitaba los dados con las dos manos pegadas, como si estuviera venerando a Buda. Apenas los lanzó, se quedó desencajado.

—Si es que tocar el culo a las mujeres trae mala suerte —dijo.

—Pues vaya a lavarse las manos, Long Er —le dije al ver que yo había vuelto a ganar.

—Lávese usted la boca antes de hablar —respondió riendo.

Jiazhen volvió a tirarme de la ropa. La miré, y se había arrodillado de nuevo.

—Vuelve conmigo a casa —dijo con un hilo de voz.

¿Volver yo con la mujer a casa? ¿Acaso Jiazhen no me estaba dejando en ridículo a propósito? Me subió el cabreo de repente. Miré a Long Er y sus hombres, ellos me miraban a mí riéndose.

—¡Lárgate ahora mismo! —grité a Jiazhen.

—Vuelve conmigo a casa —insistió ella.

Le di dos bofetadas. La cabeza de Jiazhen se bamboleó como un tentetieso. A pesar de los golpes, ahí siguió ella, arrodillada.

—Si no vuelves conmigo a casa, no me levanto.

Cuando lo pienso ahora, se me encoge el corazón. Yo de joven era un cabronazo hijo de puta. Una mujer tan buena, y yo le pegué y le di patadas. Pero aun así, ella siguió arrodillada. Le pegué tanto que hasta yo mismo me aburrí. Se le había soltado el pelo y se había tapado la cara anegada en llanto. Entonces cogí un puñado del dinero que había ganado, se lo di a dos de los hombres que estaban mirando a cambio de que la arrastraran hasta fuera.

—Cuanto más lejos, mejor —les dije.

Cuando se la llevaron a rastras, Jiazhen iba protegiéndose con las manos el vientre abultado. Allí dentro iba mi hijo. La echaron a la calle sin que lanzara un grito ni un chillido. Cuando la dejaron allí tirada, ella se puso en pie apoyándose en la pared. Para entonces ya había oscurecido por completo, y ella emprendió sola el camino de vuelta, poco a poco. Tiempo después le pregunté si en ese momento había llegado a odiarme a muerte.

—No —respondió moviendo la cabeza.

Mi mujer se fue, enjugándose las lágrimas, hasta la entrada a la tienda de cereales de su familia, y allí se quedó un buen rato. Veía la silueta de la cabeza de su padre proyectada en la pared por la luz de la lámpara de aceite. Sabía que el hombre estaba comprobando las cuentas. Se quedó allí un momento, sollozando, y se fue.

Esa noche, Jiazhen anduvo más de diez *li* ***[8]*** en las tinieblas hasta casa. Ella sola, una mujer, y además embarazada de siete meses de Youqing, por un camino plagado de perros ladrando, de baches y charcos, después del aguacero que había caído.

Años atrás, Jiazhen todavía era una estudiante. En aquella época había escuela nocturna en la ciudad, y allí iba ella, con vestido manchú[9] de color blanco y una lámpara de petróleo en la mano. Iba con unas compañeras suyas. Al doblar una esquina, la vi acercarse, cimbreándose; los tacones repiqueteaban en el pavimento de piedra, *clic clac, clic clac*, como gotas de lluvia. Me quedé mirándola fijamente. En aquella época, Jiazhen era preciosa, con el pelo bien peinado, recogido detrás de las orejas, y el vestido que le iba haciendo arruguitas en la cintura al andar. En ese momento, pensé: «Quiero que sea mi mujer.»

Cuando Jiazhen y sus amigas se alejaron riendo y cuchicheando, pregunté a un zapatero remendón sentado en la acera:

—¿De quién es esa chica?

—Es la noble hija de los Chen, los de la tienda de arroces —contestó el zapatero.

Nada más llegar a mi casa, fui a ver a mi madre.

—Corre a buscar a una casamentera, que quiero tomar por esposa a la hija de Chen, el dueño del negocio de cereales.

A partir del momento en que echaron a Jiazhen esa noche, empecé a tener mala suerte. Perdí varias manos seguidas. Ante mis ojos, la montañita de dinero que había acumulado encima de la mesa se quedó en menos que un charco de lavazas. Long Er no paraba de reírse, se le iba a deshacer la cara de tanta risa. Estuve jugando hasta el amanecer, la cabeza me daba vueltas y la vista se me nublaba; del estómago me subía un aliento apestoso. En la última partida aposté la cantidad más alta que me había jugado nunca. Me escupí en las manos para frotármelas pensando que toda la suerte del mundo se concentraba en esa tirada. Justo cuando iba a coger los dados, Long Er alzó la mano para detenerme.

—Un momento —dijo—. Traiga una toalla caliente para el señor Xu —ordenó haciendo señas a un camarero.

A esas horas, todos los observadores de la partida se habían ido a dormir y sólo quedábamos los jugadores, los otros dos eran los hombres de Long Er. Más tarde me enteré de que Long Er había sobornado a ese camarero. Me trajo la toalla caliente y, mientras me frotaba la cara con ella, Long Er aprovechó para cambiar a escondidas los dados. Los que sacó estaban trucados. Yo no me di cuenta de nada. Cuando acabé de frotarme la cara, tiré la toalla a la bandeja, cogí los dados y los sacudí como si me fuera la vida en ello. Lancé: la cosa no iba mal, había sacado una puntuación bastante alta.

Cuando le tocó el turno a Long Er, puso sus dados en siete. El puñetero levantó las manos y dio una fuerte palmada gritando:

—¡Siete!

En esos dados había hecho un agujero y había metido mercurio. Cuando Long Er dio la palmada, el mercurio cayó al fondo, así que, cuando los lanzó, de repente pesaban; rodaron un poco y se pararon en el siete.

Cuando vi que había salido el siete, me zumbó la cabeza: esa vez había perdido en serio. Luego, pensé: «Al fin y al cabo, siempre puedo

dejarlo a deber, ya tendré ocasión de volver a ganar», y desapareció la preocupación.

—Póngalo en mi cuenta —le dije, levantándome.

Long Er me hizo seña de que volviera a sentarme.

—Ya no puede dejar a deber nada más —dijo—. Ha perdido los cien *mu.* Si le hiciera crédito otra vez, ¿con qué me pagaría?

Al oírlo, interrumpí bruscamente mi bostezo.

—No es posible, no es posible —dije de un tirón.

Entonces Long Er y los otros dos acreedores sacaron el libro de cuentas y fueron sumando cada una de las cantidades. Long Er me dio unas palmadas en la cabeza, que había agachado para mirar.

—Joven señor, ¿lo ve? Todas llevan su firma.

Me di cuenta de que había empezado a deberles dinero seis meses atrás y que, en esos seis meses, había ido perdiendo todas las propiedades que me habían dejado mis antepasados.

—Dejen de contar —dije cuando llegaron a la mitad.

Volví a levantarme y, como un pollo apestado, salí de La Casa Verde. Para entonces, ya era totalmente de día, y me quedé allí parado, en la calle, sin saber hacia dónde dirigirme.

—Buenos días, joven amo Xu —saludó a voces, al verme, un conocido que llevaba una cesta de tofu.

Su voz me sobresaltó del susto. Me quedé mirándolo, pasmado.

—¡Vaya pinta tiene! —dijo risueño—. ¡Está hecho polvo!

El hombre creía que me habían agotado esas mujerzuelas, no sabía que acababa de arruinarme y que me había quedado más pobre que un jornalero. Con una sonrisa amarga, miré cómo se alejaba. Pensé que sería mejor no quedarme allí parado y me puse en camino.

Cuando llegué cerca de la tienda de arroces de mi suegro, dos empleados estaban quitando el panel de la puerta. Al verme soltaron una risita creyendo que iba a pasar por delante saludando a gritos a mi suegro, pero ¿cómo iba yo a tener valor para eso? Todo encogido, pegado a las casas del otro lado, pasé como una exhalación. Oí a mi suegro toser en el interior y luego, ¡ptu!, lanzar un escupitajo al suelo.

Así, completamente aturdido, llegué a las puertas de la ciudad. Por unos instantes, olvidé que acababa de perder toda la fortuna de mi familia, iba con la cabeza vacía, como un avispero después de golpearlo. Pero al salir de la ciudad y ver ese camino que se alejaba en diagonal ante mis ojos, me entró miedo; me pregunté qué iba a hacer. Di unos pasos, pero no podía andar. No se veía un alma por ninguna parte, y

pensé en ahorcarme con un cinturón y acabar de una vez. Así pensando, eché a andar de nuevo. Pasé delante de un olmo, pero sólo le lancé una ojeada, sin ninguna intención de desabrocharme el cinturón. En realidad, no quería morir, sólo era una manera de desahogar mi furia conmigo mismo. Pensé que esa maldita deuda no moriría conmigo.

«Fuera. Ni hablar de suicidarse», me dije a mí mismo.

Esa deuda iba a tener que saldarla mi padre. Y al pensar en mi padre, el corazón me dio un vuelco. Esta vez, a ver si no iba a matarme a palos. Así iba yo cavilando, y por muchas vueltas que le diera, no veía más salida que la muerte, así que, a fin de cuentas, para eso valía más volver a casa: si mi padre me mataba a palos, siempre sería mejor que acabar ahorcado como un perro vagabundo.

En ese poco rato, me quedé chupado, con los ojos hundidos, y yo ni me di cuenta. Cuando llegué a casa y me vio mi madre, lanzó un chillido del susto que se llevó.

—¿Eres Fugui? —me preguntó.

Asentí mirándola con una sonrisa forzada. Le oí decir algo más entre gritos y exclamaciones, pero dejé de hacerle caso. Empujé la puerta y fui a mi habitación. Jiazhen, que estaba peinándose, también se asustó al verme. Se quedó mirándome boquiabierta. Al recordar cómo había ido la noche anterior a pedirme que volviera a casa, y yo le había dado golpes y patadas, caí de rodillas, *¡catapún!*, a sus pies.

—Jiazhen —le dije—, estoy perdido.

Y rompí en sollozos. Jiazhen vino enseguida y trató de ayudarme a levantarme. Pero ¿cómo iba a poder conmigo, llevando dentro a Youqing? Así que llamó a mi madre, y entre las dos me llevaron hasta la cama. Nada más tumbarme, empecé a echar espuma por la boca, como si me estuviera muriendo. ¡Menudo susto se llevaron, las pobres! Me dieron golpecitos en los hombros, me sacudieron la cabeza.

—He perdido toda nuestra fortuna —les dije apartándolas.

Al oírlo, mi madre se quedó atónita.

—¿Qué has dicho? —preguntó después de mirarme intensamente.

—Que he perdido toda nuestra fortuna —repetí.

Mi aspecto la convenció. Se cayó sentada al suelo.

—De tal palo, tal astilla —dijo enjugándose las lágrimas.

Incluso en un momento como ése, mi madre me quería. No me culpaba a mí, sino a mi padre.

Jiazhen también lloraba.

—Lo que importa ahora es que no vuelvas a jugar dijo mientras me

masajeaba la espalda con los puños.

Lo había perdido absolutamente todo, aunque quisiera jugar no tenía ni qué apostar. Oí a mi padre protestar y refunfuñar allí en su habitación. El hombre todavía no sabía que era más pobre que las ratas, sólo le molestaban los sollozos de las dos mujeres. Al oírlo, mi madre dejó de llorar. Se puso en pie y salió, y Jiazhen con ella. Sabía que iban al cuarto de mi padre. Al poco rato, lo oí gritar:

—¡Bastardo!

En ese momento, mi hija Fengxia entró muy agitada y cerró la puerta.

—Padre, corre a esconderte, que el abuelo va a venir a pegarte —dijo con un hilo de voz.

Me quedé mirándola sin inmutarme, así que ella se acercó a tirarme de la mano y, al ver que no podía moverme, se echó a llorar. Verla así me partió el corazón. Tan pequeñita y ya era capaz de proteger a su padre. Sólo con mirarla sentí que merecía que me descuartizaran.

Oí a mi padre venir hecho una furia.

—¡Bastardo! ¡Te voy a hacer pedazos! ¡Te voy a capar! ¡Te voy a hacer picadillo, cabronazo hijo de puta!

Yo pensaba: «Pasa, padre, hazme picadillo.» Pero mi padre llegó hasta la puerta, se tambaleó y cayó al suelo inconsciente. Mi madre y Jiazhen, gritando, corrieron a levantarlo para llevarlo hasta su cama. Al cabo de un rato, oí a mi padre llorar con voz de oboe.

Una vez en cama, se pasó allí tres días. El primero, llorando como un desesperado. Luego dejó el llanto y empezó a lanzar suspiros. Uno tras otro llegaban a mi habitación.

—¡Es un castigo del cielo! ¡Un castigo del cielo!

El tercer día, mi padre empezó a recibir visitas en su cuarto, tosiendo ruidosamente y hablando todo el día en voz baja, de modo que no lo oía. Al anochecer, vino mi madre a decirme que me llamaba mi padre. Me levanté, pensando que esta vez sí que estaba perdido de verdad: mi padre llevaba tres días descansando y tenía fuerza para descuartizarme; como mínimo me daría una paliza hasta dejarme medio muerto. Iba yo pensando: «Por mucho que me pegue, no debo devolverle los golpes.» Al acercarme a la habitación de mi padre iba sin fuerza, con flojera en el cuerpo y las piernas que parecían falsas. Entré en la habitación y me coloqué detrás de mi madre, espiando a mi padre a hurtadillas a ver qué pinta tenía allí tumbado. Él me miró con los ojos desorbitados y los bigotes blancos temblando.

—Sal —le dijo a mi madre.

Mi madre se fue de mi lado. Cuando salió, sentí el corazón desfallecer, esperando que en cualquier momento mi padre saltara de la cama y se abalanzara sobre mí. Pero se quedó tumbado, sin moverse. El edredón que lo cubría resbaló y quedó arrastrando por el suelo.

—Fugui… —me llamó—. Siéntate —dijo dando palmadas en la cama.

El corazón me golpeaba en el pecho cuando fui a sentarme a su lado. Puso su mano sobre la mía. La tenía fría como el hielo, y ese frío me atravesó el corazón.

—Fugui, las deudas del juego no dejan de ser deudas. Y desde siempre, las deudas hay que saldarlas. He hipotecado los más de cien *mu* de tierra y esta casa. Mañana me traerán el dinero en monedas de cobre. Yo ya soy viejo, no podré con esa carga, así que ve tú mismo a llevar el dinero y saldar la deuda.

Al acabar, lanzó un largo suspiro. Al oír sus palabras, se me llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que no iba a luchar conmigo a muerte, pero lo que dijo fue tan doloroso como si me hubiera cortado el cuello con un cuchillo mal afilado, sin decapitarme del todo; me dejó más muerto que vivo.

—Ve a dormir, anda —dijo mi padre dándome palmadas en la mano.

Al día siguiente, al amanecer, acababa de levantarme cuando vi a cuatro hombres entrar en el patio de casa. En cabeza iba un ricachón vestido de seda. Se volvió hacia los tres porteadores vestidos de algodón basto.

—Dejadlo en el suelo —dijo con una seña de la mano.

Los porteadores depositaron sus cargas en el suelo y se secaron el sudor con el bajo de la camisa.

—Señor Xu —dijo a voces, dirigiéndose a mi padre aunque mirándome a mí—, ya está aquí lo que pidió.

Mi padre salió, sin parar de toser, con los títulos de propiedad de las tierras y la casa, y se los entregó.

—Gracias por haberse tomado la molestia de venir hasta aquí —dijo con una reverencia.

—Aquí está todo, puede contarlo —le dijo el hombre señalando los canastos de las tres palancas, que contenían las monedas de cobre.

Mi padre no se daba aires de ricachón.

—No, no es necesario —dijo, sencillo y respetuoso como un pobre

—. Pase y tómese un té.

—No, gracias —dijo el hombre—. Éste debe de ser el joven amo, ¿no? —preguntó a mi padre mirándome.

Mi padre asintió.

—Cuando vayas a entregar esto —me dijo con una risita—, cúbrelo con hojas de calabaza, no sea que te lo roben.

A partir de ese día, recorrí los más de diez *li* que había hasta la ciudad acarreando con palanca el dinero para saldar la deuda. Las hojas de calabaza que lo cubrían las habían arrancado mi madre y Jiazhen. Cuando las vio Fengxia, ella también quiso participar y eligió las dos más grandes para ponerlas sobre los canastos. Cuando levanté la palanca con el hombro, disponiéndome a salir, Fengxia no sabía que yo iba a saldar una deuda.

—Padre —me dijo levantando su carita—, ¿vas a estar otra vez muchos días lejos de casa?

Al oírla me cosquilleó la nariz y faltó poco para que se me saltaran las lágrimas. Me apresuré a salir con mi carga hacia la ciudad.

—¡Ya está aquí el joven amo Xu! —me saludó muy cariñoso Long Er al verme llegar con la palanca.

Dejé la carga delante de él.

—¿No se está mortificando demasiado? —preguntó apartando las hojas de calabaza—. Habría sido mucho más fácil traerlo en yuanes de plata.

Cuando le llevé la última tanda de monedas de cobre, dejó de llamarme «joven amo».

—Fugui, déjalo ahí —me dijo señalándome el suelo con la barbilla.

En cambio, el otro acreedor fue algo más amable.

—Fugui, ve a tomarte un té —me dijo dándome unas palmadas en el hombro.

—Eso, eso, que se tome un té, invito yo —se apresuró a decir Long Er al oírlo.

Dije que no, pensando que sería mejor volver a casa. En sólo un día, mi chaqueta de seda se había desgastado hasta romperse y me sangraba el hombro. Me fui solo hacia casa, andando y llorando, llorando y andando. Pensé que sólo por cargar con monedas todo un día me había quedado para el arrastre y me pregunté cuántos antepasados míos se habían dejado la salud para ganar ese dinero. En ese momento supe por qué mi padre había pedido monedas de cobre y no yuanes de plata, para que me diera cuenta de eso, para que me diera cuenta de lo

dificilísimo que es ganar dinero. Al pensarlo no pude seguir andando. Me puse en cuclillas al borde del camino y me eché a llorar hasta que se me quedaron crispados los músculos de la cintura.

En ese momento pasó por allí el viejo peón de mi casa, ese Changgen que cuando yo era pequeño me llevaba a cuestas a la escuela. Había trabajado en casa varias décadas, pero ahora tenía que marcharse. Era huérfano desde muy niño, y mi abuelo se lo llevó a casa. Luego nunca se casó. Como yo, iba llorando desconsolado, descalzo y con los pies agrietados, en carne viva.

—¡Joven amo! —saludó al verme en cuclillas al borde del camino.

—¡No me llames joven amo, llámame animal de bellota!

—Un emperador que mendiga sigue siendo un emperador —me dijo moviendo la cabeza—. Aunque no tenga dinero, usted sigue siendo el joven amo.

Al oírlo, las lágrimas que acababa de secarme volvieron a brotar. Él se puso en cuclillas a mi lado y se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos.

—Va a anochecer. Changgen, vuelve a casa.

Changgen se levantó y fue alejándose paso a paso.

—¿Qué casa tengo ya? —iba diciendo con voz lúgubre.

También había perjudicado a Changgen. Viéndolo irse, más solo que la una, sentí encogérseme a golpes el corazón. Sólo cuando Changgen desapareció a lo lejos, me levanté y eché a andar hacia casa.

Cuando llegué ya era de noche. Todos los mozos y las criadas de casa se habían ido. Mi madre y Jiazhen estaban en la cocina, una encendiendo el fuego y la otra preparando la cena. Mi padre seguía en cama. Sólo Fengxia seguía igual de alegre que siempre, sin saber todavía que a partir de entonces tendría que sufrir penalidades y miseria. Vino dando brincos y saltó a mi regazo.

—¿Por qué dicen que ya no soy una señorita? —preguntó.

Le acaricié las mejillas, incapaz de decir una sola palabra. Menos mal que no insistió. Me rascó con la uña el barro de los pantalones.

—Te estoy lavando los pantalones —dijo alegre.

Cuando llegó la hora de cenar, mi madre fue hasta la puerta de la habitación de mi padre.

—¿Te traigo la cena? —le preguntó.

—No, me levanto —dijo mi padre.

.Salió de su cuarto sujetando con tres dedos la lámpara de petróleo. La luz lo iluminaba a destellos, dejándole la cara medio a oscuras. Iba

encorvado y tosiendo sin parar.

—¿Has saldado la deuda? —me preguntó.

—Sí —contesté cabizbajo.

—Bien, bien —dijo él—. Tienes el hombro en carne viva —añadió al verlo.

No dije nada. Miré furtivamente a mi madre y a Jiazhen. Las dos me miraban el hombro con los ojos llenos de lágrimas. Mi padre se puso a cenar despacito, pero apenas tomó unos cuantos bocados dejó los palillos en la mesa y apartó el cuenco. Dejó de comer.

—Hace mucho tiempo, el fundador de nuestra familia Xu sólo criaba un pollito. Cuando el pollito creció, se convirtió en oca; cuando la oca creció, se convirtió en cordero; y cuando el cordero creció, se convirtió en buey. Así fue como hicimos fortuna los Xu.

Hablaba con un hilo de voz. Hizo una pausa y siguió:

—Cuando esa fortuna llegó a mis manos, el buey de los Xu se convirtió en cordero, y el cordero en oca. Al llegar a ti, la oca se hizo pollo, y ahora ya no tenemos ni pollo.

Al decir esto, mi padre se echó a reír; y riendo, riendo, se echó a llorar.

—Los Xu han tenido dos hijos pródigos —dijo enseñando dos dedos.

No pasaron ni dos días cuando vino Long Er. Había cambiado. Llevaba en la boca dos dientes de oro y lucía una sonrisa de oreja a oreja. Había comprado la casa y las tierras que habíamos hipotecado, y venía a visitar sus propiedades. Dio pataditas al zócalo, pegó la oreja a la pared y le dio unas palmadas.

—Sólidas, sí señor —dijo.

Long Er se fue a dar una vuelta por las tierras. Cuando volvió, nos hizo una reverencia.

—Al ver esos campos tan verdes, me siento completamente tranquilo.

Al llegar Long Er, tuvimos que abandonar la que había sido nuestra casa durante generaciones para ir a vivir a un chamizo. El día de la mudanza, mi padre recorrió varias habitaciones con las manos a la espalda. Cuando acabó, le dijo a mi madre:

—Y yo que creía que moriría en esta casa...

Luego se sacudió el polvo de la ropa de seda y, con la cabeza bien alta, cruzó el umbral. Siguiendo su costumbre de siempre, mi padre se fue lentamente, con las manos a la espalda, camino de la tinaja del

estiércol de la entrada del pueblo. Estaba anocheciendo, había unos cuantos aparceros trabajando. Todos sabían que mi padre ya no era el dueño, pero aun así lo saludaron llamándolo «Amo».

Mi padre esbozó una sonrisa.

—Ya no me llaméis así —les dijo agitando la mano.

Mi padre ya no estaba en sus tierras. Se dirigió con las piernas temblorosas a la entrada del pueblo, se paró delante de la tinaja del estiércol y miró a su alrededor. Luego se desabrochó los pantalones y se encaramó a la tinaja.

Ese día, en el crepúsculo, mi padre ya no gritó al cagar. Miraba a lo lejos, con los ojos entornados, cómo se alejaba ese camino hacia la ciudad, desvaneciéndose poco a poco. Un aparcero que estaba allí cerca se agachó a cortar verdura. Cuando el hombre se levantó de nuevo, mi padre ya no veía el camino.

Mi padre cayó de la tinaja. Al oír el ruido, el aparcero se volvió enseguida y lo vio tirado en el suelo, inmóvil, con la cabeza apoyada en la tinaja. Corrió, hoz en mano, hasta mi padre.

—Amo, ¿se encuentra bien? —le preguntó.

Mi padre parpadeó.

—¿De qué casa eres? —preguntó con voz ronca, mirándolo.

—Amo, soy Wang Xi —dijo el aparcero agachándose.

Mi padre pensó unos instantes.

—Ah, sí, Wang Xi. Wang Xi, tengo una piedra debajo que me está haciendo daño.

Wang Xi levantó el cuerpo de mi padre, hurgó debajo, encontró una piedra grande como un puño y la tiró a un lado. Mi padre volvió a quedar allí tumbado.

—Ahora sí que estoy cómodo —dijo con suavidad.

—¿Quiere que le ayude a levantarse? —preguntó Wang Xi.

—No es necesario —suspiró moviendo la cabeza—. ¿Me habías visto caerme alguna vez? —le preguntó.

—No, amo —dijo Wang Xi moviendo la cabeza.

Mi padre pareció alegrarse un poco.

—¿Es la primera vez que me caigo? —preguntó.

—Así es, amo —dijo Wang Xi.

Mi padre lanzó una risita, cerró los ojos, torció el cuello, y la cabeza se le deslizó hasta el suelo.

Ese día acabábamos de mudarnos al chamizo, y estábamos mi

madre y yo poniendo orden. Fengxia, muy contenta, también participaba, sin saber que a partir de entonces todo serían sinsabores. Jiazhen volvía del lavadero con un barreño lleno de ropa cuando se encontró con Wang Xi, que venía corriendo.

—¡Joven ama, creo que el amo está en las últimas!

Desde el chamizo, oímos a Jiazhen gritando desde fuera:

—¡Madre! ¡Fugui! ¡Madre...!

No gritó mucho más y se puso a llorar desconsoladamente allí mismo. En ese momento, pensé que le había pasado algo a mi padre. Salí corriendo y vi a Jiazhen ahí parada, con el barreño de ropa por los suelos.

—¡Fugui, tu padre...! —gritó al verme.

Me zumbó la cabeza. Eché a correr con todas mis fuerzas hacia la entrada del pueblo. Cuando llegué a la tinaja del estiércol, mi padre ya no respiraba. Lo sacudí, lo llamé, pero no me respondió. Yo no sabía qué hacer. Me puse en pie y al girarme vi a mi madre venir corriendo con sus pies vendados, llorando y gritando. Tras ella venía Jiazhen con Fengxia en brazos.

Después de morir mi padre, me quedé consumido, como si hubiera cogido la peste. Me pasaba los días sentado en el suelo, delante del chamizo, tan pronto llorando como suspirando. Fengxia venía a menudo a sentarse conmigo.

—¿El abuelo se cayó? —preguntó una vez jugando con mi mano—. ¿Lo tiró el viento? —dijo al verme asentir.

Mi madre y Jiazhen no se atrevían a llorar abiertamente. Temían que yo me obsesionara con la desgracia y me fuera con mi padre. A veces, por descuido, tropezaba con alguna cosa, y ellas se asustaban. Sólo al ver que no me había caído al suelo como mi padre me preguntaban:

—¿Estás bien?

Esos días, mi madre me decía a menudo:

—Cuando uno vive contento, no teme ni a la pobreza.

Lo decía para consolarme, creyendo que era la miseria lo que me había hundido de esa forma. Pero yo en lo que pensaba era en mi padre muerto. Yo era el causante de su muerte ; y, sin embargo, mi madre, mi Jiazhen y Fengxia iban a tener que pagar conmigo mi culpa.

Diez días después de la muerte de mi padre, vino mi suegro. Entró en el pueblo levantándose el borde de la túnica con las manos, pálido como la cera. Lo seguía un palanquín engalanado de rojo y verde, con

unos diez jóvenes tocando el gong y el tambor a cada lado. Al verlo, todo el pueblo acudió a mirar qué pasaba, creyendo que se trataba de alguna boda y preguntándose cómo podía ser que no estuvieran al corriente.

—¿Qué familia celebra? —preguntó uno a mi suegro.

—La mía —contestó mi suegro en voz alta y con cara de pocos amigos.

En ese momento, yo estaba ante la tumba de mi padre. Al oír los gongs y los tambores, levanté los ojos y vi a mi suegro ir hecho una fiera hasta nuestro chamizo. Hizo una seña a la comitiva, depositaron el palanquín en el suelo, y los gongs y los tambores callaron. En ese momento me di cuenta de que quería recuperar a Jiazhen, y el corazón empezó a latirme con fuerza. No sabía qué hacer.

Al oír el ruido, mi madre y Jiazhen salieron.

—Padre —saludó Jiazhen.

—¿Dónde está ese animal? —preguntó él tras mirar a su hija.

Mi madre sonrió como buenamente pudo.

—¿Se refiere a Fugui?

—¿A quién si no?

Mi suegro se volvió y me vio. Dio dos pasos hacia mí y me gritó:

—¡Animal, ven!

Yo me quedé de pie sin moverme, ¿de qué iba yo a atreverme a ir?

—¡Que vengas, so animal! —volvió a gritar haciéndome señas con la mano—. ¿Cómo es que no vienes a presentarme tus respetos? Escúchame bien, animal: igual que en su momento tú te llevaste a Jiazhen, hoy me la llevo yo. Mira: ahí está el palanquín de gala, ahí están los gongs y los tambores, el cortejo será más espléndido que el día de tu boda.

Luego se volvió hacia Jiazhen.

—Corre a recoger tus cosas —le dijo.

Jiazhen se quedó allí sin moverse.

—¡Padre! —suplicó.

—¡Que te des prisa! —ordenó mi suegro dando una patada en el suelo.

Jiazhen me miró, allí a lo lejos, dio media vuelta y entró.

—Tenga piedad de nosotros —dijo mi madre, llorosa—, deje que se quede Jiazhen.

Mi suegro le hizo señas de que se fuera y se volvió hacia mí.

—¡Animal! ¡A partir de ahora, Jiazhen y tú no tendréis nada que ver! ¡Los Chen y los Xu hemos roto la relación!

Mi madre se inclinó para rogarle:

—Por favor, hágalo por el padre de Fugui, deje que se quede Jiazhen.

Mi suegro se volvió hacia ella.

—¡Si fue él quien mató a su padre a disgustos! —le gritó.

Luego, a él mismo le pareció que se había pasado un poco, así que suavizó el tono:

—No piense que soy cruel. De lo que está pasando tiene toda la culpa ese animal y sus mamarrachadas —le dijo, antes de volverse de nuevo hacia mí—. Os dejo a Fengxia, será una Xu, pero el niño que lleva Jiazhen en el vientre será de los Chen.

Mi madre estaba a un lado, llorando a todo llorar.

—¿Y cómo voy a cumplir ahora con los antepasados de la familia Xu?[10]

Jiazhen salió con un fardo en la mano.

—Sube al palanquín —le dijo mi suegro.

Jiazhen me miró, fue hasta el palanquín y se volvió hacia mí de nuevo, luego hacia mi madre, y se metió en el palanquín. En ese momento, Fengxia salió corriendo de no se sabe dónde y, al ver que su madre estaba en el palanquín, ella también quiso subir. Apenas metió la cabeza, Jiazhen la apartó.

Mi suegro hizo una seña a los porteadores, que levantaron el palanquín. Dentro, Jiazhen se echó a llorar a gritos.

—¡Música! —ordenó.

Los diez jóvenes se pusieron a tocar como si les fuera en ello la vida, de modo que dejé de oír el llanto de Jiazhen. El palanquín se puso en camino. Alzándose el borde de la túnica, mi suegro se alejó igual de rápido que el palanquín. Mi madre, torciendo sus pies vendados, fue tras ellos que daba pena; sólo se detuvo a la entrada del pueblo.

En ese momento, Fengxia vino corriendo, ilusionada.

—¡Padre, madre va en palanquín!

Me sentí mal viéndola tan inocente.

—Fengxia, ven aquí —le dije.

Ella se acercó.

—Fengxia —le dije—, no olvides nunca que soy tu padre.

Ella se rió de buena gana.

—Pues tú tampoco olvides que soy Fengxia.

* * *

Cuando Fugui llegó a ese punto de su historia, me miró soltando una risita. El golfo de cuarenta años atrás estaba ahora sentado en la hierba con el torso desnudo. El sol penetraba entre las hojas destellando en sus ojos entornados. Tenía las piernas cubiertas de barro. En su cabeza afeitada despuntaban ralas algunas canas. Tenía la piel del torso completamente arrugada, y por sus surcos serpenteaba el sudor. En ese momento, el viejo buey se tumbó en el agua amarillenta de la laguna, dejando fuera sólo la cabeza y el largo lomo. Vi cómo el agua batía sobre su lustroso espinazo negro como si de la orilla se tratara.

Ese anciano fue la primera persona que encontré en mi camino. En aquella época yo acababa de iniciar mi vida bohemia, era joven y despreocupado, cada nuevo rostro me llenaba de entusiasmo y todo lo que yo desconociera me atraía vivamente. Fue en ese momento cuando conocí a Fugui y él me narró su historia de forma tan vivida y gráfica. Era la primera vez que alguien me contaba toda su vida sin reservas: mientras yo mostrara interés, él se abría a mí de buena gana.

El haber conocido a Fugui convirtió el tiempo que dediqué a recoger canciones populares en un período de plenitud y de felicidad. Creí que esa tierra fértil y exuberante estaba llena de gente como Fugui. Y efectivamente, después conocí a muchos ancianos como él, con la misma ropa, con la entrepierna de los pantalones colgando a la altura de las rodillas, las arrugas del rostro rebosantes de sol y de barro. Cuando me sonreían, se les veía la boca vacía con los cuatro dientes que les quedaban colgando. Con frecuencia se les saltaban turbios lagrimones, pero no necesariamente porque estuvieran tristes: cuando estaban contentos, o incluso cuando estaban tranquilos y sin ninguna preocupación, también les podían brotar las lágrimas; entonces alzaban sus manos, tan ásperas y agrietadas como los caminos rurales de barro reseco, para enjugarse los ojos, como quien se sacude de encima una paja de arroz.

En cambio, nunca volví a conocer a alguien que me resultara tan inolvidable como Fugui, alguien tan lúcido respecto a sus experiencias pasadas y que las contara con tanta brillantez. Era capaz de verse tal como era en el pasado, de ver con toda precisión sus andares de joven, incluso de ver cómo había ido envejeciendo.

Ancianos así no son fáciles de encontrar en el campo. Quizá las vicisitudes de la vida hayan mermado su memoria; al enfrentarse al pasado, normalmente, se mostraban sobrios y parcos en palabras, y por lo general se salían por la tangente con una sonrisa de perplejidad. No veían sus vidas con cariño. Sólo recordaban alguna anécdota suelta, como de oídas, y ni siquiera eran recuerdos de experiencias personales. Con un par de frases expresaban todo lo que tenían que decir al respecto. Aquí oigo a menudo a las generaciones posteriores reprocharles: «¡Parece mentira que hayas vivido tantos años! ¡Ni que fuera la vida de un perro!»

Fugui era completamente distinto. Le gustaba recordar, le gustaba contar su vida, como si de este modo pudiera revivirla una y otra vez. Su narración me atrapó con fuerza, como las garras de un ave aferran una rama.

* * *

Después de que se fuera Jiazhen, sorprendía a menudo a mi madre secándose furtivamente las lágrimas. Al principio, quise encontrar unas frases de consuelo que decirle, pero al verla así, ni siquiera me salían. Ella en cambio solía decirme:

—Jiazhen es tu mujer, no es de nadie más, nadie puede quitártela.

Al oírla sólo podía suspirar para mis adentros. ¿Qué podía decir yo? Una familia tan unida había quedado destrozada como un cántaro de barro hecho pedazos. A menudo, por las noches, tumbado en la cama, no podía dormir, lleno de resentimiento por esto o por aquello; pero al final con quien más resentido estaba era conmigo mismo. Como por las noches daba tantas vueltas a las cosas, por el día me dolía la cabeza. No tenía fuerzas para ir al huerto por hortalizas. Menos mal que tenía a Fengxia. Ella me cogía la mano y me preguntaba:

—Padre, una mesa tiene cuatro esquinas. Si le sierras una esquina, ¿cuántas quedan?

Yo no sabía de dónde había sacado eso Fengxia; pero, cuando le dije que quedaban tres esquinas, se echó a reír de buena gana.

—¡No, quedan cinco! —dijo.

Al oírlo, quise reír y no pude, pensando en nuestra familia de cuatro personas. Al irse Jiazhen quedó como la mesa a la que sierras una esquina. Y luego estaba el niño que llevaba dentro.

—Cuando vuelva tu madre, seremos cinco.

Después de vender todo lo valioso que había en casa, mi madre empezó a ir con Fengxia a arrancar plantas silvestres comestibles. Allá iba ella con su cesta, bamboleándose con sus pies torcidos, incapaz de andar tan rápido como la niña. Con el pelo ya completamente blanco, tenía que aprender a hacer un trabajo físico que nunca había hecho. Al ver a mi madre de la mano de Fengxia, mirando el suelo a cada paso que daba, cautelosa, se me hizo un nudo en la garganta.

Pensé que ya nunca volveríamos a llevar la vida de antes y que yo tendría que mantener a mi madre y a Fengxia. Hablé a mi madre de ir a la ciudad a pedir un dinero a parientes y amigos para abrir una tiendecita. Al oírlo, mi madre no dijo ni mu. No se hacía a la idea de abandonar ese pueblo. Cuando uno se hace mayor siempre pasa lo mismo, nadie quiere cambiar de sitio.

—Ahora la casa y las tierras son de Long Er —le dije entonces—. Qué más da vivir aquí o en otra parte.

Al oírlo, mi madre se quedó callada un buen rato.

—Aquí sigue estando la tumba de tu padre —dijo por fin.

Con esa sola frase, mi madre me quitó las ganas de buscar más ideas. Después de dar muchas vueltas al asunto, vi que sólo me quedaba ir a ver a Long Er.

Long Er se había convertido en el terrateniente local, y solía vestir ropa de seda y pasearse entre los cultivos con una tetera en la mano, con unos aires que para qué te voy a contar. Iba siempre sonriendo con la boca bien abierta, enseñando las dos muelas de oro que llevaba. A veces sonreía hasta para echar bronca a algún aparcero a quien tuviera atravesado. Yo al principio creía que lo que pasaba es que era amable con la gente, pero poco a poco me di cuenta de que lo hacía para que todo el mundo admirara sus dientes de oro.

Cuando me veía, era relativamente educado conmigo.

—Fugui —me decía con la mejor de sus sonrisas—, pásate por mi casa a tomar un té.

Si yo nunca había ido a casa de Long Er era por temor a que me entrara tristeza. Yo había vivido en esa casa desde que me habían traído al mundo, y ahora era la casa de Long Er, así que imagínate cómo me habría sentido.

Pero en realidad, cuando uno llega a la situación en que estábamos nosotros, tampoco puede andarse con esos reparos. Prácticamente, el dicho «La pobreza merma las ambiciones» me iba que ni pintado. El día en que fui a ver a Long Er, él estaba sentado en el sillón de madera del

salón, con las piernas apoyadas en un reposapiés, la tetera en una mano y el abanico en la otra.

—¡Pero si es Fugui! —dijo al verme, con su sonrisa de oreja a oreja—. Coge un taburete y siéntate.

Él estaba arrellanado en su sillón, sin mover ni un pelo, así que yo no esperaba que se molestara en prepararme una tetera.

—Fugui —me dijo cuando me senté—, has venido a pedirme dinero prestado, ¿no es así?

Sin darme tiempo a contestar que no, prosiguió:

—En teoría, yo debería prestarte algún dinero. Pero sacar de un apuro no saca de la pobreza. Sólo puedo sacarte de un apuro, no de pobre.

—Quisiera arrendar unos *mu* de tierra —dije asintiendo.

—¿Cuántos? —preguntó risueño.

—Cinco —contesté.

—¿Cinco? —preguntó Long Er subiendo las cejas compasivo—. ¿Tendrás fuerzas para labrarlos?

—Es cuestión de práctica —dije.

Long Er se lo pensó un poco.

—Somos viejos conocidos. Te daré cinco *mu* de buena tierra.

Algún sentido de la amistad tenía Long Er, porque realmente me dio cinco *mu* de buena tierra. Casi muero de agotamiento al labrarla yo solo. Yo nunca había hecho labores agrícolas, así que me dedicaba a imitar a los aldeanos, imagínate lo lento que iba. Mientras hubiera suficiente luz para ver, allí estaba yo, de sol a sol. Y las noches de luna, también bajaba al campo a trabajar. Los cultivos hay que hacerlos a su debido tiempo. Si no, pierdes toda la cosecha. Y si eso ocurría, no sólo no iba a poder mantener a mi familia, sino que no iba a ser capaz ni de pagar a Long Er el grano del arriendo. Dice el refrán que «El pájaro torpe es el primero en volar»; pues en mi caso, además de volar más temprano, tenía que volar más.

Mi madre me quería muchísimo, así que iba conmigo a trabajar. Pero la pobre, a sus años, con los pies que le impedían moverse bien y la espalda tan anquilosada que, apenas se agachaba un rato, ya no podía volver a levantarse, a menudo se dejaba caer sentada en el suelo.

—Madre, vuelve ahora mismo a casa, por favor —le decía yo.

—Cuatro manos siempre son mejor que dos —contestaba ella moviendo la cabeza.

—Pues si acabas enferma de agotamiento, no tendremos ni una

sola, porque tendré que cuidar de ti.

Sólo así se fue, lentamente, a sentarse en el sendero del bancal y esperarme con Fengxia. Fengxia venía a hacerme compañía todos los días. Recogía muchas flores, las ponía junto a ella y me las iba enseñando una a una, preguntándome cómo se llamaban. Qué iba yo a saber.

—Pregunta a tu abuela —le decía yo.

—¡Ten cuidado, no te lo vayas a clavar en un pie! —me decía mi madre, sentada en el sendero, al verme trabajar con el azadón.

Y cuando usaba la hoz, se preocupaba todavía más.

—¡Fugui, no vayas a llevarte una mano con eso! —me decía una y otra vez.

Tener a mi madre allí, poniéndome en guardia todo el rato, no servía para nada. Yo tenía que trabajar rápido, así que era inevitable que me clavara el azadón o me hiciera algún corte en la mano. En cuanto me sangraba una mano o un pie, mi madre se volvía loca de angustia.

Venía corriendo bamboleándose con sus pies vendados y me paraba la hemorragia con un pegote de barro. Mientras, me cantaba las cuarenta de un tirón. En cuanto se ponía a regañarme se tiraba horas, y yo no podía responderle porque, si lo hacía, se me echaba a llorar.

Mi madre solía decir que el barro era sanísimo. No sólo hacía crecer los cultivos, también curaba. Yo llevo un montón de años poniéndome pegotes de barro en las heridas que me hago. Mi madre tenía razón; no hay que despreciar los pegotes de barro, porque lo curan todo.

Cuando estás tan cansado que te pasas días enteros sin fuerza, lo bueno es que no te pones a pensar en cualquier cosa. A partir de cuando arrendé las tierras de Long Er, nada más tumbarme en la cama me quedaba como un tronco, ronquido va, ronquido viene, no tenía tiempo para pensar en nada. Cuando lo recuerdo ahora, llevaba una vida dura y cansada, pero por dentro estaba tranquilo. Pensaba que al menos los Xu teníamos un pollito y que, si seguía trabajando así, en pocos años el pollito se convertiría en oca, y algún día los Xu volveríamos a ser ricos.

A partir de entonces, nunca más volví a vestir túnica de seda. Mi madre tejía el algodón basto de la ropa que llevaba. Al principio, me pareció muy incómoda, raspaba por todo el cuerpo; pero con el tiempo la llevé más a gusto. Hace unos días murió Wang Xi, el antiguo aparcero de mi casa. Me llevaba dos años. Antes de morir, ordenó a su hijo que

me regalara su antigua ropa de seda: nunca olvidó que yo había sido el joven amo. Quería que yo, antes de morir, pudiera darme el lujo de llevar ropa de seda. Pero yo, que no soy digno de la bondad de Wang Xi, nada más ponerme su ropa de seda me la tuve que quitar de lo desagradable que me resultó: era tan suave y resbaladiza que parecía hecha de moco.

Al cabo de unos tres meses, vino Changgen, el antiguo peón de casa. Ese día estaba yo trabajando en el bancal, y mi madre y Fengxia estaban sentadas en el sendero. Changgen iba apoyándose en una rama seca, con la ropa hecha jirones, un hatillo en una mano y un cuenco resquebrajado en la otra. Se había hecho mendigo. Fengxia fue la primera que lo vio. Se levantó y lo llamó:

—¡Changgen! ¡Changgen!

Al ver a ese hombre que desde niño se había criado en casa, mi madre corrió a su encuentro.

—Ama —dijo Changgen secándose las lágrimas—, echaba de menos al joven amo y a Fengxia, y he venido a verlos.

Changgen entró en el bancal y, al verme vestido de algodón basto y cubierto de barro, se echó a llorar a lágrima viva.

—¡Joven amo! Pero ¿qué le ha pasado?

Cuando perdí toda la fortuna de mi familia, el que salió peor parado fue Changgen. Changgen había trabajado toda la vida en nuestra casa, lo justo habría sido que yo lo hubiera mantenido en su vejez. Pero al arruinarnos nosotros, él no tuvo más remedio que irse y vivir de la mendicidad.

Al ver su aspecto, se me encogió el corazón. De niño se pasaba el día llevándome a cuestas de aquí para allá, y de mayor nunca me acordé de él. Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera venir a vernos.

—¿Estás más o menos bien? —le pregunté.

—Sí, más o menos —contestó frotándose los ojos.

—¿No has encontrado casa donde colocarte? —le pregunté.

—A mis años —dijo él moviendo la cabeza—, ¿quién va a querer emplearme?

Al oírlo, por poco se me saltan las lágrimas. Sin embargo, Changgen no se lamentaba de su suerte; si lloraba era por mí.

—Joven señor, ¿cómo puede soportar vivir así? —preguntó.

Esa noche, Changgen la pasó en nuestro chamizo. Mi madre y yo estuvimos hablando de la posibilidad de que se quedara con nosotros,

aunque entonces la vida sería todavía más difícil.

—Es igual —le dije a mi madre—, que se quede. Con que comamos dos bocados menos de arroz cada uno, será suficiente.

Ella asintió.

—Changgen es tan bueno… —dijo.

A la mañana siguiente, dije a Changgen:

—Changgen, es una suerte que hayas vuelto. Precisamente necesitaba ayuda. Quédate a vivir con nosotros.

Changgen me miró, echándose a reír. Se rió tanto que se le saltaron las lágrimas.

—Joven amo, no tengo fuerzas para serle de ayuda. Su buena intención me basta —dijo.

Se dispuso a marcharse. Ni mi madre ni yo pudimos hacer nada para detenerlo.

—Déjenme ir, ya volveré por aquí a hacerles una visita —dijo.

Después todavía vino una vez. Trajo a Fengxia una pieza de seda roja para que se adornara el pelo. La había encontrado por ahí; la lavó y la guardó especialmente para traérsela a Fengxia. Luego ya no volví a verlo más.

Al arrendar las tierras de Long Er, me había convertido en su aparcero, de modo que ya no podía llamarlo por su nombre como antes; tenía que llamarlo «amo Long». Al principio, cuando me oía, hacía un gesto con la mano y me decía:

—Fugui, entre nosotros no hace falta tanta ceremonia.

Pero con el tiempo se fue acostumbrando. Cuando yo estaba trabajando en el bancal, venía de vez en cuando a intercambiar unas frases conmigo. Un día, andaba yo segando el arroz, con Fengxia detrás recogiendo las espigas, y se acercó pavoneándose.

—Fugui —me dijo—, voy a reformarme. No volveré a jugar nunca más. No hay rival para mí en la casa de juego, así que me retiro mientras las cosas me van bien, no sea que un día me arruine y acabe como tú.

—Sí, amo Long —dije respetuosamente, con una reverencia.

—¿Esta mocosa es tuya? ¿Es tu cachorra?

—Sí, amo Long —volví a decirle con una reverencia.

Vi que Fengxia se había quedado como pasmada, con las espigas en la mano, mirando fijamente a Long Er.

—Fengxia —me apresuré a decirle—, saluda ahora mismo al amo

Long.

Fengxia me imitó. Hizo una reverencia a Long Er y le dijo:

—Sí, amo Long.

A menudo me acordaba de Jiazhen y del hijo que llevaba dentro. Más de dos meses después de irse, mandó a un mensajero a decirme que había dado a luz, que era niño y que mi suegro le había puesto de nombre Youqing.

—¿Cómo se apellida Youqing? —le preguntó en voz baja mi madre.

—Xu —contestó el mensajero.

Yo estaba en el campo. Mi madre vino muy agitada, corriendo con los pies torcidos, a anunciármelo. Antes de que acabara de contármelo, tuve que enjugarme las lágrimas. Al oír que Jiazhen me había dado un hijo, tiré el azadón para correr a la ciudad. A los pocos metros me detuve, pensando que si iba así a la ciudad a verlos a ella y al niño, mi suegro seguramente no me dejaría ni pasar del umbral.

—Madre, prepara tus cosas deprisa y ve a ver a Jiazhen y al niño —dije.

Mi madre no paraba de decir que iba a ir a la ciudad a ver a su nieto; pero pasaron unos días y no se había movido de casa. Yo tampoco me atreví a insistir. Según la costumbre de aquí, a Jiazhen se la había llevado su familia, y era su familia la que tenía que volver a traerla.

—Si Youqing se apellida Xu, es que Jiazhen va a volver muy pronto —me dijo—. Jiazhen debe de estar muy débil todavía —añadió—, mejor que se quede un poco más en la ciudad. Tiene que recuperarse bien.

Jiazhen volvió cuando el niño cumplió seis meses. No vino en palanquín. Anduvo más de diez *li* con Youqing en una bolsa que llevaba a la espalda. Y así fue como Youqing, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la espalda de su madre, balanceándose, vino a conocer a su padre.

Jiazhen llevaba un vestido manchú de color rosa y un hatillo azul con flores blancas en la mano. Estaba preciosa. A cada lado del camino brillaban las flores de colza, doradas. Las abejas volaban zumbando de un lado a otro. Cuando Jiazhen llegó a la puerta del chamizo, no entró enseguida; se quedó allí, sonriendo a mi madre.

Mi madre estaba dentro, trenzando sandalias de esparto. Levantó la cabeza y vio a una mujer guapísima en la puerta. A contraluz, el cuerpo de Jiazhen resplandecía. Mi madre no la reconoció, ni vio a Youqing a su espalda.

—¿Quién es usted, señorita? ¿A quién busca? —le preguntó.

Jiazhen se echó a reír de buena gana.

—Soy yo, soy Jiazhen —dijo.

En ese momento, Fengxia y yo estábamos en el bancal, la niña sentada en el sendero mirándome trabajar. Oí que me llamaban. Por la voz, parecía mi madre; pero al mismo tiempo era distinta.

—¿Quién me llama? —pregunté a Fengxia.

La niña se volvió a mirar.

—Es la abuela —dijo.

Estiré el cuello y vi a mi madre, a la puerta del chamizo, inclinándose para gritar con fuerza mi nombre y, junto a ella, a Jiazhen, con su vestido rosa y Youqing en brazos.

En cuanto vio a su madre, Fengxia se puso en pie y salió corriendo. Yo me quedé en el arrozal, mirando a mi madre llamarme a voz en grito, con todas sus fuerzas, las manos apoyadas en las piernas para no caerse hacia delante. Fengxia corría demasiado deprisa, dando tumbos por el camino, hasta que por fin se precipitó sobre las piernas de Jiazhen, y ella, con Youqing en brazos, se agachó para abrazarla. Sólo entonces salí del arrozal. Mi madre seguía llamándome. A medida que me acertaba a ellas, la cabeza me iba dando más vueltas. Fui hasta Jiazhen, le sonreí. Ella se levantó y me miró fijamente un momento. Al ver mi aspecto miserable, bajó la cabeza y lloró en silencio.

A un lado, mi madre sollozaba.

—Ya te dije que Jiazhen era tu mujer, que nadie podría quitártela —decía.

Al volver Jiazhen, la familia estuvo al completo, y yo tuve ayuda en el campo. Empecé a querer de verdad a mi mujer. Eso me lo dijo Jiazhen, porque yo no me di cuenta.

—Siéntate en el sendero y descansa un rato —le decía.

Jiazhen era una señorita de la ciudad, de piel fina y carnes suaves. Verla hacer ese trabajo tan duro, como es natural, me enternecía. Cuando le decía que descansara, se echaba a reír, muy alegre.

—No estoy cansada —decía.

Mi madre decía que cuando uno vive contento no teme ni a la pobreza. Jiazhen se quitó el vestido manchú y empezó a vestir como yo, ropa de algodón basto. Cada día acababa tan cansada que apenas podía respirar, pero aun así siempre estaba risueña.

Fengxia era una buena niña. Habíamos pasado de vivir en una casa de ladrillo y teja a vivir en un chamizo, pero ella seguía igual de alegre

que siempre, y tampoco hacía ascos al grano basto que comíamos. Al volver a casa su hermanito, se puso todavía más contenta. Ya no iba al campo a hacerme compañía, sólo pensaba en coger en brazos a su hermano.

¡Pobre Youqing! Su hermana, todavía, había podido tener cuatro o cinco años de buena vida. En cambio, él había pasado apenas seis meses en la ciudad antes de venir a sufrir conmigo. De quien menos digno he sido es de mi hijo.

Llevábamos viviendo así un año, cuando enfermó mi madre. Al principio sólo tenía vértigos; decía que cuando nos miraba nos veía borrosos. Yo no le di mucha importancia; pensé que era la edad, que era normal que perdiera vista. Pero un día, mi madre estaba encendiendo el fuego y, de repente, agachó la cabeza y se apoyó en la pared, como si se hubiera quedado dormida. Cuando Jiazhen y yo volvimos del campo, ella seguía así. Jiazhen la llamaba, pero ella no contestaba. Al sacudirla un poco con la mano, se deslizó por la pared y cayó al suelo. Asustada, Jiazhen me llamó a gritos. Cuando llegué a la cocina, mi madre volvió en sí. Nos miró fijamente un rato. Le preguntamos qué le había pasado, pero ella no contestó. Al cabo de un momento, sintió que algo olía a quemado y se dio cuenta de que era el arroz.

—¡Ay! —exclamó por fin—. ¿Cómo he podido quedarme dormida?

Mi madre, toda agitada, quiso levantarse. Pero en cuanto empezó a incorporarse, las piernas le fallaron, y volvió a caer al suelo. Me apresuré a llevarla en brazos hasta la cama. Ella iba diciendo sin parar que se había quedado dormida, tenía miedo de que no la creyéramos.

—Ve a la ciudad a buscar un médico —me dijo Jiazhen.

Pero para hacer venir un médico se necesitaba dinero, así que no me moví. Jiazhen sacó de debajo del colchón dos yuanes de plata envueltos en un pañuelo. Al verlos se me encogió el corazón. Era dinero que había traído mi mujer de la ciudad, sólo quedaban esas dos monedas. Pero me preocupaba más la salud de mi madre, así que cogí el dinero. Jiazhen volvió a doblar cuidadosamente el pañuelo y lo guardó de nuevo debajo del colchón, antes de darme ropa limpia para que me cambiara.

—Me voy —dije a Jiazhen.

Ella no dijo nada. Me acompañó hasta la puerta. Di unos pasos y me volví a mirarla. Ella se retiró el pelo hacia atrás y me hizo una seña con la cabeza. Era la primera vez que me separaba de ella desde que había vuelto a casa. Me puse en camino hacia la ciudad, con mi ropa

raída pero impecable, calzando sandalias de esparto hechas por mi madre. Fengxia estaba sentada en el suelo, junto a la puerta, con Youqing dormido en brazos. Al ver mi ropa tan limpia, me dijo:

—Padre, ¿no vas al campo?

Me fui a muy buen paso. En menos de una hora, ya estaba en la ciudad. Llevaba más de un año sin ir. Al entrar, sentí cierta zozobra. Temía encontrarme con algún conocido. Al verme con esa ropa raída, a saber qué dirían. Con quien más temía encontrarme era con mi suegro, no me atreví a pasar por la calle de su tienda y preferí dar un rodeo.

Conocía las habilidades de los pocos médicos que había en la ciudad. También sabía cuáles se ganaban la vida con malas artes y cuáles eran honrados. Bien pensado, lo mejor era ir a ver al doctor Lin, el de al lado de la tienda de sedas. Ese viejo era amigo de mi suegro y, por consideración hacia Jiazhen, seguramente nos haría un precio.

Cuando pasé delante de la mansión del gobernador del distrito, vi a un niño de puntillas, vestido de seda, tratando de alcanzar el picaporte. Tenía aproximadamente la edad de mi Fengxia, y pensé que podía ser hijo del gobernador, así que me acerqué a él.

—Espera, que te ayudo —le dije.

El niño asintió, sonriendo. Empuñé el picaporte y di varios golpes con fuerza.

—¡Ya va! —dijo alguien de dentro.

Entonces, el niño me dijo:

—¡Corre, vámonos!

Antes de que yo llegara a entender algo, el niño se había escapado, pegado a la pared. Un hombre vestido de sirviente abrió la puerta y, en cuanto vio mi ropa, me echó de un empujón sin decir ni una palabra. Como no me lo esperaba, di un traspié y caí del escalón. Mientras trataba de levantarme, pensé: «Vamos a dejarlo», pero el tipo bajó y me dio una patada.

—¡Mira que andar pidiendo sin fijarse ni en dónde llama!

Me puse hecho un basilisco y lo insulté.

—¡Antes roería los huesos podridos de tus muertos que pedirte a ti nada, cabrón!

Se abalanzó sobre mí y me empezó a pegar. Recibí un puñetazo en la cara, y él una patada. Estuvimos peleándonos en medio de la calle. El puñetero era un cobarde. Viendo que no podría conmigo a puñetazos, intentó darme patadas en la entrepierna. Yo, por mi parte, me lié a dárselas en el culo. Ninguno de los dos sabía pelear, y cuando

llevábamos un rato, oímos una voz exclamar:

—¡Menudo espectáculo! ¡Estos animales peleándose, qué cosa más grotesca!

Paramos de golpearnos y nos giramos: había allí una tropa de soldados del Guomindang, con el uniforme ocre y unos diez cañones en carros tirados por caballos. El que acababa de hablar llevaba una pistola al cinto, era un oficial. El sirviente era un zorro y, nada más ver al oficial, se puso a hacerle reverencias.

—Señor oficial, je, je, je, señor oficial...

—¡Menudo par de burros! ¡Ni siquiera sabéis pelear! ¡A tirar de los cañones! —dijo haciéndonos señas con la mano.

Al oírlo, se me pusieron los pelos de punta. El hombre iba a reclutarme a la fuerza. El sirviente también se puso nervioso.

—Señor oficial —dijo adelantándose unos pasos—. Soy de la casa del gobernador de este distrito.

—Un hijo de gobernador con más razón tiene el deber de luchar por la patria.

—No, no —dijo el sirviente asustado—. No soy el hijo. Ni muerto me atrevería. Mi capitán, soy sirviente del gobernador.

—¡Me cago en la puta! ¡Soy comandante!

—¡Sí, mi comandante! Soy sirviente del gobernador.

Todo lo que dijera era inútil. Es más, irritaba al comandante, que le cruzó la cara de un tortazo.

—¡Basta de idioteces, me cago en la puta! ¡A tirar de los cañones! ¡Y tú también! —añadió al verme.

No tuve más remedio que obedecer, así que agarré las riendas de un caballo y me puse a seguirlos, pensando que tarde o temprano tendría ocasión de escapar. El sirviente seguía suplicando al comandante. Al cabo de un rato, el comandante cedió.

—Está bien, está bien. Vete, anda, que me tienes hasta las narices.

El sirviente se llevó una alegría tremenda, parecía a punto de echarse al suelo para postrarse ante el comandante, pero no, se limitó a frotarse las manos delante del comandante.

—¡Que te largues de una puta vez! —gritó el comandante.

—Me largo, me largo. Me largo ahora mismo —dijo el sirviente.

El sirviente dio media vuelta y se alejó. En ese momento, el comandante se sacó la pistola del cinto, levantó el brazo y apuntó hacia el sirviente cerrando un ojo. El sirviente dio unos diez pasos y se volvió

a mirar. Al ver lo que pasaba, se quedó allí pasmado de miedo, sin moverse, como un gorrión de noche, dejando que el comandante apuntara.

—¡Camina, camina! —le dijo el comandante.

El sirviente cayó —pumba— de rodillas al suelo.

—¡Comandante! ¡Comandante! ¡Comandante! —gritó gimoteando.

El comandante disparó. No le dio, pero la bala hizo saltar una piedrecita que le hirió en la mano, y sangró.

—¡Levántate! ¡Levántate! —le ordenó el comandante haciéndole señas con la pistola.

El sirviente se levantó.

—¡Camina! ¡Camina! —repitió el comandante.

El sirviente se echó a llorar desconsolado.

—¡Mi comandante, tiraré del cañón! —dijo tartamudeando.

El comandante volvió a levantar el brazo y apuntó de nuevo hacia él.

—¡Camina! ¡Camina!

Como si lo hubiera entendido de repente, el sirviente dio media vuelta y puso pies en polvorosa. Cuando el comandante hizo el segundo disparo, él acababa de meterse en una callejuela. El comandante se puso a echar pestes mirando la pistola.

—¡Me cago en la puta! Me he equivocado de ojo.

El comandante dio media vuelta y me vio ahí atrás parado. Fue hacia mí pistola en mano y me puso el cañón en el pecho.

—Vete tú también.

Me temblaban las piernas como a un condenado, pensando que esta vez, aunque cerrara los ojos, me mandaría al Cielo del Oeste[11] de un balazo.

—Tiraré del cañón, tiraré del cañón —dije de un tirón.

Con la mano derecha tirando de la cuerda y aferrando con la izquierda los dos yuanes de plata de Jiazhen que llevaba en el bolsillo, salí de la ciudad. Al ver en el campo otros chamizos parecidos al mío, agaché la cabeza y lloré.

Seguí a esa división de artillería, cada vez más lejos. Al cabo de un mes y pico llegamos a Anhui. Los primeros días, sólo pensaba en huir. Pero no era yo el único que quería huir. Cada dos días, en la división había un par de caras conocidas menos. Yo pensaba que igual habían conseguido escapar, y se lo pregunté a un viejo soldado llamado Lao

Quan.

—De aquí no se escapa nadie —me dijo.

Me preguntó si de noche, cuando todo el mundo dormía, no había oído algún disparo, y le dije que sí.

—Eso era que disparaban a los desertores. Los que tienen mucha suerte y no mueren, los acaba atrapando otra división.

Lo que dijo Lao Quan me heló el corazón. Lao Quan me contó que, en la guerra de resistencia contra Japón, había sido reclutado a la fuerza. Durante el traslado hacia Jiangxi, se escapó. Pero a los pocos días se lo llevó la unidad que iba hacia Fujian. Estuvo de soldado más de seis años, pero no luchó ni una sola vez contra los japoneses, sólo contra la guerrilla comunista. Durante todo ese tiempo, trató de huir siete veces, y siempre caía en manos de otra unidad. La última vez que lo intentó, cuando ya sólo le quedaban algo más de cien *li* para llegar a su casa, se topó con esa división de artillería. Lao Quan dijo que ya no pensaba escapar.

—Acabé harto de huir —explicó.

Después de cruzar el Changjiang, también desistí de escapar. Cuanto más me alejaba de casa, menos valor tenía para huir. En nuestra división había una decena de soldados de unos quince o dieciséis años. Había un chaval que se llamaba Chunsheng y era de Jiangsu. No paraba de preguntarme si íbamos hacia el norte para luchar en el frente. Yo le decía que sí. En realidad, yo tampoco lo sabía, pero pensaba que cuando se es soldado no hay tu tía, hay que luchar. Chunsheng y yo nos tomamos cariño. Siempre estaba a mi lado.

—¿Nos matarán? —me preguntaba cogiéndome el brazo.

—No lo sé —decía yo.

Al decirlo, a mí también me venía congoja. Una vez que cruzamos el Changjiang, empezamos a oír disparos y cañonazos. Al principio, lejanos. Pero cuando llevábamos un par de días avanzando, los disparos se fueron oyendo cada vez más cerca. Entonces llegamos a un pueblo. No se veía ni un solo animal, y no digamos personas. El comandante de la división nos ordenó montar los cañones, y supe que esta vez sí que íbamos a luchar. Alguien fue a preguntar al comandante:

—Mi comandante, ¿dónde estamos?

—¿A mí me preguntas? ¿Y a quién coño pregunto yo?

Ni el comandante sabía dónde estábamos; el pueblo estaba totalmente desierto; miré a mi alrededor y, aparte de los árboles pelados y de unos cuantos chamizos, no había nada. Al cabo de dos

días, fue habiendo cada vez más militares de uniforme ocre. Por todas partes iban yendo y viniendo tropas, una tras otra. Todas acamparon cerca de nosotros. Pasaron un par de días más, y aún no habíamos disparado un solo cañonazo.

—Estamos rodeados —anunció el comandante.

Los rodeados no sólo éramos nosotros, los de nuestra división. Había más de cien mil hombres del ejército nacional rodeados en un espacio de sólo veintipico *li* a la redonda. Estaba todo lleno de uniformes ocres, parecía una feria.

En esos momentos, Lao Quan estuvo muy animado. Se pasaba el rato sentado sobre un montón de tierra junto a un túnel, fumando, mirando a esos soldados de piel curtida yendo y viniendo, saludando de vez en cuando a alguno de ellos. Conocía a muchísima gente. Había estado por todas partes, viviendo al día en siete unidades distintas. Él y unos cuantos viejos conocidos suyos se contaban chistes verdes y se desternillaban de risa; preguntaban por otros, y yo los oía decir que habían muerto, o que los habían visto hacía poco. Lao Quan nos dijo a Chunsheng y a mí que esos hombres, en su momento, se habían fugado con él. Mientras nos contaba eso, alguien lo llamó.

—¡Lao Quan! ¿Aún no estás muerto?

Era otro viejo conocido suyo.

—¿Y a ti, cabrón, cuándo te cogieron? —preguntó riendo.

Antes de que el hombre contestara, otro llamó a Lao Quan. Él se volvió y se puso en pie de un salto.

—¡Eh! —gritó—. ¿Sabes dónde está Lao Liang?

—Muerto —le contestó el otro a voces, riendo.

Lao Quan volvió a sentarse, decepcionado.

—¡Me cago en la leche, me debía un yuan de plata! —renegó—. ¿Lo veis? Nadie consiguió escapar —añadió ufano dirigiéndose a Chunsheng y a mí.

Al principio, sólo nos habían rodeado. Los soldados del Ejército de Liberación no nos atacaron inmediatamente, así que no teníamos demasiado miedo. Tampoco lo tenía el comandante de la división; decía que el presidente del consejo Chiang Kai—shek enviaría unos tanques a salvarnos. Después, cuando ya los disparos y cañonazos iban acercándose, tampoco teníamos mucho miedo; sólo estábamos ahí de brazos cruzados, sin tener nada que hacer, puesto que el comandante de la división no nos había ordenado que abriéramos fuego. Un soldado veterano pensó que el que nuestros hermanos que estaban en el frente

tuvieran que derramar su sangre y perder la vida mientras nosotros nos tocábamos las narices no era plan.

—¿No vamos a disparar también nosotros unos cañonazos? —preguntó al comandante.

El comandante estaba escondido en el túnel, jugando.

—¡Disparar unos cañonazos! —contestó irritado—. ¿Y adonde los disparamos?

Y no le faltaba razón: si disparábamos nuestros pocos cañones hacia nuestros hermanos del ejército nacional y les dábamos, los soldados nacionales del frente, en un arrebato, se volverían contra nosotros y nos ajustarían las cuentas. No era cosa de andarse con bromas.

El comandante nos ordenó que esperáramos metidos en el túnel y que nos dedicáramos a lo que nos diera la gana, mientras no saliéramos a pegar cañonazos.

Cuando quedamos rodeados, para los víveres y las municiones empezamos a depender por completo del suministro aéreo. En cuanto arriba aparecía un avión, los nacionales de abajo iban y venían en tropel, apiñados como hormigas. Las cajas de municiones que caían no las quería nadie, todos se abalanzaban sobre los sacos de arroz. En cuanto se alejaban los aviones, los hermanos del ejército nacional que habían conseguido hacerse con algo de arroz se lo llevaban, dos hombres por saco, protegidos por otro que iba blandiendo el fusil. Y así, grupo a grupo, iban dispersándose y volvían a sus túneles respectivos.

No pasó mucho tiempo antes de que los soldados nacionales se precipitaran por cuadrillas hacia las casas y los árboles pelados. En todas las techumbres de paja había hombres subidos, desmontando los chamizos, cortando los árboles. Ya me dirás si eso parecía una guerra. El guirigay que armábamos casi tapaba el ruido de los disparos del frente. En apenas medio día, ya no quedó una sola casa ni un solo árbol de los que se veían. En el campo arrasado ya sólo había soldados cargando vigas y árboles en el hombro, llevando tablas y banquetas. Cuando todos volvieron a sus túneles, empezaron a alzarse en el cielo columnas de humo de cocer el arroz.

En esos tiempos, lo que más abundaba eran las balas. Dondequiera que te tumbaras, se te clavaban y hacían daño. Al no quedar ya una sola casa ni un solo árbol, por todas partes se veían soldados nacionales yendo a cortar hierba seca con sus bayonetas. Realmente, parecía la recolección del arroz en plena temporada agrícola. Algunos, sudando la gota gorda, escarbaban para sacar las raíces de los árboles. Otros

empezaron a profanar tumbas y a desguazar ataúdes para leña. Cuando desenterraban las cajas, los huesos que hubiera dentro los dejaban ahí tirados, fuera del túnel, ni siquiera los volvían a enterrar. En esa situación a nadie le impresionaban los huesos de los muertos. Por las noches podías dormir al lado sin tener ni una pesadilla. Pero la leña fue escaseando, y el arroz aumentando. Ya nadie se peleaba por los sacos de arroz. Nosotros tres fuimos a buscar unos cuantos para usarlos de colchón en el túnel, así ya no nos molestarían las balas del suelo.

Cuando ya no quedó absolutamente nada que usar de leña para cocinar, el presidente del consejo Chiang Kai—shek todavía seguía sin venir a salvarnos. Menos mal que para entonces los aviones del suministro dejaron de lanzar arroz y empezaron a lanzar tortas. En cuanto caía un paquete de tortas, los compañeros se abalanzaban a pelear por ellas como animales. Se amontonaban unos sobre otros a capas, como las suelas de los zapatos que hacía mi madre, aullando lo mismito que los lobos.

—Vamos por separado a intentar hacernos con linas —dijo Lao Quan.

En esa situación, no quedaba más remedio que separarnos, era la única posibilidad de conseguir unas pocas tortas. Salimos arrastrándonos del túnel, y cada cual eligió una dirección. En ese momento, los tiroteos estaban muy cerca de allí, y a menudo te pasaba alguna que otra bala silbando.

Una vez, estaba yo corriendo, corriendo, y uno que tenía al lado cayó al suelo. Creí que se había desmayado de hambre, pero, al volverle la cabeza vi que le habían volado la tapa de los sesos. Del susto que me llevé, se me aflojaron tanto las piernas que casi caigo yo también.

Hacerse con tortas era todavía más difícil que hacerse con arroz. Decían que en el ejército nacional morían cada día como moscas; pero cuando pasaba un avión, salían hombres de la tierra como setas. Parecía que había crecido mata a mata todo un pastizal, corriendo tras el avión y, en cuanto lanzaban las tortas, se dispersaban, precipitándose cada cual hacia el paracaídas que había localizado. Además, las tortas estaban mal empaquetadas y, al caer, se desparramaban. Varias decenas o un centenar de hombres se abalanzaban sobre ellas. Algunos, antes de llegar, chocaban con otro y se desmayaban.

Cada vez que iba por tortas quedaba maltrecho y dolorido como si me hubieran colgado y me hubieran azotado con un cinturón. Total, para conseguir unas pocas tortas de nada. Cuando volvía al túnel, Lao

Quan ya estaba allí sentado, con la cara llena de moratones y golpes, y tampoco había conseguido más tortas que yo. Lao Quan llevaba ocho años de soldado, pero seguía teniendo corazón. Ponía sus tortas sobre las mías y decía que, cuando volviera Chunsheng, las comeríamos juntos. Nos quedábamos los dos en cuclillas en el túnel, asomándonos a ver si venía Chunsheng.

Al cabo de un rato, veíamos a Chunsheng venir corriendo, encorvando la espalda, con un montón de zapatillas de goma en los brazos. El niño, todo colorado de ilusión, entró como un vendaval.

—¿Qué, son muchos o no? —dijo señalando las zapatillas de goma.

—¿Esto se come? —le preguntó Lao Quan después de lanzarme una mirada.

—¡Pueden servir para cocer el arroz! —contestó Chunsheng.

Y bien pensado, tenía razón. Al ver que Chunsheng no llevaba una sola magulladura en la cara, me dijo Lao Quan:

—Este mocoso es más listo que el hambre.

A partir de entonces, ya no volvimos a ir por tortas y usamos el método de Chunsheng. Cuando los hombres estaban apiñados peleándose por las tortas, íbamos nosotros a quitarles las zapatillas de los pies. Había pies que no reaccionaban, y otros que soltaban coces a diestro y siniestro. Así que nosotros cogíamos un casco de acero cualquiera, y golpeábamos con saña los pies que no se portaban bien. Los pies que recibían nuestros golpes se crispaban unas cuantas veces y luego se quedaban rígidos, como entumecidos de frío. Volvíamos al túnel con las zapatillas de goma y hacíamos fuego. Al fin y al cabo, había arroz a patadas, y así nos ahorrábamos un mal trago para el cuerpo. Mientras se iba cociendo el arroz, mirábamos a esos hombres descalzos en pleno invierno, dando respingos a cada paso, y nos caíamos de risa.

Se iban intensificando los tiroteos en el frente, tanto de día como de noche. Nosotros, en el túnel, acabamos acostumbrándonos. Con frecuencia estallaban bombas bastante cerca, y acabaron destrozando los cañones de nuestra división. Esos cañones que no habían disparado ni una sola vez se convirtieron en chatarra, así que nosotros quedamos todavía más ociosos.

Al cabo de unos días, Chunsheng tampoco tenía ya mucho miedo; en esa situación, de nada servía tener miedo. Los tiros iban acercándose, pero a nosotros seguía pareciéndonos que estaban lejos. Lo peor era que hacía cada vez más frío: te quedabas dormido, y a los pocos minutos te

despertabas helado. Cuando estallaba alguna bomba allá fuera, la vibración nos zumbaba en los oídos. Chunsheng no dejaba de ser un crío. Un día se quedó dormido, y una bomba que estalló cerca lo despertó con un gran sobresalto. Se puso hecho una furia. Se subió encima del túnel y echó una bronca a los cañonazos del frente:

—¡A ver si os calláis un poco, coño! ¡Con este ruido no hay quien duerma!

Corrí a hacerlo bajar de allí, porque las balas ya silbaban por encima del túnel.

La zona de despliegue de las tropas nacionales iba menguando día a día, de modo que no nos atrevíamos a salir del túnel así como así, salvo cuando apretaba el hambre y teníamos que ir a buscar algo de comer. Cada día evacuaban a miles de heridos. Como estábamos en la retaguardia, nuestra zona se convirtió en territorio de heridos. Durante unos días, Lao Quan, Chunsheng y yo nos tumbábamos encima del túnel y asomábamos las cabezas para ver cómo traían los camilleros a esos heridos, unos sin brazos, otros sin piernas. Al cabo de poco tiempo, vino otra larga fila de camillas. Los que las llevaban corrían, agachados, hasta donde estábamos, en busca de algún espacio libre. Cuando lo encontraban, gritaban: «¡Un, dos, tres!», y a la de tres volcaban las camillas dejando caer a los heridos al suelo como si fueran basura, y se marchaban dejándolos allí tirados. Los heridos sufrían tanto que no paraban de lanzar quejidos. Las letanías de sus llantos y lamentos llegaban a nuestros oídos una tras otra. Al ver cómo se iban los camilleros, Lao Quan los insultó: «¡Pero serán animales!»

Había cada vez más heridos. Mientras hubo disparos, fueron llegando camillas y, al grito de «¡Un, dos, tres!», las vaciaban en el suelo. Al principio había montones dispersos de heridos, pero al poco tiempo, todo el suelo quedó cubierto. Sufrían y gemían sin parar. Nunca olvidaré esos gritos. A Chunsheng y a mí se nos helaba el corazón de verlos, y hasta Lao Quan fruncía el ceño. «¿Pero qué clase de guerra es ésta», me preguntaba.

Apenas anocheció, se puso a nevar. Durante un tiempo largo dejaron de sonar los disparos. Sólo oíamos los lamentos de los miles de heridos que aún no habían muerto. Parecían llantos, pero también parecían risas: eran las voces del dolor insoportable. Nunca en mi vida he vuelto a oír una cosa así, tan sobrecogedora. Como a oleadas, parecía una marea que nos anegara. Nevaba, pero era tal la oscuridad que no veíamos los copos, sólo sentíamos el frío y la humedad; blandos y suaves, se derretían lentamente en la mano, pero no tardó en formarse

una gruesa capa de nieve.

Dormíamos los tres juntos, muy apretados. Pasábamos hambre y frío. Esos días, venían menos aviones, y resultaba muy difícil encontrar comida. Ya nadie tenía esperanzas de que el presidente del consejo Chang Kaishek nos sacara de ésa. Quién sabía si íbamos a morir o a sobrevivir.

—Fugui —me dijo Chunsheng tocándome el hombro—, ¿estás durmiendo?

—No —contesté.

Entonces tocó el hombro a Lao Quan, que no contestó. Chunsheng dio un par de hipidos.

—Esta vez no nos vamos a salvar.

Al oírlo, a mí también se me hizo un nudo en la garganta. Entonces habló Lao Quan.

—No seas tan pesimista —dijo estirando los brazos—. Yo he estado en varias decenas de batallas desde mis años mozos —añadió sentándose—. En cada una de ellas me decía a mí mismo: «Yo no me muero ni muerto.» Me han rozado balas por todo el cuerpo, pero nunca me han herido. Chunsheng, si piensas que no vas a morir, no morirás.

Luego, ya no dijimos nada más. Cada cual se puso a pensar en sus cosas. Yo me acordaba una y otra vez de mi familia, de Fengxia con Youqing en brazos sentada en el umbral de casa, de mi madre y Jiazhen... De tanto pensar, me quedé como taponado por dentro, no podía ni respirar, como si alguien me hubiera tapado la nariz y la boca.

Durante la segunda mitad de la noche, los lamentos de los heridos de fuera del túnel fueron disminuyendo. Pensé que seguramente se habrían quedado casi todos dormidos. Sólo unos pocos seguían gimiendo, sus quejidos iban y venían, a intervalos. A ratos, parecía que estuvieran hablando, uno preguntando una cosa, otro contestando algo, y sus voces eran tan desoladoras que ni parecían de vivos.

Al cabo de un rato, sólo quedó un lamento, tenue como el zumbido de un mosquito que volara por encima de mi cara. Estuve escuchando, y ya no parecía que estuviera gimiendo; más bien parecía que estaba canturreando alguna cancioncilla. Alrededor, reinaba un silencio absoluto, sólo se oía esa voz, yendo y viniendo sin parar. Al oírla, me eché a llorar. Las lágrimas derritieron la nieve que me había caído en la cara, y las gotas se me metieron por el cuello, lo mismo que el viento helado.

Cuando amaneció, ya no se oía nada. Nos asomamos a mirar: los

miles de heridos que el día anterior todavía gemían y gritaban estaban todos muertos, allí tirados de cualquier manera, completamente inmóviles, cubiertos por una fina capa de nieve. Los pocos que estábamos vivos en los túneles nos quedamos un buen rato pasmados, mirándolos. Nadie dijo nada. Hasta Lao Quan, que había visto a saber cuántos muertos en su vida de soldado, se quedó anonadado, mirándolos no sé cuánto tiempo. Al final, lanzó un suspiro.

—¡Qué tragedia! —dijo, mientras salía del túnel. Fue hasta ese gran campo de cadáveres. Volviendo a unos, sacudiendo a otros, Lao Quan fue desplazándose inclinado entre los muertos, poniéndose a veces en cuclillas para frotar con nieve la cara de alguno. Entonces sonaron de nuevo los disparos, y unas cuantas balas pasaron por allí. Chunsheng y yo recobramos de golpe el sentido y gritamos inmediatamente a Lao Quan:

—¡Vuelve! ¡Deprisa!

Lao Quan no nos hizo caso. Siguió mirando aquí y allí. Al cabo de un rato, se detuvo. Miró a un lado y a otro, y volvió hacia nosotros. Al acercarse nos enseñó cuatro dedos.

—Hay cuatro —dijo sacudiendo la cabeza—. Cuatro que conozco.

Apenas acabó de decirlo, Lao Quan se quedó mirándonos con los ojos desorbitados, las piernas repentinamente tiesas. Luego cayó de rodillas al suelo. No sabíamos por qué hacía eso, sólo veíamos las balas pasar silbando, así que le gritamos con todas nuestras fuerzas:

—¡Lao Quan, date prisa!

A pesar de nuestras llamadas, Lao Quan seguía sin moverse. Sólo entonces caí en la cuenta de que a Lao Quan le pasaba algo. Salí a toda prisa del túnel, corrí hacia Lao Quan y, al llegar junto a él vi una mancha de sangre en su espalda. Se me nubló la vista y entre sollozos llamé a Chunsheng. Cuando llegó el niño, entre los dos llevamos a Lao Quan al túnel. Las balas silbaban a nuestro alrededor y pasaban rozándonos.

Tumbamos a Lao Quan. Traté de parar la hemorragia de la espalda con la mano. El lugar de la herida estaba húmedo, abrasaba, y la sangre seguía saliendo, escurriéndoseme entre los dedos. Los ojos de Lao Quan parpadearon lentamente, como si nos hubiera mirado. Luego se movieron sus labios.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz ronca.

Chunsheng y yo levantamos la cabeza y miramos a nuestro alrededor. ¿Cómo íbamos a saber dónde estábamos? No pudimos más

que volver la vista hacia Lao Quan. Cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir lentamente, cada vez más grandes, torciendo la boca, como en un rictus de amargura.

—Tiene narices que me muera sin saber ni dónde —lo oí decir con voz cascada.

Poco después de decir esto, murió. Cuando dejó caer la cabeza hacia un lado, Chunsheng y yo supimos que estaba muerto y nos miramos un buen rato. Chunsheng fue el primero en llorar. Al verlo no pude reprimirme más y lloré con él.

Luego vimos al comandante de la división, vestido de paisano, con fajos de billetes de banco en los bolsillos y un hatillo en la mano, dirigiéndose hacia el oeste. Supimos que quería huir del peligro. Los fajos de billetes que llevaba forrando su ropa le daban andares bamboleantes de vieja gordinflona.

—¡Mi comandante! ¿Vendrá a salvarnos el presidente del consejo Chiang Kai—shek? —le preguntaron a voces dos niños soldados.

—¡Seréis panolis! —contestó el comandante volviéndose hacia ellos —. ¡Tal como está la cosa, aquí no vienen a salvaros ni vuestras madres! ¡Mejor sálvese quien pueda!

Un viejo soldado le pegó un disparo, pero no le dio. Al oír la bala que pasó silbando a su lado, el comandante, echando por los suelos toda su marcialidad de antes, abrió de repente las piernas y puso pies en polvorosa. Mucha gente empuñó el fusil y se puso a dispararle. Berreando como un niño, dando saltos y brincos para esquivar las balas, el comandante se alejó corriendo por la nieve.

Los cañonazos y tiros llegaron hasta delante de nuestras narices, hasta veíamos las siluetas de los que disparaban, tambalearse en la humareda de pólvora y desplomarse. Calculé que no llegaría vivo a mediodía, que en algún momento hasta entonces me tocaría a mí morir. Llevábamos más de un mes malviviendo en medio de tiros y cañonazos, así que la muerte ya no me daba mucho miedo. Sólo me parecía que morir así, sin que nadie se enterara, era una auténtica lástima; mi madre y Jiazhen no sabrían siquiera dónde habría muerto.

Miré a Chunsheng. Tenía una mano puesta sobre el cuerpo de Lao Quan y me miró también con abatimiento. Llevábamos varios días comiendo arroz crudo, y a Chunsheng se le había hinchado la cara.

—Quiero comer tortas —dijo pasándose la lengua por los labios.

En esa situación, ya no importaba vivir o morir. Si antes de morir lograbas comer una torta, podías darte con un canto en los dientes.

Chunsheng se levantó. Yo ya no me molesté en decirle que tuviera cuidado con las balas.

—Igual fuera queda alguna torta —dijo mirándome—. Voy a ver.

Chunsheng salió del túnel sin que yo hiciera nada por impedirlo. Al fin y al cabo, íbamos a morir antes de mediodía, de modo que, si el chaval conseguía comer una torta antes, mejor para él. Lo vi alejarse, abatido, pasando sobre los cuerpos. Dio unos pasos y me miró.

—No te vayas —me dijo—. En cuanto encuentre tortas, vuelvo.

Cabizbajo y con los brazos colgando, entró en la espesa humareda que teníamos delante. El aire estaba saturado de olor a quemado y a pólvora. Cuando te entraba en la garganta o en los ojos, era como si tuvieras grava ahí metida.

Antes de mediodía, todos los supervivientes que había en los túneles fuimos hechos prisioneros. Cuando llegaron corriendo los del Ejército de Liberación, uno de ellos, un viejo soldado, nos hizo poner las manos en alto. Estaba tan nervioso que tenía la cara morada al ordenarnos que no tocáramos las armas que teníamos a nuestro lado, por miedo a que, si se daba el caso, acabara él tan muerto como nosotros. Un soldado comunista no mucho mayor que Chunsheng me apuntó con el cañón negrísimo de su fusil. El corazón me dio un vuelco. Pensé que esta vez iba a morir de verdad. Pero no disparó. Me estaba ordenando algo. Cuando oí que me decía que saliera, el corazón se puso a palpitarme con fuerza: volvía a tener alguna esperanza de vida.

—Baja las manos —me dijo.

Obedecí, y mi alma en vilo se relajó. Toda una fila de más de veinte prisioneros emprendimos bajo su única custodia el camino hacia el sur. Al poco rato nos incorporamos a un grupo mayor de prisioneros. Por todas partes se elevaban densas humaredas hacia el cielo. Todas iban dirigiéndose hacia un mismo sitio. El suelo estaba lleno de baches y charcos, cubierto de cadáveres y de restos de cañones y armas destrozados por las bombas. Los camiones militares, carbonizados, seguían crepitando. Después de andar un rato, vimos venir del norte una veintena de soldados comunistas en fila india, cargando con palancas cuévanos de panecillos blancos, cocidos al vapor, calientes y humeantes, que nos hicieron salivar.

—Poneos en fila —dijo un oficial que nos vigilaba.

¡Quién iba a decir que nos traían comida! ¡Qué bien si hubiera estado allí Chunsheng! Miré a lo lejos, sin saber si el crío seguía vivo o había muerto. Formamos una veintena de filas y, uno tras otro,

recibimos dos panecillos cada uno. Nunca había oído a tanta gente comiendo junta. Hacíamos más ruido que varios centenares de cerdos masticando. Todos comíamos demasiado deprisa, algunos se pusieron a toser como locos, cada vez más fuerte. Uno que estaba a mi lado tosía más que ninguno, con las manos en el vientre y lágrimas de dolor corriéndole por la cara. Otros, los más, se atragantaban. Levantaban la cabeza mirando al cielo fijamente, sin moverse.

A la mañana siguiente, nos reunieron en un terreno y nos hicieron sentarnos ordenadamente en el suelo. Teníamos delante dos mesas y un tipo con pinta de oficial que nos habló. Primero nos explicó el cómo y el porqué de la liberación de todo el país. Luego nos anunció que los que quisiéramos unirnos al Ejército de Liberación, que nos quedáramos sentados; y que los que quisiéramos volver a casa, nos pusiéramos en pie y fuéramos a recoger el dinero para el viaje.

Al oír que podíamos volver a casa, me empezó a latir el corazón —*pupum, pupum, pupum*—. Pero, al ver que el oficial llevaba una pistola en el cinto, me entró miedo. Pensé: «¿Cómo va a ser verdad?» Muchos se quedaron sentados sin moverse. Algunos se levantaron y fueron realmente hasta la mesa a recoger dinero para el viaje de vuelta. El oficial los estuvo mirando todo el rato. Después de recoger el dinero, recibieron un salvoconducto. Luego se pusieron en camino. Yo tenía el corazón en un puño, estaba seguro de que el oficial ese iba a desenfundar la pistola y se los iba a cargar, igual que nuestro comandante de división. Pero, cuando ya estaban lejos, el oficial siguió sin sacar la pistola. Entonces me entró una agitación tremenda: veía que el Ejército de Liberación nos dejaba de verdad volver a casa. Con todo lo que había vivido, ya sabía lo que era la guerra. Me dije a mí mismo que nunca más iría a la guerra, que volvería a casa. Así que me puse en pie, fui hasta el oficial y, después de caer de rodillas ante él, me eché a llorar a lágrima viva. Pensaba decirle que quería volver a casa, pero las palabras se transformaban según me llegaban a la boca.

—¡Mi comandante! ¡Mi comandante! ¡Mi comandante...! —grité una y otra vez.

No fui capaz de decir nada más. El oficial me ayudó a levantarme y me preguntó qué quería decirle. Yo seguí llamándolo «mi comandante», llorando.

—Es coronel —me sopló un soldado.

Eso me dejó helado de espanto. Pensé: «Estás perdido.» Pero oí a los prisioneros que estaban sentados estallar a carcajadas, y luego vi al

coronel riendo también.

—¿Qué quieres decirme? —repitió.

Sólo entonces me calmé.

—Quiero volver a casa —le dije.

El Ejército de Liberación me dejó volver a casa, y encima me dio dinero. Me encaminé a toda prisa hacia el sur. Cuando tenía hambre, compraba una torta de sésamo con el dinero que me había dado el Ejército de Liberación. Si me entraba sueño, buscaba algún sitio más o menos llano y me tumbaba a dormir. Echaba muchísimo de menos a mi familia. Sólo de pensar que en esta vida iba a volver a ver a mi madre y Jiazhen, y a mis hijos, que íbamos a poder estar todos juntos, lloraba y reía mientras corría como un loco hacia el sur.

Cuando llegué al Changjiang, la orilla sur aún no había sido liberada, y el Ejército de Liberación se disponía a cruzar el río. No pude pasar, y me demoré allí varios meses. En vista de eso, me puse a buscar por todas partes algún trabajo que hacer, para no morir de hambre. Yo sabía que en el Ejército de Liberación necesitaban remeros. Como, cuando era rico, remar me parecía divertido, había aprendido. Más de una vez pensé en enrolarme en el Ejército de Liberación como remero, para ayudarles a cruzar el Changjiang. Ellos se habían portado bien conmigo, y tenía ganas de agradecérselo. Pero me daba terror ir a la guerra y no volver a ver a los míos. Por Jiazhen y los demás, me dije a mí mismo: «Pues no lo agradeceré. Me limitaré a recordar lo que hicieron por mí.»

Volví a mi casa pegado al culo del Ejército de Liberación en su avance hacia el sur. Así, echando cuentas, llevaba fuera casi dos años. Me había ido a finales de otoño, y volvía a principios de primavera. Llegué al camino que llevaba a mi casa completamente cubierto de barro. Entonces vi mi pueblo. No había cambiado nada, lo reconocí enseguida, y fui para allá a toda prisa. Vi la casa de ladrillo que había sido de mi familia, y luego nuestro chamizo, y entonces no aguanté más y eché a correr hacia allí.

Cerca de la entrada del pueblo vi a una niña de siete u ocho años segando hierba con un niño de tres. Nada más verla, toda vestida de harapos, la reconocí: era mi Fengxia. Llevaba de la mano a Youqing, que andaba todavía dando tumbos.

—¡Fengxia! ¡Youqing! —les grité.

Fengxia no pareció oírme, fue Youqing el que se dio la vuelta y me vio. Siguió andando, de la mano de Fengxia, volviendo la cabeza hacia

mí.

—¡Fengxia! ¡Youqing! —volví a gritar.

Entonces, Youqing paró a su hermana. Fengxia se volvió hacia mí. Yo corrí hacia ellos y me puse en cuclillas.

—Fengxia, ¿me reconoces? —pregunté a mi hija.

Ella me miró con los ojos como platos. Se le movieron los labios, pero no dijo nada.

—Soy vuestro padre —le dije.

Fengxia sonrió de oreja a oreja, pero sin decir ni mu. Ya en ese momento me pareció que pasaba algo raro, pero tampoco me paré a pensar. Sabía que Fengxia me había reconocido, me sonreía abiertamente. Se le habían caído los dientes de delante. Le acaricié la cara. Le brillaron los ojos y pegó su cara a mi mano. Luego miré a Youqing. Como es normal, no me reconoció. Se acurrucó asustado contra su hermana. Cuando intenté acercarlo a mí, él se apartó.

—Hijo, que soy tu padre —le dije.

Youqing se escondió detrás de su hermana.

—Corre, vámonos —le dijo, empujándola.

En ese momento, vino corriendo una mujer, gritando mi nombre entre sollozos. Reconocí a Jiazhen, corriendo a trompicones.

—¡Fugui! —exclamó al llegar ante mí.

Se sentó en el suelo hecha un mar de lágrimas.

—No llores, no llores —le dije, y diciéndolo también me eché a llorar.

Por fin había vuelto a casa. Al ver a Jiazhen y mis dos hijos sanos y salvos, me quedé más tranquilo. Abrazándome, me llevaron hacia casa.

—¡Madre! ¡Madre! —llamé al acercarnos.

Mientras la llamaba, eché a correr hacia el chamizo. Pero al entrar no la vi. Al pronto, se me nubló la vista.

—¿Y mi madre? —pregunté volviéndome a Jiazhen.

Jiazhen no dijo nada, sólo me miró con los ojos llenos de lágrimas. Supe entonces adonde había ido mi madre. Me quedé en la entrada, abatido, llorando a lágrima viva.

Mi madre había muerto cuando yo llevaba algo más de dos meses fuera de casa. Jiazhen me contó que, antes de morir, mi madre no paraba de decir:

—Fugui no se ha ido a jugar, eso seguro.

Jiazhen había ido no sé cuántas veces a la ciudad a preguntar por

mí, pero nadie le dijo que me habían enrolado a la fuerza. Y, por mucho que dijera mi madre, la pobre, al morir no sabía adonde había ido yo a parar.

Fengxia también lo pasó mal, la pobrecita: un año antes de mi vuelta, tuvo una fiebre altísima que la dejó muda. Cuando Jiazhen me contaba todo esto llorando, la niña estaba sentada delante de nosotros. Sabía que hablábamos de ella y me sonreía. Al verla, sentí el corazón como si me clavaran agujas.

Youqing acabó admitiéndome como padre, a pesar de todo, aunque seguía teniéndome un poco de miedo. En cuanto lo abrazaba, él se revolvía y miraba a Jiazhen y a Fengxia.

En fin, el caso es que había vuelto a casa. La primera noche no conseguí dormir. Jiazhen, yo y los niños, apretujados, oíamos el viento soplar en la paja del techo y mirábamos cómo entraba por el resquicio de la puerta la luz de la luna que relucía fuera. Me sentía seguro y arropado. Al poco me puse a acariciar a Jiazhen, a acariciar a los niños, repitiéndome: «Ya estás en casa.»

Cuando volví, en el pueblo se empezó con la reforma agraria. Me tocaron cinco *mu* de tierra, los mismos que tiempo atrás había arrendado a Long Er. Él tuvo muy mala suerte. Había logrado convertirse en terrateniente, pero no le duró el postín ni cuatro años, y con la Liberación se le fue todo al carajo. El Partido Comunista confiscó sus tierras y las distribuyó entre los antiguos aparceros. Él, que no quería resignarse ni muerto, fue a amenazar a los aparceros. No todos se dejaron intimidar, y él se lió a puñetazos con ellos. La verdad es que Long Er se lo buscó. El Gobierno Popular lo mandó arrestar y lo acusó de «terrateniente tiránico». Ni siquiera cuando lo mandaron a la prisión de la ciudad quiso ver qué tiempos corrían ni lo que estaba pasando. Tenía el pico más duro que las piedras. Al final se lo cargaron.

Yo asistí a la ejecución de Long Er. Sólo se le bajaron los humos en el momento de morir. Al parecer, cuando ya se lo llevaban de la ciudad, llorando a moco tendido y cayéndosele la saliva, dijo a un conocido suyo:

—¡Ni en sueños pensé que me fueran a ejecutar!

Hay que decir que Long Er fue tonto. Creyó que lo tendrían encerrado unos días y lo soltarían, ni se le ocurrió que pudieran ajusticiarlo. Fue por la tarde. Lo mataron en un pueblo de por aquí cerca. Alguien había cavado ya el hoyo. Vino mucha gente de los pueblos de alrededor. Trajeron a Long Er completamente atado, casi a

rastras, con la boca medio abierta, jadeando. Cuando pasó a mi lado, me echó una mirada. Me dio la impresión de que no me había reconocido, pero cuando se alejó unos pasos, se giró con esfuerzo hacia mí.

—¡Fugui! ¡Voy a morir en tu lugar! —me gritó lloriqueando.

Al oírlo, me entró pánico. Pensé que era mejor que me fuera, que no mirara cómo lo mataban. Me abrí paso en la muchedumbre y salí solo. Mientras me alejaba, oí «¡pum!», un disparo, y pensé que Long Er ya había palmado. Pero enseguida, «¡pum!», sonó otro disparo, y luego otros tres, cinco en total. Pensé que igual habían ejecutado a más gente.

—¿A cuántos han matado? —pregunté a un paisano mío.

—Sólo a Long Er —contestó.

Desde luego, Long Er diñó a base de bien. Recibió cinco balazos; aunque hubiera tenido cinco vidas, las habría pagado todas.

Después de la ejecución de Long Er, durante el camino a casa, me iban dando escalofríos en la nuca. Cuanto más lo pensaba, más peligro veía que había pasado: de no ser por mi padre y por mí, los dos hijos pródigos, podría haber sido yo el ajusticiado. Me toqué la cara, me toqué los brazos, todo estaba en su sitio. Pensé que tenía que haber muerto y, sin embargo, seguía vivo; que ya había salido con vida por los pelos del campo de batalla; que luego, al volver a casa, Long Er se había convertido en mi chivo expiatorio y que las tumbas de mis antepasados debían de estar bien situadas. «Esta vez, tengo que vivir como es debido», me dije a mí mismo.

Cuando llegué a casa, Jiazhen estaba cosiéndome suelas de zapatos. Al ver la cara que traía, se asustó, creyó que estaba enfermo. Pero, cuando le conté lo que había estado pensando, palideció de espanto, se puso lívida.

—¡Qué peligro! —dijo con un hilo de voz.

Luego dejé de tomármelo tan a pecho. Me pareció que no hacía falta asustarme a mí mismo de esa manera, que todo era cosa del destino. Dicen que «quien sale vivo de una desgracia, luego tiene buena suerte». Pensé que la segunda mitad de mi vida tenía que ser cada vez mejor. Se lo dije a Jiazhen.

—Yo no necesito esa buena suerte —dijo mirándome después de cortar el hilo con los dientes—. Me conformo con poder hacerte un par de zapatos nuevos al año.

Yo sabía lo que quería decir. Mi mujer lo que deseaba era que no volviéramos a separarnos nunca más. Viendo su cara, tan envejecida, se

me encogió el corazón. Jiazhen tenía razón: mientras la familia estuviera unida, ¿qué importaba la buena suerte?

* * *

En este punto de su historia, Fugui se interrumpió. Me di cuenta de que estábamos sentados a pleno sol, cuya trayectoria había ido apartando de nosotros la sombra del árbol y dirigiéndola hacia otro sitio. Fugui se levantó tras varios intentos.

—Tengo el cuerpo cada vez más duro —dijo mientras se sacudía las rodillas—. Sólo hay una cosa que tengo cada vez más blanda.

Al oírlo, no pude por menos que reírme a carcajadas, mirando la entrepierna colgante de sus pantalones, con briznas de hierba pegadas. Él también se rió, muy contento de que hubiera entendido a qué se refería, luego se giró para llamar al buey.

—*¡Fugui!*

El buey ya había salido del agua, y estaba pastando en la orilla de la laguna, entre dos sauces llorones. Las ramas que le caían sobre el lomo habían perdido su aplomo habitual y se mostraban retorcidas y enmarañadas. Al rozarlas el animal, algunas hojas cayeron lentamente al suelo.

—*¡Fugui!* —volvió a llamar el viejo.

La grupa del buey retrocedió como una roca metiéndose de nuevo en el agua, y su testuz emergió de entre los sauces y sus ojos redondos se dirigieron lentamente hacia nosotros.

—Jiazhen y los demás llevan tiempo trabajando —le dijo el viejo —. Ya está bien de descansar. Sí, ya sé que no has comido bastante, pero ¿quién te mandaba estar en el agua tanto rato?

Mientras Fugui llevaba el buey hasta el arrozal y le enganchaba el arado, siguió hablándome.

—El buey viejo es como el hombre viejo: cuando tiene hambre, necesita descansar antes de poder comer nada.

Volví a sentarme a la sombra del árbol, con la mochila en los riñones a modo de cojín, contra el tronco, dándome aire con el sombrero de paja. Al buey, el pellejo del vientre le colgaba en una larga tira que se bamboleaba como un gran odre. Me fijé en la entrepierna colgante del pantalón de Fugui: también iba balanceándose, como la piel del vientre del buey.

* * *

La vida, después de mi vuelta a casa, era difícil, desde luego, pero bastante tranquila y estable. Fengxia y Youqing estaban cada día más grandes. Y yo, cada día más viejo. Yo no me daba cuenta, ni Jiazhen, sólo sentía que no tenía, ni de lejos, la fuerza de antaño. Hasta que un día llevé una palanca con canastos de verdura a la ciudad, para venderla y, al pasar delante de la tienda de sedas, un conocido me dijo al verme:

—Fugui, estás lleno de canas.

En realidad, él y yo llevábamos sólo medio año sin vernos. Cuando me dijo aquello, fue cuando me di cuenta de que había envejecido mucho. De vuelta a casa, miré y remiré a Jiazhen, tanto que ella no sabía qué pasaba. Se miró, luego miró hacia atrás.

—¿Qué miras?

—También tú tienes canas —le dije riendo.

Ese año, Fengxia cumplió diecisiete, se había convertido en una mujer. De no ser porque era sordomuda, habría sido fácil encontrarle marido. En el pueblo, todo el mundo decía que Fengxia era guapa, era más o menos como Jiazhen a la misma edad. Youqing tenía doce años; iba a la escuela en la ciudad.

Al principio, Jiazhen y yo estuvimos dudando si mandar a Youqing al colegio o no. Vamos, que no teníamos dinero. En esa época, Fengxia sólo tenía doce o trece años y, aunque pudiera ayudarme un poco en el trabajo del campo, o ayudar a Jiazhen en el de casa, el caso es que dependía de nosotros para vivir. Así que hablé con Jiazhen a ver si la dábamos a alguien y punto, y luego ahorrábamos el dinero necesario para mandar a Youqing a la escuela... Pero, aunque Fengxia no oía ni podía hablar, era muy inteligente. En cuanto empezamos a hablar del asunto, Fengxia se volvió hacia nosotros y nos miró parpadeando de tal manera que nos dolió el corazón y no volvimos a mencionarlo en varios días.

Pero teniendo en cuenta que se iba acercando el momento en que Youqing tendría que ir a la escuela, no tuvimos más remedio que ocuparnos del asunto. Así que encargué a alguien del pueblo que se informara, cuando le viniera bien, de si había quien quisiera criar a una niña de doce años.

—Si encontramos una buena familia —dije a Jiazhen—, Fengxia vivirá mejor que ahora.

Jiazhen asintió, pero se le saltaron las lágrimas. Las madres siempre son más tiernas. Traté de convencer a Jiazhen de que no se lo tomara tan mal: por lo visto, el destino de Fengxia era duro, y lo iba a ser toda su vida, hasta el final. Pero Youqing no podía pasarlo mal toda la vida; teníamos que mandarlo a la escuela, sólo así tendría algún futuro. No podíamos dejar que los dos se vieran atrapados en la pobreza, al menos uno tenía que vivir un poco mejor.

La persona que fue a informarse volvió diciendo que Fengxia era un poco mayor, que si hubiera sido algo más joven habría más familias dispuestas a tomarla. Así las cosas, renunciamos a nuestra idea. Quién iba a decir que, al cabo de un mes y pico, dos familias iban a mandar decirnos que querían a nuestra Fengxia: una quería adoptarla como hija, la otra la quería para servir a dos ancianos. Jiazhen y yo pensamos que la familia que no tenía descendencia sería mejor y que, si Fengxia se convertía en hija de ellos, siempre la querrían un poco más. Así que contestamos diciendo que vinieran a verla. Vinieron. Cuando vio a Fengxia, el matrimonio quedó muy satisfecho. Pero, al enterarse de que no podía hablar, cambiaron de idea.

—La chica tiene muy buen aspecto —dijo el hombre—, pero...

No dijo más. Se fueron con mucha cortesía. Jiazhen y yo no tuvimos más remedio que hacer venir a la otra familia. A esos no les importó que Fengxia hablara o no, mientras fuera trabajadora.

El día en que se llevaron a Fengxia, me había echado la azada al hombro para ir al campo a trabajar, y ella cogió inmediatamente su cesta y la hoz para ir conmigo. Desde hacía años, Fengxia me acompañaba y, mientras yo trabajaba la tierra, ella segaba hierba, yo ya estaba acostumbrado. Ese día, al ver que venía conmigo, la aparté y le dije que volviera a casa. Ella me miró con los ojos muy abiertos. Solté la azada y la llevé hasta casa, le quité la hoz y la cesta de las manos y las tiré a una esquina. Ella seguía mirándome fijamente. No sabía que la íbamos a entregar a otra familia. Cuando Jiazhen la cambió y le puso un vestido de color rosa, ella paró de mirarme y se dejó vestir, cabizbaja. Era el mismo vestido que había llevado Jiazhen años atrás, arreglado. Mientras Jiazhen le abrochaba los botones, sus lágrimas iban cayéndole en las rodillas. Fengxia sabía que tenía que irse. Cogí la azada y salí.

—Voy al campo —dije a Jiazhen al llegar a la puerta—. Cuando vengan a buscarla, que se la lleven y ya está, que no venga a verme.

Ya en el bancal, trabajando con la azada, me parecía que no me

llegaba la energía. Y es que estaba sin ánimo. Miré a mi alrededor, sin ver a Fengxia allí, segando hierba, y sentí un vacío dentro de mí. Al pensar que a partir de entonces ya no vería a Fengxia trabajando conmigo, me encontré tan mal que quedé sin pizca de fuerza. En ese momento, vi a Fengxia de pie, sobre el sendero del bancal, de la mano de un hombre de unos cincuenta años. Estaba anegada en lágrimas, y el llanto le sacudía el cuerpo, pero lloraba en silencio. De vez en cuando, levantaba un brazo para secarse los ojos, y yo sabía que lo hacía para ver mejor a su padre.

—No se preocupe —me dijo el hombre, sonriendo—, la trataré bien.

Luego tiró de la mano de Fengxia, y se fueron. Mientras se alejaba de la mano del hombre, Fengxia estuvo todo el rato volviéndose hacia mí, mirándome, cada vez más lejos, hasta que dejé de ver sus ojos y, al cabo de un rato, ya no vi ni siquiera su brazo levantarse para secarse las lágrimas. En ese momento, yo ya no pude aguantar más, bajé la cabeza y me eché a llorar. Cuando vino Jiazhen, le dije resentido:

—Te dije que no los dejaras venir, y tú vas y les dices que vengan a verme.

—No he sido yo —dijo ella—, ha sido Fengxia.

Cuando se fue Fengxia, Youqing dejó de trabajar. Al principio, cuando se la llevaron, el niño se quedó como pasmado, sin saber qué pasaba, hasta que Fengxia estuvo lejos. Sólo entonces se rascó la cabeza y volvió despacito a casa. Lo vi mirando hacia aquí varias veces, pero no vino a preguntarme nada. Cuando él estaba todavía en el vientre de Jiazhen ya recibió mis golpes, así que, cuando me veía, me tenía miedo.

A la hora de comer, al no ver a Fengxia en la mesa, Youqing apenas comía. Nos miraba a mí y a Jiazhen una y otra vez.

—Come, anda —le dijo una vez Jiazhen.

Él dijo que no con la cabecita.

—¿Y mi hermana?

—Que comas —le decía Jiazhen sin mirarlo.

Y el mocoso, así, sin más, soltó los palillos.

—¿Cuándo vuelve mi hermana? —preguntó a su madre.

Al irse Fengxia, yo ya estaba hecho un lío. Pero viendo cómo se ponía Youqing, di un manotazo en la mesa.

—¡Fengxia no va a volver!

Youqing dio un respingo del susto que se llevó. Pero, al ver que se me había pasado el enfado, hizo un mohín y bajó la cabeza.

—Quiero que venga mi hermana.

Entonces, Jiazhen le explicó que habíamos entregado Fengxia a otra familia para ahorrar dinero y mandarlo a la escuela. Al oírlo, Youqing se puso a llorar a lágrima viva.

—¡No quiero ir a la escuela! ¡Quiero a mi hermana! —decía entre sollozos.

No le hice caso. Pensé que era preferible dejarlo llorar todo lo que quisiera. No esperaba que volviera a repetir:

—¡No quiero ir a la escuela!

Se me nubló el entendimiento.

—¿Qué coño lloras? —le grité.

Youqing se calló del susto, encogiéndose hacia atrás. Pero, al ver que yo seguía comiendo, se bajó del taburete, se fue hasta el rincón y gritó:

—¡Quiero a mi hermana!

Supe que esa vez no me quedaría más remedio que darle un azote. Cogí la escoba de detrás de la puerta.

—¡Date la vuelta!

Youqing miró a Jiazhen y, obediente, se volvió y apoyó las manos contra la pared.

—¡Bájate los pantalones!

Youqing miró a Jiazhen y, después de bajarse los pantalones, la miró de nuevo. Viendo que su madre no venía a defenderlo, se puso nervioso.

—Padre, no me pegues —dijo encogiéndose cuando levanté la escoba.

Al oírlo, se me ablandó el corazón. Al fin y al cabo, Youqing no había hecho nada malo: lo había criado su hermana, la quería y la echaba de menos.

—Ve a comer, anda —le dije dándole unas palmadas en la cabeza.

Al cabo de dos meses, llegó el momento de mandarlo a la escuela. Cuando se llevaron a Fengxia, ella llevaba un buen vestido. En cambio, Youqing tuvo que ir a clase con sus harapos de siempre, y eso disgustaba mucho a su madre. Jiazhen se puso en cuclillas delante de él, tirando de aquí, alisando allá.

—Mira que no tener ropa decente… —me dijo.

De repente, Youqing volvió a decir:

—No voy a la escuela.

Habían pasado dos meses. Yo creía que el niño ya habría olvidado lo de Fengxia. Pero justo el día de ir a clase volvió con la misma canción. Esta vez no me enfadé. Le expliqué con buenas palabras que habíamos entregado a Fengxia a otra familia precisamente para que él pudiera ir a la escuela y que la única manera que tenía él de no defraudar a su hermana era estudiando como es debido. Pero él se obstinó.

—¡Que no voy a la escuela! —exclamó mirándome a la cara.

—¿Andas buscando una paliza otra vez?

Ni corto ni perezoso, dio media vuelta y se metió en casa pisando con fuerza.

—¡Aunque me mates a palos, no iré a la escuela!

Pensé que ese niño lo que quería era un buen azote, así que fui por la escoba. Jiazhen me detuvo.

—No le hagas daño —dijo en voz baja—, dale lo justo para asustarlo, no le des de verdad.

Cuando entré, Youqing ya estaba encima de la cama, con los pantalones por las rodillas y el culito al aire, esperando mis golpes. Pero al verlo así no tuve valor para pegarle y preferí amenazarlo de palabra.

—Todavía estás a tiempo de ir a la escuela.

—¡Quiero a mi hermana! —chilló.

Le di un primer azote en el culo.

—¡No me ha dolido! —dijo tapándose la cabeza con las manos.

Le di otro golpe.

—¡No duele!

El niño me estaba obligando a pegarle. Me sacó de mis casillas. Le di con fuerza y, esta vez, no lo aguantó y se echó a llorar. Yo no le hice ni caso y seguía golpeándolo con fuerza. Youqing era pequeño; al cabo de poco, ya no pudo soportar más.

—¡Padre, no me pegues! ¡Iré a la escuela!

Youqing era un buen niño. El primer día de escuela, cuando volvió a casa a mediodía, se estremeció al verme. Creí que era por el miedo que me había cogido esa mañana cuando le pegué, así que le pregunté muy cariñoso qué tal le había ido en clase. Él bajó la cabeza y masculló un «bien». Durante la comida, me estuvo mirando todo el rato con cara de espanto. Me sentí fatal, pensando que esa mañana me había pasado. Cuando ya faltaba poco para acabar la comida, volvió a hablar.

—Padre —me dijo—. El maestro me ha pedido que os lo diga yo. El maestro me ha regañado por moverme todo el rato en el banco y no

estudiar bien.

Al oírlo, me llevaron los demonios: ¡habíamos dado a Fengxia a otra familia, y él no estudiaba! Di un golpe en la mesa con el cuenco, y él se puso a llorar.

—Padre —me dijo entre lágrimas—, es que me dolía tanto el culo que no podía sentarme quieto.

Inmediatamente le bajé los pantalones. Tenía el culo todo lleno de moratones de la paliza de la mañana, ¿cómo iba a quedarse sentado el pobre? Al ver a mi hijo así, tan tembloroso, se me hizo un nudo en la garganta y se me saltaron las lágrimas.

Apenas unos meses después de que se la llevaran, Fengxia volvió. Fue una noche, muy tarde. Estábamos Jiazhen y yo acostados, y oímos llamar a la puerta, primero un golpecito muy flojo, luego otros dos más fuertes. Pensé «¿Quién será, a estas horas?» y me levanté a abrir. Al ver que era Fengxia, olvidé que era sorda y le dije:

—¡Fengxia! Pasa, hija.

Al oírme, Jiazhen se levantó corriendo de la cama y vino descalza a la puerta. Hice entrar a Fengxia, y Jiazhen la abrazó con fuerza llorando a lágrima viva. Yo la aparté suavemente y le dije que no se pusiera así.

Fengxia tenía el pelo y la ropa empapados de rocío. La llevamos hasta la cama para que se sentara. Me agarró de la manga y a Jiazhen de la ropa, llorando y sollozando hasta quedar sin resuello. Jiazhen quiso ir por una toalla para secarle el pelo, pero Fengxia se negó a soltarla, de modo que la madre sólo pudo pasarle la mano por la cabeza. Sólo un buen rato después dejó de llorar y me soltó. Le cogí las dos manos para mirarlas bien, no fuera que en esa casa la hubieran obligado a trabajar como una mula. Pero por mucho que miré no vi nada especial, porque esos callos tan gruesos ya los tenía cuando vivía con nosotros. Le miré la cara y tampoco vi ninguna herida ni cicatriz. Eso me tranquilizó un poco.

Cuando Fengxia tuvo el pelo seco, Jiazhen la ayudó a desvestirse y la puso a dormir con Youqing. Una vez acostada, mi hija estuvo mirando a Youqing y sonrió furtivamente, antes de cerrar ella los ojos. Youqing se volvió en sueños y le puso una mano encima de la boca, como si le estuviera dando una bofetada. Cuando se quedó dormida, Fengxia parecía un gatito, tan buenecita y tranquila, sin movérsele ni un pelo.

Cuando Youqing se despertó por la mañana y vio a su hermana, se frotó los ojos con fuerza, luego miró a ver si era ella de verdad y saltó

de la cama sin vestirse ni nada, gritando:

—¡Hermana! ¡Hermana!

El crío estuvo toda la mañana riendo sin parar. Jiazhen le dijo que desayunara de una vez, que tenía que ir a la escuela. Entonces dejó de reír.

—¿Puedo no ir hoy a la escuela? —preguntó en voz baja a su madre mirándome de reojo.

—Ni hablar —dije yo.

No se atrevió a decir nada más. Cuando salió por la puerta con la mochila a la espalda, dio unas patadas al suelo de pura rabia. Pero enseguida tuvo miedo de que yo me enfadara y salió pitando. Cuando se fue Youqing, dije a Jiazhen que sacara ropa limpia para preparar a Fengxia y mandarla de vuelta a su nueva casa. Pero al volverme y descubrir a la niña esperándome en la puerta con la cesta en el brazo y la hoz en la mano, suplicándome con la mirada, no tuve valor para hacer que se fuera. Miré a Jiazhen, y ella también pareció suplicarme con la mirada.

—Que se quede un día más —le dije.

Acompañé a Fengxia después de cenar, y ella no lloró. Miró lastimera a su madre, miró a su hermanito, agarró mi manga y nos fuimos. Youqing se quedó llorando escandalosamente, pero, como Fengxia no lo oía, yo tampoco le hice caso.

Me sentí muy mal todo el camino. Iba andando, todo derecho, sin permitirme mirar a Fengxia. Poco a poco se hizo de noche. El viento me soplaba en la cara y se me metía por el cuello. Fengxia me agarraba la manga con las dos manos, sin decir ni mu. Al oscurecer, Fengxia tropezaba con las piedras del camino; andaba un trecho y daba un traspié. Así que me puse en cuclillas para friccionarle los tobillos. Ella se apoyó sobre mis hombros. Tenía las manos muy frías y quietas. El resto del camino, la llevé a cuestas.

Cuando llegamos a la ciudad, viendo que ya estábamos cerca de la casa, dejé a Fengxia en el suelo. A la luz de una farola, la miré y remiré. Fengxia era una buena niña, y no lloró, sólo me miró con los ojos muy abiertos. Levanté una mano para acariciarle la cara, y ella levantó la suya para acariciarme a mí. Cuando sentí su mano en mi cara, se me quitaron las ganas de llevarla a esa casa. Volví a cargarla sobre los hombros, y ella se agarró a mi cuello con sus bracitos. Después de desandar un trecho, sentí que me abrazaba con todas sus fuerzas: se había dado cuenta de que me la estaba llevando de vuelta a casa.

Cuando Jiazhen nos vio llegar, se quedó de piedra.

—No nos separaremos de Fengxia ni aunque nos muramos todos de hambre.

Jiazhen empezó a sonreír y, a medida que iba sonriendo se le fueron llenando los ojos de lágrimas.

Cuando Youqing llevaba dos años yendo a la escuela y tenía alrededor de diez, vivíamos algo mejor. En aquella época, Fengxia se venía con nosotros a trabajar, de modo que ya podía mantenerse a sí misma. Además teníamos dos corderos. Youqing era el que se encargaba de segar hierba para ellos. Cada día, al amanecer, Jiazhen despertaba a Youqing, y el crío cogía la hoz y la cesta con una mano, se frotaba los ojos con la otra y salía a trompicones a segar. Daba mucha pena verlo. A esa edad, a los niños les cuesta muchísimo despertarse. Pero ¿qué íbamos a hacer? Si Youqing no iba a segar, los corderos se nos morían de hambre. Cuando Youqing volvía con la cesta de hierba, ya tenía el tiempo justo de ir a la escuela, así que engullía un cuenco de arroz, y, masticando todavía, corría a la ciudad. Cuando volvía a casa a mediodía, tenía que volver a segar. Sólo comía después de haber alimentado los corderos y, claro, luego volvía a llegar tarde a la escuela. Con diez años, Youqing tenía que recorrer dos veces al día más de cincuenta *li*.

Con tanta carrera, los zapatos se le gastaron muy rápido. Jiazhen era de familia rica y le parecía que siendo Youqing todo un colegial, no podía ir por ahí descalzo, así que le hizo un par de zapatos de tela. A mí me parecía que, en eso de ir a la escuela, bastaba con estudiar como es debido y que lo de ir calzado o descalzo daba lo mismo. Llevaba Youqing dos meses con los zapatos nuevos cuando vi otra vez a su madre cosiendo unas suelas. Le pregunté para quién eran, y me dijo que para Youqing.

Ya con el trabajo del campo, Jiazhen estaba tan cansada que apenas tenía fuerzas ni para hablar, ¡y ese niño tenía que matarla de agotamiento! Miré los zapatos que Youqing llevaba desde hacía dos meses, pero ya no eran zapatos ni eran nada: aparte de la suela agujereada, a uno le faltaba la mitad de la pala. Cuando Youqing volvió con su cesta de hierba, le lancé un zapato y le estiré la oreja para que lo viera.

—¿Qué haces con los zapatos? ¿Te los calzas o te los comes?

Youqing se frotó la oreja, con una mueca de dolor, pero sin atreverse a llorar.

—¡Como sigas gastándolos, te corto los pies!

En realidad, yo no tenía razón; Youqing era el único encargado de alimentar los corderos. Después de ese trabajo tan duro, siempre tenía que salir corriendo para no llegar tarde a clase. A mediodía trataba de volver lo antes posible para ir a segar, así que otra vez tenía que correr. Ni con todo el dinero de la venta de la lana cuando las esquilaba una vez al año, sin contar el abono que daban, estaba seguro de poder dar a Youqing tantos pares de zapatos. A partir de esa bronca, Youqing fue a la escuela descalzo, y sólo se ponía los zapatos al llegar. Una vez hasta nevó, y allá iba él descalzo, corriendo a la escuela, *plis plas, plis plas*, por el camino nevado. Al verlo, se me encogió el corazón.

—¿Qué llevas en las manos? —le grité.

El crío se paró en seco, allí, en medio de la nieve, mirando los zapatos que llevaba en las manos. Igual de aturdido, el caso es que no supo qué contestarme.

—Son zapatos, no guantes —le dije—. Hazme el favor de ponértelos.

Sólo entonces se los puso y se quedó cabizbajo, esperando órdenes.

—Anda, anda, vete —le dije haciéndole una seña con la mano.

Youqing dio media vuelta y salió disparado hacia la ciudad. Pero un poco más allá, lo vi quitarse de nuevo los zapatos. Ese crío, es que no tenía remedio.

En el cincuenta y ocho se instauraron las comunas populares. Nuestros cinco *mu* de tierra fueron trasferidos a la comuna, sólo nos quedó un huerto pequeño, delante de casa, para nuestro uso personal. El alcalde del pueblo también dejó de llamarse alcalde y se llamó jefe de equipo.

El jefe de equipo tocaba el pito cada mañana, bajo los olmos de la entrada del pueblo, y todos los hombres y mujeres se echaban los aperos de labranza al hombro y se reunían allí. Era igual que en el ejército. El jefe distribuía el trabajo del día, y cada cual se iba a lo que le había tocado. En el pueblo, nadie estaba acostumbrado y, cuando íbamos en fila a trabajar a los campos, nos reíamos los unos de los otros. Jiazhen, yo y Fengxia, todavía, formábamos una fila bastante armónica. Pero había familias con adultos muy viejos o niños pequeños, entre otras una vieja bamboleándose con sus pies vendados; las filas que formaban eran espantosas.

—¡Esta familia vuestra, se mire como se mire, siempre es todo un poema! —dijo el jefe de equipo al verlos.

A Jiazhen, naturalmente, no le sentó bien tener que entregar los cinco *mu* a la comuna popular. Llevábamos los últimos diez y pico años viviendo de esas tierras y, en un abrir y cerrar de ojos, habían pasado a pertenecer a todo el mundo.

—Si alguna vez vuelven a distribuir las tierras —decía ella—, quiero que nos devuelvan las mismas.

Quién iba a decir que, al poco tiempo, hasta la olla de casa pasó a ser de la comuna: dijeron que era para fundirla y hacer acero. Ese día, el jefe de equipo y unos cuantos más fueron de casa en casa destrozando ollas.

—Fugui —dijo todo risueño cuando llegaron a casa—, ¿la sacas tú, o entramos nosotros por ella?

Pensé que, de todos modos, todas las familias tenían que entregar su olla como chatarra, así que la nuestra no iba a escapar.

—Ya la traigo yo —dije—, ya la traigo yo.

Saqué la olla y la puse en el suelo. Dos jóvenes levantaron sus azadas y la destrozaron. En apenas tres o cuatro golpes, una olla en muy buen uso quedó hecha añicos. Jiazhen estaba a un lado, mirando, y le dio tanta lástima que se le saltaron las lágrimas.

—Ahora que la habéis roto —le dijo al jefe de equipo—, ¿cómo comeremos?

—En la cantina —contestó él señalando con la mano—. Hemos hecho una en el pueblo. Rotas las ollas, ya nadie tiene necesidad de cocinar en casa. Así ahorramos fuerzas para avanzar hacia el comunismo. El que tenga hambre, sólo tiene que desplazarse hasta la puerta de la cantina. Allí tenéis pescado y carne hasta reventar.

Al montar la cantina, también nos requisaron todo el arroz, la sal, la leña, etcétera, que teníamos en casa. Lo peor fueron esos dos corderos. Youqing los había criado gordos y fuertes, pero también nos los confiscaron. Ese día, por la mañana, cuando fuimos toda la familia con el arroz y la sal a la cantina, Youqing llevó los corderos a la era, cabizbajo. De peor gana no podía hacerlo: los ha criado él solo; todas esas carreras que había hecho de casa a la escuela y de la escuela a casa habían sido por los corderos de la familia. Cuando llegó a la era, otras familias del pueblo traían sus bueyes y corderos y los entregaban al criador Wang Xi. Los demás iban comentando lo que les disgustaba separarse de sus bestias, pero las entregaban y se iban. Sólo Youqing se quedó allí parado, sin moverse, mordiéndose los labios.

—¿Puedo venir cada día a abrazarlos? —preguntó al final con voz

lastimera.

Cuando abrió la cantina del pueblo, a la hora de comer valía la pena verla: cada familia mandaba a dos personas a buscar la comida, formaban una cola larguísima, parecida a la que hacíamos, cuando éramos prisioneros, para la distribución de panecillos. Todas las casas mandaban mujeres, y su cháchara sonaba como cuando se ponen a secar las mieses y vienen bandadas y bandadas de gorriones.

El jefe de equipo tenía razón: la cantina ahorraba trabajo. Si tenías hambre, sólo tenías que ponerte a la cola, y allí te daban de comer y de beber. Y te lo daban sin restricciones: tanto comías, tanto te daban. Todos los días había carne. Los primeros días, el jefe de equipo iba de puerta en puerta, muy sonriente, preguntando a todo el mundo:

—¿Qué? Se ahorra trabajo, ¿eh? ¿Qué os parece la comuna popular?

Todo el mundo estaba contento y hablaba bien de la comuna.

—¡Estos días estamos viviendo todavía mejor que los mangantes!

Jiazhen también estaba contenta. Cada vez que volvía con Fengxia de la cantina trayendo la comida, decía:

—Otra vez carne.

Dejaba los platos encima de la mesa y salía a llamar a Youqing. Sólo después de llamarlo un buen rato «¡Youqing! ¡Youqing!» lo veíamos pasar con una cesta llena de hierba, corriendo por los senderos que separaban los bancales. El crío iba a dar de comer a sus dos corderos. Los tres bueyes y los veintitantos corderos que había en el pueblo los metieron todos en el mismo cobertizo. Al ir a parar a manos de la comuna popular les tocó la negra, porque pasaban hambre, así que, cuando Youqing entraba allí, quedaba rodeado de bestias.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Dónde estáis? —las llamaba.

Cuando los dos corderos se abrían paso con el hocico y salían del rebaño, Youqing les echaba la hierba al suelo y se dedicaba a apartar con todas sus fuerzas a los demás animales. Se quedaba hasta que sus corderos hubieran terminado de comer y sólo entonces volvía corriendo a casa, sin resuello y cubierto de sudor. Como ya tenía el tiempo muy justo para ir a la escuela, engullía el arroz como quien se bebe un cuenco de agua, cogía sus libros y salía corriendo otra vez.

Verlo así correr de aquí para allá me sacaba de mis casillas, lo que pasa es que no me atrevía a decirle nada por miedo a que alguien me oyera y dijera que yo era un retrógrado. Pero una vez no aguanté más.

—Si caga otro, ¿qué haces tú limpiándole el culo? —le dije.

Youqing no me entendió. Se quedó mirándome, y luego se echó a reír. Eso a mí me enfureció tanto que estuve a punto de largarle un bofetón.

—Esos corderos son de la comuna desde hace tiempo, ¿qué coño haces ocupándote de ellos?

Youqing iba tres veces al día a llevarles. Cuando estaba a punto de anochecer, iba otra vez a abrazarlos. Al ver que quería tanto a sus corderos, Wang Xi le dijo:

—Youqing, llévatelos esta noche. Mañana al amanecer me los traes y listo.

Youqing sabía que yo no le dejaría hacer eso.

—Mi padre me regañará —dijo moviendo la cabeza—. Ya vengo yo a verlos.

Con el tiempo, iba habiendo cada vez menos corderos en el cobertizo, porque mataban uno cada pocos días. Al final, Youqing era el único que iba a llevarles hierba.

—Youqing es el único que se acuerda de ellos todos los días —me decía Wang Xi cuando me veía—, los demás sólo se acuerdan cuando les apetece comer carne.

Dos días después de que abrieran la cantina en el pueblo, el jefe de equipo mandó a dos chavales a la ciudad a comprar un caldero para la fundición.

—Hay que fundir todo eso ahora mismo —dijo señalando las ollas rotas y las chapas de hierro amontonadas en la era—, no va a quedarse ahí muerto de risa.

Los dos chavales se fueron a la ciudad con cuerda y palanca de carga, y el jefe de equipo acompañó al maestro de *fengshui* que había hecho venir de la ciudad a dar un paseo por el pueblo. Decía que era para buscar un sitio favorable para la fundición. El maestro de *fengshui* iba y venía, muy sonriente, con su túnica larga. Se paró delante de una casa, y seguro que la familia que vivía allí debió de pasar un mal trago: una seña de ese anciano encorvado, y esa casa se iba a hacer puñetas.

El jefe de equipo acompañó al maestro de *fengshui* hasta nuestra puerta. Yo estaba delante, con el corazón batiéndome como un tambor.

—Fugui —me dijo el jefe de equipo—, éste es el señor Wang, que viene a echar un vistazo a tu casa.

—Muy bien, muy bien —repetí inclinando una y otra vez la cabeza.

El maestro de *fengshui* estuvo mirando a diestro y siniestro, con las manos a la espalda.

—Buen sitio, sí señor —dijo—, tiene buen *fengshui.*

Al oírlo, se me nubló la vista. Pensé que estábamos perdidos. Menos mal que Jiazhen salió en ese momento y, al ver que era el señor Wang que ella conocía, lo saludó.

—¡Pero si eres Jiazhen! —exclamó el señor Wang.

—Pase y tómese un té —le dijo Jiazhen sonriendo.

—Otro día, otro día —contestó el señor Wang agitando la mano.

—Dice mi padre que estos últimos tiempos está usted ocupadísimo —dijo Jiazhen.

—Sí, sí que lo estoy —dijo el señor Wang asintiendo—. Hasta hacen cola para pedirme que vaya a ver el *fengshui* —explicó—. ¿Quién es él? —preguntó mirándome.

—Es Fugui —dijo Jiazhen.

El señor Wang sonrió, y los ojos se le encogieron en una sola rendija.

—Ya veo, ya veo.

Por la cara del señor Wang, supe que recordaba cuando perdí en el juego toda la fortuna de mi familia. Le sonreí, y él me saludó juntando las manos.

—Hasta otra.

Luego se volvió hacia el jefe de equipo.

—Vamos a ver otros sitios.

Cuando se fueron los dos, solté un suspiro de alivio de los de verdad. Mi viejo chamizo se salvó, pero la casa de Lao Sun no corrió la misma suerte. El maestro *de fengshui* le echó el ojo. El jefe de equipo ordenó a Lao Sun que vaciara la casa, pero el viejo se puso en cuclillas en un rincón, llorando a lágrima viva, y se negó a mudarse.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el jefe de equipo—. La comuna popular te construirá una casa nueva.

Lao Sun siguió llorando, con la cabeza entre las manos, sin decir nada. Pero al atardecer, viendo que no había manera de convencerlo, el jefe de equipo mandó llamar a unos cuantos mozos para que desalojaran al viejo con sus pertenencias. Cuando lo sacaron a rastras, Lao Sun se abrazó a un árbol y se negó a soltarlo. Los dos mozos que lo habían sacado miraron al jefe de equipo.

—Jefe, no podemos moverlo —le dijeron.

—Bueno —dijo el jefe de equipo volviéndose hacia ellos—, vosotros venid a encender el fuego.

Cerillas en mano, los mozos se subieron a un banco y trataron de prender fuego en la paja del techo. Pero estaba llena de moho, y además había llovido el día anterior, de modo que no pudieron prenderlo de ninguna de las maneras.

—¡La madre que lo parió! —exclamó el jefe de equipo—. No puedo creer que el fuego de la comuna popular no pueda con este chamizo de mierda.

El jefe de equipo se remangó, preparándose para intervenir.

—Echadle aceite —propuso alguien—, ya veréis cómo arde en menos que canta un gallo.

—¡Claro! —dijo el jefe de equipo después de pensárselo—. Me cago en la mar, ¿cómo no se me había ocurrido? Corre a la cantina por aceite.

Hasta entonces pensaba que yo era un inútil, ¿quién iba a decir que el jefe de equipo también lo era? Por mi parte, me quedé a unos cien pasos de allí, mirando cómo el jefe y los demás derramaban ese aceite tan bueno en el techo. Todo ese aceite nos lo estaban quitando de la boca para hacerlo desaparecer en las llamas. El techo prendió gracias al aceite de nuestra comida, y las llamas salieron disparadas hacia arriba, silbando; el humo negro iba rodando de aquí para allá por el techo.

Vi que Lao Sun seguía abrazado al árbol, mirando con ojos desorbitados cómo desaparecía su hogar. Sólo cuando el techo quedó hecho cenizas y las cuatro paredes carbonizadas, el pobre viejo se alejó secándose las lágrimas.

—La olla rota, la casa quemada —le oyó decir un vecino—. Parece que yo también voy a tener que morir.

Esa noche, Jiazhen y yo dormimos mal. De no ser porque Jiazhen conocía a ese señor Wang que venía de la ciudad a ver el *fengshui*, a saber adónde habría ido a parar nuestra familia. Estuvimos dando vueltas al asunto, y pensamos que había sido cosa del destino. Lo malo es que lo había pagado Lao Sun. A Jiazhen le parecía que la desgracia que el hombre había sufrido la habíamos provocado nosotros, y yo pensaba lo mismo, pero no lo dije.

—Es la desgracia la que lo encontró a él —dije—, no nosotros los que la provocamos.

Así, se había hecho sitio para la fundición, y los que habían ido a la ciudad a comprar el caldero también volvieron. Traían un bidón de gasolina vacío. En el pueblo, mucha gente no había visto nunca un bidón de gasolina y, como les parecía muy curioso, preguntaron qué

era. Yo los había visto en la guerra.

—Es un bidón de gasolina —les expliqué—, es el cuenco para el arroz que se da de comer a los coches.

El jefe de equipo dio unas pataditas al cuenco de arroz para coches.

—¡Menuda birria! —dijo.

—No lo había más grande —dijo el que lo había comprado—. Tendremos que fundir el hierro por tandas.

El jefe de equipo era un hombre a quien le gustaba oír argumentos razonables. No importaba de quién vinieran; si le parecían razonables los daba por buenos.

—Pues tienes razón —dijo—. Grano a grano llena la gallina el buche. Lo haremos por tandas.

Youqing, ¡qué crío ése!, con su cesta de hierba en la mano, al ver a tanta gente alrededor del bidón de gasolina, vino a ver qué pasaba antes de ir a dar de comer a los corderos. Se abrió paso y trató de asomarse por detrás de mí. Yo, al notar su cabeza, pensé: «Pero ¿quién será?» Miré hacia abajo y vi que era mi hijo.

—Para fundir el hierro —le dijo a voces al jefe de equipo—, habrá que echar agua en el bidón.

Todo el mundo se echó a reír.

—¿Que habrá que echar agua? ¡Este mocoso lo que quiere es estofado!

Youqing también le rió la gracia.

—Es que, si no —explicó—, antes de que se funda el hierro se habrá roto el fondo del bidón.

Resulta que, al oírlo, el jefe de equipo arqueó las cejas y me miró.

—Fugui, ¿sabes que este niño tiene toda la razón? Tenéis un científico en casa.

Yo, por supuesto, estaba muy contento de que el jefe de equipo alabara a Youqing, pero en realidad lo que proponía Youqing era una tontería. Colocaron el bidón de gasolina donde antes estaba la casa de Lao Sun y metieron en él ollas rotas y chapas de hierro, etcétera, luego añadieron agua y lo cubrieron con una tapa de madera. Y así empezaron con la fundición. En cuanto rompió a hervir el agua, la tapa de madera se puso a saltar, plop plop, y empezó a salir vapor a bocanadas. O sea que al final sí, parecía que estuvieran cociendo carne.

El jefe de equipo iba varias veces al día a echar una ojeada. Cada vez que levantaba la tapa, salía como una oleada de vapor, y él se apartaba de un salto, asustado.

—¡Que me abraso! —gritaba.

Cuando quedó un poco menos de vapor, metió una palanca de las de carga para ver cómo iba la cosa.

—¡Me cago en la mar! ¡Todavía está como una piedra!

En esos días de fundición, Jiazhen se puso enferma. Enferma de debilidad. Al principio, creí que era la vejez. Un día, en el pueblo había que abonar los campos con estiércol de oveja. En esa época, había muchas varas de bambú clavadas en el suelo. Al principio, llevaban unas banderitas de papel rojo pegadas. Pero, después de varias lluvias, las banderas desaparecieron, y sólo quedaron trocitos de papel rojo pegados. Jiazhen también tenía que abonar los campos. Iba ella andando y, de repente, le fallaron las piernas y cayó sentada al suelo. Al verla, dijo uno del pueblo, riéndose:

—Esta noche, Fugui la ha dejado para el arrastre.

Jiazhen también se rió. Se levantó, intentó cargar de nuevo con la palanca, pero las piernas no hacían más que temblarle, hasta el pantalón le temblaba, como si estuviera soplando viento. Pensé que estaba cansada.

—Descansa un rato —le dije.

Pero, nada más decirlo, ella volvió a caer sentada al suelo. Los cubos de estiércol se le volcaron encima de las piernas. Se puso toda colorada.

—No sé qué me pasa —me dijo.

Yo creía que sólo necesitaba dormir bien y que, al día siguiente, volvería a tener fuerzas. Quién iba a decir que en los días siguientes no fue capaz de cargar con la palanca, sólo pudo hacer trabajos fáciles. Menos mal que en aquella época había la comuna popular, porque si no la vida se nos iba a poner difícil otra vez. Jiazhen, claro, sufría de verse enferma.

—Fugui —me decía en voz baja por la noche—, ¿voy a ser una carga para vosotros?

—No pienses en eso —le decía yo—, a todo el mundo le pasa con la edad.

Hasta entonces, yo no había dado demasiada importancia a la enfermedad de Jiazhen. Pensaba que, desde que se había casado conmigo, nunca había tenido una buena vida. Y que, ahora que era mayor, se merecía un descanso. Pero resulta que al cabo de un mes, o así, Jiazhen se puso peor de repente. Esa noche, estábamos toda la familia vigilando la fundición en ese bidón de gasolina, y Jiazhen se

desmayó. Entonces sí que me asusté y pensé que había que llevarla al médico de la ciudad.

Llevábamos más de dos meses con la fundición, y el hierro seguía como una piedra. Al jefe de equipo le pareció que no podía ser que los trabajadores más robustos se pasaran el día y la noche vigilando el bidón.

—A partir de ahora —dijo—, cada familia lo hará por turnos.

Cuando nos tocó a nosotros, me dijo:

—Fugui, mañana es la Fiesta Nacional, aviva el fuego, que se funda el hierro como sea.

Mandé a Jiazhen y Fengxia a la cantina muy temprano, para que trajeran pronto la comida y poder tomar el relevo después de desayunar. Tenía miedo de que, si iba tarde, el que estaba de guardia hablara mal de mí. Pero, cuando trajeron la comida, no vimos a Youqing por ninguna parte. Jiazhen lo llamaba a voces desde la puerta, tanto que tenía la frente toda sudada. Yo estaba seguro de que el crío había ido a llevar hierba a los corderos.

—Empezad vosotras —dije a Jiazhen.

Y me fui al cobertizo de ovejas del pueblo. Iba pensando: «Este niño no sé dónde tiene la cabeza: no ayuda a Jiazhen con las cosas de casa y lo único que piensa en todo el día es en dar de comer a sus corderos, siempre anda escaqueándose.»

Cuando llegué al cobertizo, vi a Youqing echando la hierba al suelo. Sólo quedaban seis ovejas, y las seis lo rodearon para intentar comerse la hierba.

—¿Van a matar a mis corderos? —preguntó a Wang Xi, con la cesta en la mano.

—No —le contestó—. Si nos los comiéramos todos, ¿de dónde sacaríamos el abono? Y sin abono no crecerán los cultivos. Ahí viene tu padre —le dijo al verme entrar—. Anda, vete.

Cuando Youqing se volvió, le di unas palmadas en la cabeza. La tristeza con que había preguntado a Wang Xi lo de las ovejas me hizo tragarme el enfado.

—No van a matar a mis corderos —me dijo todo contento en el camino a casa, al ver que yo no me había enfadado.

—Pues sería lo mejor —dije yo.

Esa noche, nos quedamos toda la familia vigilando la fundición. Yo era el encargado de echar agua en el bidón; Fengxia, la de avivar el fuego con un abanico; Jiazhen y Youqing, de recoger leña. Así

estuvimos hasta las tantas. En el pueblo, todo el mundo dormía. Yo ya había echado agua tres veces. Metí un palo, removí, y eso seguía duro como una piedra. Jiazhen estaba agotada, chorreando de sudor. Cuando se agachó para dejar la leña en el suelo, cayó de rodillas.

—A ver si vas a estar enferma... —dije tapando el bidón.

—No estoy enferma —dijo ella—, sólo estoy floja.

En ese momento, Youqing estaba apoyado en un árbol, parecía dormido. Fengxia movía el abanico con las dos manos, porque ya le dolían los brazos. Le toqué el hombro, y ella creyó que venía a relevarla, así que me miró diciendo que no con la cabeza. Entonces le señalé a Youqing y le pedí que lo llevara en brazos a casa. Ella asintió y se levantó. Hasta allí llegaban los balidos de las ovejas del pueblo, ¡beee beee! Youqing, dormido, se rió al oírlas. Pero, cuando Fengxia fue a cogerlo en brazos, abrió los ojos de repente.

—¡Son mis corderos! —dijo.

¡Y yo que creía que se había quedado dormido! Al verlo con los ojos abiertos, y encima hablando de sus corderos, me enfurecí.

—¡Son de la comuna popular, no son tuyos! —le dije.

El crío se pegó un susto tremendo, se despertó de golpe y se quedó mirándome fijamente.

—No lo asustes —me dijo Jiazhen tocándome el hombro—. Youqing —le dijo al niño en voz baja, agachándose junto a él—, sigue durmiendo, duerme.

El crío miró a Jiazhen, asintió, cerró los ojos y al momento se quedó como un tronco. Lo cogí en brazos, lo subí a la espalda de Fengxia, y le hice señas de que llevara a su hermano a casa a dormir, y de que se quedaran allí.

Cuando se fue Fengxia con el niño, Jiazhen y yo nos sentamos delante del fuego. Hacía frío, y junto al fuego se estaba bien. Jiazhen estaba cansadísima, sin fuerza alguna; hasta le costaba levantar los brazos. La hice apoyarse en mí.

—Cierra los ojos y duerme un rato —le dije.

Cuando apoyó la cabeza en mi hombro, me entró sueño a mí también; iba dando cabezadas. Me esforzaba en levantar la cabeza, pero al rato se me volvía a caer sin que me diera cuenta. Eché leña al fuego una última vez, y entonces ya sí que no volví a levantar la cabeza.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo. El caso es que se oyó un estruendo que me levantó del suelo y me dejó sentado. Estaba a punto de amanecer. Vi el bidón volcado en el suelo, y el fuego se había

extendido como una charca. Yo estaba tapado con ropa de Jiazhen. Me levanté de un salto y eché a correr alrededor del bidón. Di dos vueltas sin ver a mi mujer. Espantado, la llamé a voz en grito:

—¡Jiazhen! ¡Jiazhen!

Oí su voz débil contestándome desde la laguna. Corrí hacia allí y la vi sentada en el suelo, esforzándose en ponerse de pie. Cuando la levanté, me di cuenta de que su ropa estaba mojada.

Cuando me quedé dormido, Jiazhen siguió despierta y no dejó de ir a echar leña al fuego. Luego vio que casi no quedaba agua y se fue a buscarla a la laguna cargando con dos cubos de madera. Como no tenía fuerzas, hasta llevar los cubos vacíos la cansaba, así que imagínate los cubos llenos. Sólo fue capaz de dar cinco o seis pasos y se cayó al suelo. Se sentó a descansar un poco y volvió a coger agua, esta vez descansando a cada paso que daba. Pero justo cuando llegaba a la laguna, resbaló y volvió a caer. Los dos cubos se le volcaron encima. Se quedó sentada en el suelo, sin fuerzas para levantarse, y así estuvo hasta que ese ruido me despertó.

Al ver que no estaba herida, se me pasó algo la angustia. La llevé hasta el bidón, donde todavía ardía un poco el fuego. Cuando descubrí que el fondo del bidón se había rajado, pensé que se nos iba a caer el pelo. Al ver lo que había pasado, Jiazhen se quedó pasmada.

—Es culpa mía —repetía sin parar—, es culpa mía…

—El fallo es mío —le dije—, no tenía que haberme quedado dormido.

Pensé que sería mejor informar cuanto antes al jefe de equipo, así que llevé a Jiazhen hasta el árbol, la dejé allí sentada y me fui a la que había sido mi mansión, luego la de Long Er y luego la del jefe de equipo.

—¡Jefe! —grité con todas mis fuerzas al llegar hasta la puerta—. ¡Jefe!

—¿Quién es? —respondió él desde dentro.

—¡Soy yo, Fugui! ¡El fondo del bidón se ha rajado!

—¿Está ya fundido el hierro? —preguntó él.

—No —le dije—, no está fundido.

—¡Entonces para qué coño me llamas! —vociferó.

Ya no me atreví a decir nada más. Me quedé allí parado sin saber qué hacer. Para entonces, ya era de día. Estuve pensando un poco y decidí que lo mejor sería llevar a Jiazhen al hospital de la ciudad. Su enfermedad parecía grave. En cuanto al asunto del bidón rajado, ya iría

a rendir cuentas al jefe de equipo cuando volviera del hospital.

Fui a casa, desperté a Fengxia y le pedí que me acompañara: Jiazhen no podía andar, y yo ya era viejo y no creía que pudiera ir y volver con ella a la espalda, eran más de veinte *li*. No habría más remedio que ir turnándonos Fengxia y yo.

Recogí a Jiazhen y nos pusimos de camino hacia la ciudad, Fengxia a mi lado y Jiazhen sobre mi espalda.

—No estoy enferma, Fugui —iba diciendo ella—, no estoy enferma.

Yo sabía que se resistía a gastar dinero en médicos.

—Si estás enferma o no —le dije—, ya lo veremos cuando lleguemos al hospital.

Ella iba de mala gana y estuvo todo el camino protestando. Al cabo de un rato, me quedé sin fuerzas y pedí a Fengxia que me relevara. Mi hija era más fuerte que yo. Con su madre encima, iba andando a paso firme, tris tras, tris tras. Al pasar a la espalda de Fengxia, Jiazhen dejó de protestar. De repente, se echó a reír.

—Fengxia se ha hecho mayor —dijo aliviada.

Pero enseguida se le enrojecieron los ojos.

—Ojalá no hubiera tenido aquella enfermedad —añadió.

—Han pasado muchos años —le dije—, de nada sirve hablar de eso ahora.

El médico dijo que Jiazhen tenía raquitismo y que no tenía curación; que nos la lleváramos a casa; que, si podíamos, la alimentáramos bien; y que su estado podía agravarse o podía seguir así.

En el camino de vuelta, la llevaba Fengxia. Yo iba a su lado, con la cabeza hecha un lío. Jiazhen tenía una enfermedad incurable. Cuanto más lo pensaba, más miedo me entraba. ¡Qué pronto la vida había llegado a eso! Viéndole esa cara tan flaca que estaba en los huesos, pensé que fue casarse conmigo y no volver a pasar un solo día bueno.

En cambio, Jiazhen estaba más contenta. Quería bajarse para ir a pie.

—No vaya a asustarse Youqing —dijo.

Le preocupaba que el niño se llevara un disgusto al verla así. Si es que las madres están en todo. Se bajó de la espalda de Fengxia y, cuando quisimos que se apoyara en nosotros, dijo que prefería ir sola.

—Si en realidad no tengo nada —dijo.

En ese momento, oímos un guirigay de gongs y tambores que venía del pueblo. El jefe de equipo y todo un grupo de gente venían hacia nosotros. Cuando nos vio, nos hizo señas muy contento.

—¡Fugui! —venía gritando—. ¡Tu familia y tú habéis hecho una gran contribución!

Yo no entendía nada, no tenía ni idea de qué contribución habíamos hecho. Vi a dos chavales del pueblo llevando un bloque de hierro hecho como a pegotes, con la forma de medio bidón por la parte de arriba y pedazos de chapa que le salían como púas. Le habían colgado encima un trozo de tela roja.

—¡Habéis conseguido fundirlo! —dijo el jefe de equipo señalando esa chatarra—. Vamos volando a la sede del distrito, aprovechando que hoy es la Fiesta Nacional, para anunciar la buena nueva.

Al oírlo, me quedé de piedra. ¡Y yo que andaba preocupado por la raja del bidón y por cómo iba a rendir cuentas al jefe de equipo! ¡Quién iba a decirme que después de todo habíamos fundido el hierro!

—Con esto se pueden hacer tres balas de cañón —dijo el jefe de equipo dándome palmadas en el hombro—. Las dispararemos contra Taiwan: una que dé en la cama de Chiang Kai—shek, otra que dé en su mesa del comedor, y otra que dé en su establo.

Luego hizo una seña con la mano, y los diez y pico hombres que llevaban los gongs y los tambores se pusieron en marcha tocando con todas sus fuerzas.

—¡Fugui! —me gritó cuando pasaron el jefe de equipo, en medio de todo ese jaleo—. ¡Hoy, en la cantina, hay panecillos rellenos! Cada panecillo lleva un cordero dentro: ¡todo carne!

Cuando estuvieron lejos, le dije a Jiazhen:

—¿De verdad hemos fundido ese hierro?

Ella movió la cabeza: tampoco sabía cómo podía ser eso. Pensé que lo más seguro era que se hubiera fundido cuando se rajó el bidón. De no ser por la tontería que había dicho Youqing de echar agua en el bidón, el hierro se habría fundido hace tiempo.

Cuando llegamos a casa, Youqing estaba delante de la puerta, llorando a todo llorar.

—¡Han matado mis corderos! —dijo entre sollozos—. ¡Los han matado a los dos!

El disgusto le duró varios días. Cada día, al levantarse, como ya no hacía falta que fuera corriendo hasta la escuela, lo veía dando vueltas delante de casa, sin saber qué hacer. Normalmente, a esas horas, iba por hierba con su cesta. Cuando Jiazhen lo llamaba para desayunar, él venía enseguida a sentarse a la mesa. Después de desayunar, cogía la cartera y salía, dando un rodeo para ver el cobertizo del pueblo, antes

de irse, todo tristón, a la escuela de la ciudad.

En el pueblo ya no quedaba ni una oveja. Si los tres bueyes salvaron la vida fue sólo porque servían para arar, y ya casi no quedaba grano. El jefe de equipo dijo que iría a la sede de la comuna a pedir algo de comida. Cada vez que iba, llevaba con él a unos diez chavales, cada uno con su palanca, como si fueran a traer de vuelta toda una montaña de oro. Pero cada vez que volvía, sólo traía a los diez chavales con sus diez palancas y sin haber conseguido un solo grano de arroz.

—A partir de mañana —dijo la última vez—, se desmantela la cantina, y todo el mundo va a la ciudad a comprarse una olla: cada cual cocinará en su casa, como antes.

Meses atrás había bastado una orden del jefe de equipo para destrozar las ollas, y ahora bastó también su orden para ir a comprarlas. El grano que quedaba en la cantina se distribuyó a cada familia según el número de miembros. Lo que nos tocó sólo daba para comer tres días. Y aún hubo suerte de que sólo faltara un mes para la cosecha del arroz; pero a ver cómo íbamos a aguantar ese mes.

En el pueblo, empezaron a dar puntos de trabajo[12] a los labradores. Yo fui considerado un trabajador de fuerza, y me dieron diez puntos. Si Jiazhen no hubiera estado enferma, le habrían dado ocho; pero tal como estaba sólo podía con tareas fáciles, así que no le dieron más que cuatro. Menos mal que Fengxia ya era mayor. Para ser mujer, era muy fuerte, así que cada día le daban siete puntos.

Jiazhen sufría pensando que sólo había conseguido la mitad de puntos, no se le quitaba de la cabeza. Siempre tenía la sensación de que podía con el trabajo más pesado, y hasta fue varias veces a decírselo al jefe de equipo. Le decía que sabía que estaba enferma, pero que de momento todavía era capaz de hacer trabajo pesado.

—Dadme los cuatro puntos —decía— cuando de verdad ya no pueda.

El jefe de equipo se lo pensó y consideró que tenía razón.

—Entonces ve a la siega del arroz —le dijo.

Jiazhen fue a los arrozales con su hoz. Al principio, trabajaba muy rápido, tanto que al verla pensé que el médico se había equivocado. Pero, cuando acabó la primera hilera, ya se tambaleaba un poco; y al segar la segunda ya iba mucho más lenta. Fui a verla y le pregunté:

—¿Estás bien?

Tenía la cara toda sudada.

—Ocúpate de lo tuyo —me regañó poniéndose derecha—. ¿Para

qué vienes?

Jiazhen tenía miedo de que, al ir yo a verla, los demás se fijaran en ella.

—Tienes que cuidarte —le dije.

—Vete ahora mismo —me dijo muy nerviosa.

No me quedó más remedio que alejarme, moviendo la cabeza. Al poco rato, oí un ruido, ¡patapum!, y pensé: «Malo.» Levanté la cabeza, vi que se había caído al suelo y fui hasta ella. Aunque se había levantado, le temblaban las piernas. Además, al caer se había dado con la hoz en la frente y le salía sangre. Me miró y forzó una sonrisa. Yo, sin decir nada, la levanté a caballo y fui hacia casa. Ella no se resistió, pero, a medio camino, se echó a llorar.

—Fugui, ¿podrás ganarte la vida? —me preguntó.

—Sí —le dije.

A partir de entonces, Jiazhen desistió de seguir así. Le dolía haber perdido cuatro puntos; pero se consolaba pensando que, al menos, ganaba lo suficiente para alimentarse ella.

Con la enfermedad de Jiazhen, Fengxia trabajó más duro todavía. En el campo hacía lo mismo que antes, pero tuvo que trabajar más en casa. Menos mal que, al ser joven, aunque trabajara de sol a sol, dormía y, al día siguiente, se levantaba otra vez con fuerza y con ánimo. Youqing empezó a trabajar un poco en la parcela. Una tarde, cuando volví a casa después del trabajo, Youqing estaba escardando. Me llamó, y fui.

—Ya me sé muchos caracteres —me dijo mirando al suelo y acariciando el mango de la azada.

—Eso está bien —le dije.

Me miró y añadió:

—Me sé los suficientes para toda la vida.

Pensé que el crío estaba presumiendo, sin fijarme en lo que quería decirme.

—Pues tienes que seguir aprendiendo —le contesté.

Entonces me dijo lo que de verdad llevaba dentro.

—No quiero seguir estudiando.

Enseguida le puse mala cara.

—De eso, nada —le dije.

En realidad, yo ya había pensado en hacer que dejara la escuela, pero abandoné la idea por Jiazhen. Si Youqing dejaba los estudios,

Jiazhen pensaría que era porque ella estaba enferma.

—Si no estudias como es debido, te mato —le dije.

Me arrepentí un poco de haberlo dicho. Al fin y al cabo, Youqing quería dejar la escuela por ayudar a la familia. Con doce años que tenía, ya se daba cuenta de las cosas. Eso me alegraba y, al mismo tiempo, me disgustaba; y pensé que a partir de entonces ya no tenía que regañarlo ni pegarle así como así. Ese mismo día, cuando fui a la ciudad a vender leña, le compré cinco caramelos de a céntimo. Era la primera vez que le compraba algo a mi hijo. Me pareció que ya era hora de ser cariñoso con Youqing.

Entré en la escuela con los canastos vacíos. La escuela sólo tenía dos hileras de aulas. Dentro, los niños recitaban la lección. Busqué a Youqing aula por aula, y lo encontré en la del final. Una maestra estaba explicando algo delante de la pizarra. Vi a Youqing por la ventana y, nada más verlo, me enfurecí: ese crío, en lugar de atender como es debido, estaba lanzando algo a la cabeza de otro niño que tenía delante. Para que él pudiera estudiar, habíamos dado a Fengxia a otra familia y, a pesar de la enfermedad de Jiazhen, quise que siguiera yendo a la escuela, ¡y él a lo que venía, tan contento, era a divertirse! Me sacó por completo de mis casillas y, sin pensar en nada más, solté la palanca, entré hecho un basilisco, me paré delante de Youqing y le solté un bofetón. Él sólo me vio al recibirlo. Se quedó pálido del susto.

—¡Me sacas de quicio! —le dije.

Al oírme vociferar, Youqing se echó a temblar. Yo le di otra bofetada, y él se encogió y se quedó pasmado. Entonces vino la maestra hecha una fiera.

—¿Quién es usted? ¡Esto es una escuela, no es el pueblo!

—¡Soy su padre! —le contesté.

Como estaba yo en pleno ataque de furia, hablaba a gritos. Y la maestra también se puso a tono.

—¡Salga de aquí ahora mismo! ¡Qué va a ser su padre! ¡Yo lo que creo es que es un fascista! ¡Un miembro del Guomindang!

Yo no sabía qué era un fascista, pero sí sabía qué era el Guomindang. Sabía que eso era un insulto. No me extrañaba que Youqing no estudiara como es debido, con esa maestra que le había tocado, que andaba echando sapos y culebras.

—¡Tú sí que eres del Guomindang! ¡He visto a miembros del Guomindang! ¡Son igual de malhablados que tú!

La maestra se quedó boquiabierta. No dijo nada y se echó a llorar.

Los maestros de las aulas de al lado vinieron a sacarme de allí. Una vez fuera, me rodearon. Me hablaban todos al mismo tiempo, y yo no me enteraba de nada. Luego vino otra maestra, y oí que la llamaban «directora». La directora me preguntó por qué había pegado a Youqing. Le conté con pelos y señales lo de que en el pasado habíamos dado a Fengxia a otra familia, lo de que a pesar de la enfermedad de Jiazhen no había querido que mi hijo dejara de ir a la escuela. Al oír mi historia, la directora dijo a los demás maestros:

—Dejadlo ir.

Cuando recogí mis cosas para irme, vi que en todas las ventanas de las aulas asomaban cabecitas mirando el espectáculo que había montado. Esta vez sí que había humillado a mi hijo. Lo que más le dolió no fue que yo le pegara, sino que hubiera montado ese escándalo delante de tantos maestros y alumnos. Cuando llegué a casa, todavía no se me había pasado el enfado y le conté a Jiazhen lo que había pasado.

—Desde luego —me reprochó—, ¿cómo quieres que se porte Youqing en la escuela con un padre que es capaz de ponerse así?

Lo pensé y me pareció que, efectivamente, me había pasado un poco de la raya. Lo de que yo hubiera quedado en ridículo era lo de menos, pero es que había dejado en ridículo a mi hijo. Cuando volvió Youqing a mediodía, lo llamé. Él no me hizo ni caso: dejó la cartera y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Jiazhen lo llamó, y entonces él se detuvo. Jiazhen le dijo que se acercara, y él fue a su lado con la nuca sacudida por los sollozos del disgusto que llevaba.

Durante más de un mes, Youqing no quiso saber nada de mí. Si yo le decía que hiciera algo, él obedecía inmediatamente, pero no me dirigía la palabra. Él no hacía nada malo, así que, por mucho que me irritara, no me daba motivos para enfadarme.

Pensándolo bien, la culpa la tenía yo por haberme pasado. Había destrozado el corazón a mi hijo. Menos mal que Youqing todavía era un niño. Al cabo de un tiempo, cuando entraba o salía de casa, ya no iba tan estirado. Aunque seguía sin contestarme cuando yo le hablaba, le veía en la cara que estaba menos resentido. De vez en cuando, hasta me miraba a hurtadillas. Yo sabía que, después de no haberme dirigido la palabra durante tanto tiempo, le daba apuro hablarme. Y yo, por mi parte, no tenía prisa: era mi hijo, y tarde o temprano se dirigiría a mí.

A partir del cierre de la cantina, todas las familias en el pueblo se quedaron sin patrimonio, y la vida se fue haciendo cada vez más difícil. Pensé en invertir nuestros últimos ahorros en la compra de un cordero.

Los corderos son alimento, dan abono y, en primavera, uno puede esquilarlos y vender la lana. También era por Youqing: si le traía un cordero a casa, ¡lo contento que se iba a poner el crío!

Cuando lo hablé con Jiazhen, ella también se alegró.

—Corre a comprarlo —me dijo.

Esa misma tarde, me escondí el dinero en la ropa y me fui a la ciudad. Compré un corderito en el barrio oeste, donde el puente Guangfu. El camino de vuelta a casa pasaba por la escuela de Youqing, y primero pensé en entrar y darle a Youqing una alegría. Pero luego pensé que mejor no, que la última vez que fui monté un escándalo y avergoncé a mi hijo, y que si volvía a ir, a Youqing seguro que le iba a sentar mal.

Cuando salí de la ciudad y llegué hasta donde ya faltaba poco para que se viera nuestra casa, oí que alguien venía corriendo detrás de mí, pimpam, pimpam, y todavía no me había vuelto para ver quién era cuando oí la voz de Youqing.

—¡Padre! ¡Padre!

Me paré a ver cómo venía corriendo, con la cara toda colorada. El crío, en cuanto me vio con el cordero, olvidó que no me dirigía la palabra.

—¡Padre! —dijo al llegar junto a mí sin resuello—. ¿Este cordero es para mí?

Asentí, sonriendo, y le pasé la cuerda.

—Toma, llévalo tú.

Youqing cogió la cuerda, y al cordero en brazos, dio unos pasos, lo volvió a soltar, lo agarró por las patas traseras y se agachó a mirar.

—Padre, es hembra —me dijo.

Me eché a reír y lo cogí por el hombro. Youqing tenía los hombros pequeños y flacos. Al agarrárselo, no sé por qué me entró ternura.

—Youqing —le dije mientras volvíamos juntos a casa—, poco a poco te vas haciendo mayor. A partir de ahora, ya no te pegaré más; y si te pego, no lo haré en público.

Entonces miré a Youqing. El crío iba con la cabeza gacha: resulta que al oírme le había entrado vergüenza.

Una vez el cordero en casa, Youqing tuvo que ir de nuevo corriendo a la escuela, porque, aparte de ir por hierba para darle de comer, también quiso trabajar más en el huerto.

Quién iba a decir que, de tanto correr para aquí y para allí, Youqing acabaría cosechando sus éxitos. El día en que la escuela de la

ciudad organizó un concurso de atletismo, yo había ido a la ciudad a vender verdura. Ya iba a volver a casa cuando vi que había mucha gente a cada lado de la calle. Pregunté por qué, y me dijeron que los colegiales estaban haciendo una carrera y que tenían que dar diez vueltas a la ciudad.

En esa época, ya había escuela secundaria, y ese año Youqing había entrado en cuarto de primaria. Era la primera vez que se organizaba un concurso de atletismo en la ciudad, los de primer ciclo de secundaria y los de primaria corrían juntos. Dejé la palanca y los canastos en el suelo para ver si participaba Youqing. Al cabo de un rato, vi un pelotón de niños de su edad más o menos que venían corriendo muy ufanos. Había dos que iban cabizbajos, tambaleándose; parecía que no podían más.

Cuando pasó todo el pelotón, vi a Youqing. Ese granuja venía corriendo solo, descalzo, con los zapatos en las manos, dando soplidos. Al ver que iba detrás, pensé que el crío no tenía remedio y que me iba a dejar en ridículo. Pero la gente le jaleaba. Yo no entendía nada. Y en ésas estaba, aturullado, cuando vi llegar a unos alumnos de secundaria. Entonces ya sí que entendía todavía menos. Pensaba: «¿Pero qué clase de carrera es ésta?»

—¿Cómo es que los mayores no alcanzan a los más pequeños? —pregunté a uno que tenía al lado.

—El niño que acaba de pasar lleva varias vueltas de ventaja sobre los demás.

Pensé: «¿No estará hablando de Youqing?» ¡Qué contento me puse! Tan contento que no se puede explicar. Incluso a niños cuatro o cinco años mayores que él, Youqing les llevaba una vuelta de ventaja. Vi con mis propios ojos a mi hijo, descalzo, con los zapatos en las manos y toda la cara colorada, ser el primero en completar las diez vueltas. Cuando acabó de correr, curiosamente, ya no resoplaba, estaba como si tal cosa. Levantó un pie, se lo frotó en el pantalón, se calzó un zapato y levantó el otro. Luego, se puso las manos a la espalda y, con aire triunfal, se quedó allí mirando cómo venían corriendo unos niños mucho mayores que él.

—¡Youqing! —lo llamé, contentísimo.

Me cargué al hombro la palanca con las cestas vacías y fui hacia él más orgulloso que un pavo real, para que todo el mundo se diera cuenta de que yo era su padre. Nada más verme, Youqing se incomodó. Las manos que se había puesto a la espalda las puso delante.

—¡Buen hijo! —le dije en voz alta, dándole palmadas en la cabeza

—. Tu padre está orgulloso de ti.

Al oírme hablar a voces, se apresuró a mirar a su alrededor. No quería que me vieran sus compañeros de escuela. En ese momento, un gordinflón lo llamó:

—¡Xu Youqing!

Él dio media vuelta y corrió hacia el hombre. No quería saber nada de mí.

—¡Me llama un profesor! —me dijo desde lejos volviéndose hacia mí.

Yo sabía que era porque tenía miedo de que, al volver a casa, le ajustara las cuentas. Así que le hice una seña con la mano.

—Corre, ve.

El gordinflón tenía unas manos enormes. Cuando le puso una encima de la cabeza, yo ni le veía el pelo: parecía que le hubiera crecido una manaza encima de los hombros. Se fueron los dos muy cariñosos hasta una tienda. Vi que el gordinflón le compraba un puñado de caramelos. Youqing los cogió con las dos manos y se los metió en el bolsillo. Una de las manos ya ni la sacó. Cuando volvían, Youqing tenía la cara toda colorada de lo contento que iba.

Esa noche, le pregunté quién era el gordo.

—Es el profesor de educación física —me dijo.

—Pues parece tu padre —le solté.

Youqing puso encima de la cama todos los caramelos que le había dado el gordo, los dividió en tres montoncitos y, después de mirarlos y remirarlos, cogió dos caramelos de dos de los montoncitos y los pasó al suyo. Estuvo mirándolos otro rato y sacó otros dos caramelos de su montoncito para ponerlos en los otros. Yo sabía que pensaba dar un montoncito a Fengxia y otro a Jiazhen, que el tercero era para él y que no había ninguno para mí. Pero, de repente, los juntó todos, y luego hizo cuatro montoncitos. Estuvo así, dividiendo una y otra vez, hasta que al final quedaron tres montoncitos.

Al cabo de unos días, Youqing trajo al profesor de educación física a casa. El gordo estuvo venga a alabar a Youqing, diciendo que de mayor podría ser deportista, que podría participar en carreras en el extranjero. Youqing estaba sentado en el quicio de la puerta, con la cara toda sudada de ilusión. Delante del profesor de educación física no me atreví a decir nada. Pero, cuando se fue, llamé a Youqing. Él se creyó que iba a alabarlo, y me miró radiante.

—Me alegro mucho de que nos hayas traído honor a tu hermana, a

tu madre y a mí —le dije—. Pero nunca he oído decir que uno se pueda ganar la vida corriendo. Si te mandamos a la escuela, es para que estudies, no para que aprendas a correr, que para eso no hace falta ir a clase, ¡si hasta las gallinas saben correr!

Youqing bajó inmediatamente la cabeza, se fue al rincón, y cogió la cesta y la hoz.

—¿Te acordarás de lo que te acabo de decir? —le pregunté.

Él se fue hacia la puerta, diciéndome que sí con la cabeza, de espaldas, y salió.

Ese año, cuando el arroz todavía no había empezado a amarillear y seguía estando verde, recién brotado, se puso a llover sin parar, durante cosa de un mes. Entre medias, hubo algún día despejado, pero al día siguiente se volvía a nublar y volvía a llover. Nosotros íbamos viendo cómo se acumulaba el agua en los arrozales, cómo crecía, cómo cabeceaban las espigas, hasta que llegó un día en que todas quedaron anegadas en un mar de agua. Los ancianos del pueblo lloraban y todo.

—¿De qué vamos a vivir ahora? —decían.

Los más jóvenes no se lo tomaban tan mal. Pensaban que el gobierno ya nos sacaría de ésa.

—No hay por qué preocuparse —decían—. El mal tiempo no podrá con nosotros. El jefe de equipo irá a la ciudad a pedir grano.

El jefe de equipo fue tres veces a la sede de la comuna, y una vez a la del distrito, pero no consiguió traer nada, sólo estas palabras:

—Tranquilos todos, que dice el jefe de distrito que, mientras no muera él de hambre, aquí de hambre no muere nadie.

Cuando pasaron las lluvias, hubo varios días seguidos de mucho calor. Todo el arroz se echó a perder. Al anochecer, el viento traía ráfagas de olor a podrido, que venía a ser como el olor a muerto. Al principio, todo el mundo tenía la esperanza de que por lo menos pudiéramos sacar algún provecho de la paja de arroz. Pero, como no lo habíamos segado, la paja también se pudrió toda. Ya no teníamos nada. El jefe de equipo nos dijo que el distrito nos daría grano, pero ninguno de nosotros vio venir nada. Lo decía para que la gente no perdiera la confianza. Y nadie se atrevía a no creérselo, porque, si no, perdíamos toda esperanza de salir adelante.

Todo el mundo contaba cada grano que echaba a la olla, porque ya no quedaba mucho arroz de reserva. Así que a nadie se le ocurría hacer arroz blanco, todos hacíamos sopa, y hasta la sopa se hacía cada vez más aguada. Al cabo de dos o tres meses, ya habíamos agotado todas las

reservas. Hablé con Jiazhen de matar la oveja y venderla en la ciudad a cambio de arroz. Estuvimos pensando y calculamos que podríamos conseguir cerca de cien *jin*[13] de arroz, que nos daría para hacer sopa hasta la siguiente cosecha.

En casa, llevábamos un par de meses sin comer lo suficiente, y la oveja estaba rolliza; se la oía balar con buena voz todos los días en el cobertizo. Y todo gracias a Youqing. El crío, que pasaba hambre y andaba todo el día mareado, ni una vez dejó de traer hierba para la oveja. La quería mucho, igual que Jiazhen lo quería a él.

Después de hablar con Jiazhen, tuve que decírselo a Youqing. En ese momento, él acababa justo de llevar una cesta de hierba al cobertizo, y la oveja estaba comiendo; el ruido que hacía al masticar —*shh, shh*— parecía de lluvia. Youqing estaba a su lado, con la cesta vacía en la mano, mirando sonriente cómo comía.

Cuando entré, ni se enteró. Sólo se volvió a mirarme cuando le puse una mano en el hombro.

—Está muerta de hambre —me dijo.

—Youqing —le dije—, tengo algo que decirte…

Él asintió y se volvió hacia mí.

—Ya casi no queda arroz en casa —seguí diciendo—. Tu madre y yo hemos decidido vender la oveja para poder comprar arroz. Si no, vamos a pasar hambre toda la familia.

Youqing bajó la cabeza sin decir nada. El crío no se hacía a la idea de deshacerse de la oveja.

—Cuando las cosas vayan un poco mejor —añadí dándole palmadas en el hombro—, te compro otro cordero.

Youqing asintió. Realmente, se había hecho mayor y entendía las cosas mucho mejor que antes. Unos años atrás, seguro que habría llorado y tenido una pataleta. Cuando salimos del cobertizo, Youqing me tiró de la chaqueta.

—Padre —me dijo todo tristón—, no la vendas al matarife.

Yo pensé: «A ver quién va a querer criar una oveja por los tiempos que corren. Si no la vendo al matarife, ¿a quién se la voy a vender?» Pero viendo la cara de Youqing, sólo pude decirle que sí.

Al día siguiente, me eché el saco de arroz al hombro y saqué la oveja del cobertizo. Acababa de llegar a la salida del pueblo cuando oí a Jiazhen llamarme. Me volví y los vi venir, a ella y a Youqing.

—Youqing también quiere ir —dijo ella.

—Los domingos no hay clase —dije yo—, ¿para qué va a ir Youqing

a la ciudad?

—Deja que vaya contigo —dijo Jiazhen.

Yo sabía que lo que quería Youqing era estar un rato más con la oveja y, como tenía miedo de que no le dejara acompañarme, había pedido a Jiazhen que me lo pidiera ella. Pesé que, al fin y al cabo, si quería venir que viniera, así que le hice una seña. Youqing vino corriendo, cogió la oveja por la cuerda y me siguió cabizbajo.

El crío no dijo ni mu en todo el camino. En cambio, la oveja iba balando sin parar, mee mee. Iba detrás de Youqing, dándole cabezadas en el culo. Las ovejas entienden al hombre, y ella sabía que era Youqing el que le daba de comer todos los días, así que era cariñosa con él. Y cuanto más cariñosa estaba la oveja, más triste se ponía Youqing, que iba mordiéndose el labio, a punto de llorar.

Al ver que Youqing avanzaba sin levantar la cabeza, yo me sentía muy mal, así que buscaba cosas que decirle para consolarlo.

—Vendiéndola, al menos, no la matamos. Además, las ovejas son ganado, siempre han tenido este destino.

Cuando llegamos a la ciudad y estábamos a punto de doblar una esquina, Youqing se paró.

—Padre —me dijo mirando la oveja—, te espero aquí.

Yo sabía que no quería ver cómo la vendía, así que cogí la cuerda y seguí andando.

—¡Padre! —me gritó mientras me alejaba—. ¡Me lo has prometido!

—¿Qué te he prometido? —le pregunté volviéndome hacia él.

—Me has prometido que no la venderás al matarife.

Yo había olvidado lo que le había dicho el día anterior. Menos mal que Youqing no se venía conmigo. Si no, el crío iba a llorar segurísimo.

—Ya —le dije.

Doblé la esquina con la oveja y me dirigí hacia la carnicería. La carnicería siempre había estado llena de piezas de carne colgando. Pero en esa época de hambre, no había ni un puñetero trozo. Dentro había un hombre sentado, con pinta de aplatanado. Ni siquiera pareció alegrarse mucho de que le trajera una oveja. Cuando la pusimos entre los dos en la balanza, le temblaban las manos.

—Es el hambre —dijo—, no tengo fuerza.

Hasta en la ciudad pasaban hambre. Dijo que llevaba unos diez días sin colgar carne de los ganchos. Señaló hacia delante, un poste eléctrico que había a veinte metros.

—Ya verá —dijo—. En menos de una hora, habrá clientes haciendo

cola hasta allí.

Y no se equivocaba: cuando me fui ya había unas diez personas esperando. En la tienda de arroces, también había cola. Yo creía que por el valor de la oveja podría comprar unos cien *jin* de arroz, pero al final sólo pude llevar a casa cuarenta. Al pasar por una tiendecita, entré a comprar dos caramelos de a céntimo para Youqing. Pensé que el pobre había estado deslomándose todo el año y se merecía algún dulce.

Volví con los cuarenta *jin* de arroz al hombro. Youqing me esperaba donde lo dejé, dando patadas a una piedrecita. Le di los caramelos. Se metió uno en el bolsillo y el otro en la boca. Nos pusimos en camino. Él llevaba el papel del caramelo bien dobladito en la mano.

—Padre, ¿quieres uno?

—Cómetelos tú —le dije moviendo la cabeza.

Cuando llegué a casa con el arroz, Jiazhen nada más ver el saco ya sabía cuánto traía. Lanzó un suspiro y no dijo nada. La que más difícil lo tenía era ella: ¿cómo iba a alimentar las cuatro bocas de la familia todos los días? Estaba tan preocupada que por las noches no dormía bien. Pero, por mal que estuvieran las cosas, había que seguir adelante, así que se iba todos los días con la cesta a buscar hierbas silvestres comestibles. Si ya estaba enferma, al pasar hambre día tras día, el médico acabó teniendo razón: se puso peor, y tuvo que apoyarse en un bastón para andar. Apenas daba veinte pasos y ya estaba toda sudada. Cuando vas por hierbas silvestres te pones en cuclillas para arrancarlas, pero ella tenía que hacerlo de rodillas y, cuando se levantaba, se tambaleaba. Me daba pena verla.

—Quédate en casa —le dije un día.

Pero ella no contestó, y se fue con su bastón. La agarré por el brazo, y ella se cayó al suelo. Jiazhen se echó a llorar sentada en el suelo.

—No estoy muerta —decía—, y tú me tratas como si lo estuviera.

Yo ya no sabía qué hacer. Las mujeres, cuando les sale el genio, no hay nada que no sean capaces de hacer o de decir. Si yo no quería que trabajara, a ella le parecía que la trataba con desprecio.

En menos de tres meses, ya nos habíamos comido los cuarenta *jin* de arroz. Y de no ser por Jiazhen, que se las ingeniaba para salir adelante, cocinando hojas de calabaza, corteza de árbol y demás, el arroz no nos habría dado ni para quince días.

Por aquel entonces, nadie en el pueblo tenía grano, y ya no quedaban hierbas silvestres que comer. Algunas familias empezaron a

comer raíces. Cada vez se veía a menos gente en el pueblo: cada día había quien cogía un cuenco y se iba a mendigar. El jefe de equipo fue varias veces al distrito. A la vuelta, apenas podía llegar a la entrada del pueblo. Tenía que sentarse en el suelo a recobrar aliento. La gente que buscaba comida por los campos iba a preguntarle:

—Jefe, ¿cuándo nos darán grano los del distrito?

—No puedo con mi alma —decía él dejando caer la cabeza.

Y al ver a los que iban a mendigar, les decía:

—No vayáis, que en la ciudad tampoco hay comida.

Aunque sabía perfectamente que ya no quedaban hierbas comestibles, Jiazhen seguía buscándolas días enteros. Youqing estaba en pleno crecimiento. Al no tener cereales que comer, estaba tan flaco como una caña de bambú. Pero no dejaba de ser un niño y, cuando Jiazhen estaba tan enferma que apenas podía andar y, aun así, seguía yendo a buscar hierbas silvestres, Youqing la seguía y le iba diciendo:

—Madre, no puedo más de hambre.

Jiazhen no tenía de dónde sacar comida.

—Youqing —le decía—, ve a beber agua, te llenará un poco el estómago.

Y a él no le quedaba más remedio que ir a la laguna a beber —*glu glu glu*— hasta llenarse el estómago de agua para engañar el hambre.

Fengxia iba conmigo. Llevaba una azada para buscar boniatos. Ya habíamos cavado en esos campos qué sé yo cuántas veces, pero los del pueblo seguíamos yendo con la azada a ver si encontrábamos algo. A veces cavábamos todo el día y al final sólo sacábamos algún tallo podrido de calabaza. Fengxia también pasaba un hambre tremenda, se había quedado pálida. Cuando levantaba la azada, daba la impresión de que se le iba a caer la cabeza. La cría no podía hablar, sólo sabía trabajar. Dondequiera que fuera yo, allá iba ella. Yo pensaba: «Esto no puede ser, deberíamos buscar boniatos por separado, ir siempre juntos no es manera.» Y le hacía señas de que se fuera a otro sitio. ¿Cómo iba a pensar que, al separarse de mí, tendría problemas?

Un día, Fengxia estaba buscando boniatos en el mismo campo que uno del pueblo que se llamaba Wang Si. En realidad, Wang Si no era mal chico, y cuando me enrolaron a la fuerza en el ejército, él y su padre ayudaron muchas veces a Jiazhen a hacer trabajos pesados. Pero cuando hay hambre la gente se vuelve capaz de cualquier barbaridad. Estaba clarísimo que Fengxia había encontrado un boniato, pero Wang Si se aprovechó de que era muda y, cuando Fengxia estaba limpiando la

tierra del boniato, se lo arrancó de las manos. Normalmente, Fengxia era de lo más formalita, pero en ese momento dejó de serlo y se abalanzó sobre él para tratar de recuperar el boniato. Wang Si se puso a dar berridos, y la gente del campo de al lado lo que vio era que Fengxia estaba intentando quitarle el boniato.

—¡Fugui! —me gritó Wang Si—. ¡Hay que tener un poco de conciencia! ¡Por mucha hambre que tengas no puedes andar robando a los demás!

Vi que Fengxia estaba tratando con todas sus fuerzas, partir el boniato que él tenía agarrado. Enseguida fui a apartarla de él, y de la rabia que le dio a la pobre se le saltaron las lágrimas. Me explicó por señas que era Wang Si el que le había quitado el boniato a ella, y los demás del pueblo también lo entendieron.

—¿Se lo has quitado tú? —le preguntaron—. ¿O te lo ha intentado quitar ella?

—Ya lo habéis visto —dijo él poniendo cara de ofendido—. Está claro que ha sido ella.

—Fengxia no haría una cosa así —le dije—, eso lo sabe todo el pueblo. Wang Si, si este boniato es tuyo de verdad, llévatelo. Pero, si no es tuyo, cuando lo comas te dará retortijones.

—Que diga ella de quién es —dijo señalándola.

Lo dijo sabiendo perfectamente que Fengxia no podía hablar. Me puso tan fuera de mí que me temblaba todo el cuerpo. Fengxia estaba a un lado abriendo la boca sin que le saliera ningún sonido, con la cara cubierta de lágrimas.

—Si no temes al dios del trueno —le dije—, llévatelo.

Pero a Wang Si, aun habiendo faltado a su conciencia, no se le caía la cara de vergüenza.

—Por supuesto que me llevaré lo que es mío —dijo con la cabeza bien alta.

Dio media vuelta y se fue. Quién iba a pensar que Fengxia levantaría la azada para golpearle. De no ser porque alguien gritó del susto, y Wang Si se apartó, lo habría matado. Al ver lo que había hecho mi hija, Wang Si le dio una bofetada. Fengxia no tenía la fuerza de él, y del golpe se cayó al suelo. La bofetada sonó como cuando alguien se tira al agua, y me fue directo al corazón. Me abalancé sobre él y le arreé un puñetazo en toda la cabeza, que se le quedó dando vueltas; hasta me dolió la mano y todo. Cuando Wang Si se rehízo, agarró una azada y arremetió contra mí. Lo esquivé y también levanté una azada.

De no ser porque los del pueblo nos agarraron, uno de los dos estaría desde entonces criando malvas. Luego vino el jefe de equipo y, después de escuchar nuestras explicaciones, nos echó una bronca.

—¡Me cago en la puta! Si os llegáis a matar, ¡a ver con qué cara voy yo a rendir cuentas a la autoridad! Fengxia no haría una cosa así —añadió luego—, pero como nadie te ha visto quitarle el boniato, haremos una cosa: la mitad cada uno.

El jefe de equipo alargó la mano para que Wang Si le diera el boniato. Pero Wang Si se resistía a dárselo.

—Dámelo —dijo el jefe de equipo.

Wang Si no tuvo más remedio que darle el boniato de mala gana. El jefe de equipo pidió una hoz, colocó el boniato encima del sendero y ¡zas! lo partió en dos. Pero la mano le falló, y le salió una mitad mucho mayor que la otra.

—Jefe —le dije—, ¿y esto cómo se reparte?

—¡Eso es fácil! —dijo, y ¡zas! pegó otra hozada, cortó otro trozo que se metió en el bolsillo, su trozo. Cogió los dos trozos restantes de boniato y nos los dio a Wang Si y a mí.

—Ahora son más o menos iguales, ¿no?

En realidad, un boniato no bastaba para alimentar a una familia, pero entonces pensábamos de otra manera, se trataba de salvar la vida como fuera. Llevábamos un mes sin tomar grano, y lo que hubiera comestible en el campo ya prácticamente se había acabado. Ese año, si hubieras ofrecido un cuenco de arroz a cambio de una vida, habrías encontrado a gente interesada.

Al día siguiente de la pelea con Wang Si por el boniato, Jiazhen salió del pueblo apoyada en su bastón. Desde los campos, le pregunté adónde iba.

—Voy a la ciudad a ver a mi padre.

No podía impedir a una hija que fuera a ver a su padre, pero, al ver lo que le costaba andar, le dije:

—Que vaya contigo Fengxia, ella cuidará de ti.

—No quiero que venga Fengxia —respondió sin volverse siquiera.

Todos esos días había estado muy irritable, así que no dije nada más y me quedé viendo cómo se alejaba lentamente, tan flaca que estaba en la piel y los huesos; la ropa que antes llenaba le sobraba por todas partes y flotaba al viento.

Lo que no sabía era que iba a la ciudad a pedir. Estuvo todo el día fuera y no volvió hasta el anochecer. Casi no podía andar. Fengxia fue

la primera en verla, y me avisó de un tirón en la camisa. Me volví y, cuando vi a Jiazhen en el camino, apoyada en ese bastón retorcido y levantando el brazo para hacernos señas, tuve la impresión de que se le iba a caer la cabeza.

Corrí hacia ella y, cuando me acercaba, cayó de rodillas al suelo, agarrada al bastón.

—Fugui... —dijo con voz muy débil—. Ven..., ven...

Traté de ayudarla a levantarse, y ella me agarró la mano y se la puso bajo el pecho.

—Toca —dijo casi sin respirar.

Así lo hice, y me quedé de piedra: ¡llevaba una bolsa de arroz debajo de la ropa!

—¡Es arroz!

Jiazhen se echó a llorar.

—Me lo ha dado mi padre —dijo.

En ese momento, una bolsa de arroz era el manjar más preciado de la tierra. En casa, llevábamos un mes sin probarlo. ¡Qué contentos nos pusimos! Tanto, que no se puede explicar. Pedí a Fengxia que llevara a Jiazhen a casa inmediatamente, mientras yo iba por Youqing. Lo encontré tumbado junto a la laguna: acababa de llenarse el estómago de agua.

—¡Youqing! ¡Youqing! —lo llamé.

El crío volvió apenas la cabeza y me respondió medio desmayado.

—Corre a casa a tomar sopa de arroz —le dije en voz baja.

Al oír hablar de sopa de arroz, no sé de dónde sacó las fuerzas, pero se sentó de golpe.

—¡Sopa de arroz! —exclamó.

—¡No grites —me apresuré a decirle, asustado.

No podíamos permitir que nadie se enterara de que Jiazhen había traído arroz escondido bajo la ropa. Cuando estuvimos todos en casa, atranqué la puerta. Sólo entonces se sacó Jiazhen el arroz de debajo de la ropa. Echó en la olla media bolsa, añadió agua, y Fengxia encendió el fuego. Mandé a Youqing que vigilara en la puerta, mirando por la rendija si venía alguien. Al romper el hervor, el aroma del arroz llenó la casa, y Youqing no pudo aguantar junto a la puerta. Corrió hasta la olla a meter las narices para oler.

—¡Qué bien huele! —decía.

—¡A la puerta a vigilar! —le dije apartándolo de un tirón.

El crío husmeó como pudo un poco más y volvió a la puerta. Jiazhen sonrió.

—Por lo menos, os habré dado una buena comida —dijo—. Ese arroz es de lo poco que tenía mi padre para comer —añadió, con lágrimas en los ojos.

En ese momento, llegó alguien.

—¡Fugui! —llamó.

Del susto que me dio no me atreví ni a respirar. Youqing estaba allí agachado, sin mover ni un pelo. Sólo Fengxia seguía echando leña al fuego, toda risueña. No lo había oído. Le di unas palmadas para indicarle que no hiciera ruido. Al oír que no contestaba nadie, el de fuera dijo irritado:

—Conque sale humo de vuestra chimenea, pero no contesta nadie, ¿eh?

Al cabo de un rato, se fue. Youqing se quedó vigilando un rato más.

—Ya se ha ido —dijo en voz baja.

Jiazhen y yo nos sentimos aliviados. Cuando estuvo hecha la sopa, nos sentamos los cuatro a la mesa y nos la tomamos bien calentita. Nunca en mi vida comí más a gusto; sólo de recordar el sabor de ese arroz, se me hace la boca agua. Youqing se la tomó deprisa, fue el primero en acabar. Luego abrió la boca para aspirar grandes bocanadas de aire: tenía la boca delicada, y le salieron muchas ampollas que le dolieron varios días. Cuando acabamos de comer, vino el jefe de equipo.

La gente del pueblo llevaba un par de meses sin probar el arroz. Todo el mundo vio que estábamos con la puerta cerrada y que salía humo de la chimenea. Un momento antes vino alguien a llamarnos, y no habíamos contestado. Cuando el hombre fue a decirlo a los demás, vino todo un grupo, encabezado por el jefe de equipo. Se habían dado cuenta de que teníamos algo rico de comer, y les entró ganas de venir a probarlo.

Nada más entrar, el jefe de equipo se puso a husmear.

—¿Qué habéis cocinado que huele tan bien? —preguntó.

Yo reí sin decir nada: si no hablaba, el jefe de equipo no se atrevería a seguir preguntando. Jiazhen los saludó y los hizo sentarse. Pero unos cuantos perdieron la compostura y fueron a mirar en la olla y debajo del colchón. Menos mal que Jiazhen se había escondido el arroz que quedaba debajo de la ropa, así podían mirar donde quisieran. Pero al jefe de equipo le entró apuro.

—¿Qué estáis haciendo? No estáis en vuestra casa. ¡Fuera, fuera!

¡Fuera, me cago en la mar!

Después de echarlos, se levantó a cerrar la puerta y, sin más miramientos, se acercó a nosotros y dijo:

—Fugui, Jiazhen, si tenéis algo de comer, dadme una parte.

Miré a Jiazhen, Jiazhen me miró a mí. En tiempo normal, el jefe de equipo se portaba bien con nosotros. Ahora que nos suplicaba, no podíamos decirle que no. Jiazhen se metió la mano debajo de la camisa, sacó la bolsa de arroz y le dio un puñadito.

—Jefe, esto es lo que hay. Lléveselo y hágase una sopa.

—Es suficiente, es suficiente —repetía el jefe de equipo.

Pidió a Jiazhen que le echara el arroz en el bolsillo. Luego se fue, riéndose, con el bolsillo bien agarrado. En cuanto salió el jefe de equipo, Jiazhen se echó a llorar: le dolía haber dado ese puñado de arroz. Viéndola, yo no pude más que suspirar.

Y así fuimos tirando hasta la siguiente cosecha, que aunque no fue abundante, era mejor que nada, y la vida, de repente, fue mucho más llevadera. Quién iba a decir que Jiazhen se pondría cada vez peor, hasta que llegó un momento en que ni siquiera era capaz de dar unos pasos. El año de hambruna la había dejado para el arrastre. Jiazhen no se resignaba y, ya que no podía trabajar en el campo, se empeñaba en trabajar en casa. Iba de aquí para allá, apoyándose en las paredes, a limpiar una cosa, luego a barrer, y así hasta que un día se cayó al suelo y no fue capaz de levantarse. Cuando Fengxia y yo volvimos del campo, ella seguía estirada en el suelo, con la cara magullada y todo. La llevé en brazos hasta la cama. Fengxia le limpió la sangre de la cara con una toalla.

—A partir de ahora, te quedas en la cama —le dije.

Jiazhen bajó la cabeza.

—No pensé que no sería capaz de levantarme.

Jiazhen era una mujer fuerte. En un momento como ése ni siquiera se quejó. Los días que pasó en la cama, me pidió que le pasara toda la ropa rota o raída.

—Me sentiré mejor si tengo algo que hacer.

Estuvo descosiendo ropa vieja, cosiéndola de nuevo. Hasta hizo un conjunto para Fengxia y otro para Youqing. Una vez puestos, parecían bastante nuevos. Luego me enteré de que había descosido hasta su propia ropa.

—La ropa, si no la llevas —me dijo sonriendo al verme enfadado—, se estropea enseguida. Yo ya no la voy a llevar, así que no voy a dejar

que se eche a perder conmigo.

Me dijo que también haría para mí. Cómo iba a saber que, cuando aún no había acabado mi ropa, ya no pudo ni sostener la aguja. En ese momento, Fengxia y Youqing se habían quedado dormidos, y Jiazhen seguía cosiendo, a la luz de la lámpara de aceite. Estaba tan cansada que le brillaba el sudor por toda la cara. Le dije varias veces que durmiera, pero ella movía la cabeza, jadeando, diciendo que pronto. Entonces se le cayó la aguja. Quiso recogerla, con las manos temblando. Lo intentó varias veces sin conseguirlo. La recogí yo y se la di, pero apenas la tuvo en la mano se le volvió a caer. Jiazhen se echó a llorar. Era la primera vez que lloraba desde que cayó enferma, y fue pensando que ya no podría trabajar más.

—Soy una inválida —dijo—, ¿qué esperanza me queda?

Le sequé las lágrimas con la manga. Estaba tan flaca que se le notaban los huesos de la cara. Le dije que era el cansancio y que nadie, por sano que estuviera, aguantaría haciendo lo que ella. La consolé diciendo que Fengxia ya era mayor, que ya ganaba más puntos de trabajo que antes y que no había que preocuparse por el dinero.

—Pero Youqing todavía es pequeño —dijo.

Esa noche, Jiazhen estuvo llorando sin parar.

—Cuando me muera —me pedía—, no me metas en un saco, que los sacos se atan muy fuerte y, cuando llegue a las tinieblas, no sabré abrirlo. Una tela de algodón limpia será suficiente. Y antes de enterrarme, lava mi cuerpo. Fengxia ya es una mujer —añadió—. Si puedes encontrarle marido, descansaré en paz. Pero Youqing todavía es pequeño, hay cosas que no entiende, así que no le pegues mucho; con asustarlo un poco es suficiente.

Me estaba hablando de su última voluntad, y eso a mí me llenó de tristeza.

—Lo normal habría sido que yo hubiera muerto hace tiempo —le dije—. En la guerra murió mucha gente, y yo en cambio seguí vivo. Y eso fue porque todos los días me repetía a mí mismo que tenía que vivir para volver con vosotros. ¿Cómo puede ser que te resignes a abandonarnos así?

Mis palabras tuvieron algún efecto. A la mañana siguiente, vi que Jiazhen me estaba mirando.

—Fugui —me dijo en voz baja—, no quiero morirme. Quiero poder veros todos los días.

Jiazhen estuvo en cama varios días, sin hacer nada, y fue

recuperando algo de fuerza. Pudo sentarse apoyada, y se encontraba mucho mejor, contenta, con ganas de intentar trabajar en el campo, pero yo no quise.

—A partir de ahora, se acabó lo de cansarte, tienes que ahorrar fuerzas, que aún te queda mucho tiempo por vivir.

Ese año, Youqing llegó a quinto. Dicen que las desgracias nunca vienen solas. Con Jiazhen tan enferma, yo deseaba que Youqing madurara rápido. Pero el crío sacaba malas notas, y pensé que era mejor no forzarlo a entrar en secundaria y que, cuando acabara la primaria, me acompañara al campo a ganar puntos de trabajo. Cómo iba a imaginar que, apenas Jiazhen empezó a encontrarse un poco mejor, a Youqing le pasaría lo que le pasó.

Una tarde, la directora de la escuela de Youqing, que era la mujer del jefe de distrito, tuvo una hemorragia tremenda cuando paría en el hospital. Estuvo con un pie en la tumba. Los profesores reunieron inmediatamente a los alumnos de quinto en el terreno de deportes y les pidieron que fueran al hospital a dar sangre. Al saber que era para la directora, los niños se pusieron tan contentos como si tuvieran que hacer fiesta, y algunos chavales se remangaron allí mismo. En cuanto salieron de la escuela, mi Youqing se quitó los zapatos y echó a correr hacia el hospital con ellos en las manos. Lo siguieron cuatro o cinco alumnos. Mi hijo fue el primero en llegar y, cuando llegaron los demás, Youqing encabezaba la cola.

—He sido el primero en llegar —le dijo muy orgulloso al profesor.

Entonces el profesor lo apartó de un tirón y lo regañó diciendo que había cometido una falta de disciplina. Al pobre no le quedó más remedio que quedarse a un lado, mirando cómo los demás entraban a dar sangre por orden de estatura. Sacaron sangre a más de diez, pero ni uno tenía el mismo grupo que la directora. Al verlo, Youqing se quedó muy preocupado. Temió que él se quedara el último y que, para entonces, ya no pudiera dar sangre. Fue a ver al profesor y le dijo, todo tímido y encogido:

—Profesor, reconozco que hice mal.

El profesor asintió, pero no le hizo caso. Esperó a que entraran dos niños más. Pero en ese momento salió de la sala de partos un médico con mascarilla y dijo al enfermero que hacía las extracciones:

—¿Y la sangre? ¿Dónde está la sangre?

—No se corresponden los grupos —dijo el hombre.

—Tráemela cuanto antes —gritó el médico—. La paciente se está

quedando sin pulso.

Youqing volvió a hablar con el profesor.

—¿No me toca ya? —le preguntó.

—Pasa —le dijo el profesor después de echarle una ojeada.

La sangre de Youqing resultó ser del grupo que necesitaban. Mi hijo estaba tan contento que se le puso la cara toda colorada. Salió a la puerta y anunció:

—¡Van a sacarme sangre!

Por sacarle un poco de sangre no pasaba nada. Pero los médicos del hospital, para salvar a la mujer del jefe de distrito, empezaron a sacarle y ya no pararon. De tanto sacarle sangre, se puso pálido, pero él aguantó sin decir nada. Sólo cuando ya se le pusieron blancos los labios dijo temblando:

—Me estoy mareando.

—Todo el mundo se marea cuando le sacan sangre —le dijo el enfermero.

Youqing ya estaba mal, pero entonces salió un médico diciendo que esa sangre no bastaba. El enfermero, que era un cabronazo hijo de puta, por poco deja seco a mi hijo. Youqing ya tenía los labios azules, pero él siguió dale que te pego. Sólo cuando la cabeza de Youqing cayó a un lado, el tipo se asustó y fue a llamar al médico. El doctor se agachó a su lado y lo auscultó.

—No tiene ni latidos —dijo.

Pero tampoco le dio mayor importancia. Se limitó a echar una bronca al enfermero.

—¡Eres un inútil! —le dijo, y volvió a entrar en la sala de partos a salvar a la mujer del jefe de distrito.

Esa tarde, antes de terminar el trabajo, un niño de la aldea de al lado, compañero de clase de Youqing, vino corriendo como una bala, se paró delante de nosotros y gritó a voz en cuello:

—¿Quién es el padre de Xu Youqing?

Al oírlo, me dio un vuelco el corazón. Estaba preguntándome qué le podía haber pasado a Youqing cuando el niño gritó:

—¿Y su madre?

—Yo soy el padre de Youqing.

—Es verdad, es usted —dijo limpiándose la nariz, después de mirarme—. Vino una vez a la escuela… Xu Youqing se está muriendo —añadió cuando yo ya sentía el corazón como si se me fuera a salir.

Inmediatamente se me nubló la vista.

—¿Qué dices? —pregunté al niño.

—Que vaya corriendo al hospital, que Xu Youqing se está muriendo.

Tiré la azada y eché a correr hacia la ciudad, aturdido y con el corazón en un puño. Pensé en lo bien que estaba Youqing a mediodía, cuando se marchó a la escuela, y ahora me decían que se estaba muriendo. Llegué corriendo al hospital, con la cabeza zumbándome, y agarré al primer médico que vi.

—¿Y mi hijo?

El médico me miró.

—¿Y cómo sé yo quién es su hijo?

Yo me quedé atontado. Pensé: «Igual me he equivocado, ¡ojalá!»

—Me han dicho que mi hijo se estaba muriendo —expliqué—, y que viniera al hospital.

El médico, que ya se iba, se detuvo.

—¿Cómo se llama su hijo? —me preguntó mirándome.

—Youqing —dije.

Señaló la última habitación del pasillo.

—Pregunte allí —dijo.

Corrí a esa habitación. Dentro había un médico escribiendo algo.

—Doctor —pregunté con el corazón retumbándome—, ¿vive aún mi hijo?

El médico levantó la cabeza y me miró un buen rato.

—¿Se refiere a Xu Youqing? —preguntó.

Me apresuré a decirle que sí.

—¿Cuántos hijos varones tiene? —volvió a preguntar.

Inmediatamente me flaquearon las piernas y me eché a temblar.

—Sólo uno —le dije—, por favor, tenga piedad, sálvelo.

El médico asintió, como diciendo que sí, pero entonces volvió a preguntar:

—¿Por qué sólo ha tenido un hijo?

¿Qué iba yo a contestar a eso? Me irrité.

—¿Vive mi hijo, si o no? —le pregunté.

—No, ha muerto —contestó él moviendo la cabeza.

De repente, dejé de ver al médico, se me nubló el entendimiento, sentí las lágrimas caer. Sólo al cabo de un rato fui capaz de preguntarle:

—¿Dónde está mi hijo?

Youqing estaba solo, en una habitación pequeña, tendido en una cama de ladrillos. Cuando entré, todavía no había oscurecido, y lo vi allí estirado, tan flaco y tan menudo; llevaba puesta la última ropa que le había hecho Jiazhen. Tenía los ojos cerrados, y la boca también, muy apretada. Lo llamé: «¡Youqing! ¡Youqing!» varias veces, pero no se movió, y me di cuenta de que estaba muerto de verdad. Abracé a mi hijo, pero el cuerpo de Youqing ya estaba rígido. A mediodía, cuando salió hacia la escuela, estaba vivito y coleando, y al atardecer ya estaba tieso. Por mucho que lo pensara no lo entendía: tenían que ser dos niños distintos. Lo miré, le acaricié esos hombros flacuchos: sí, era mi hijo. Lloré a lágrima viva, ni siquiera me di cuenta de que llegó el profesor de educación física. Al ver a Youqing, se echó a llorar también.

—¡Quién iba a pensarlo! —decía una y otra vez—. ¡Quién iba a pensarlo!

El hombre se sentó a mi lado, y estuvimos llorando frente a frente, acariciando la cara de Youqing. Pasó mucho rato. De repente me di cuenta de que no sabía cómo había muerto mi hijo. Se lo pregunté al profesor de educación física, y fue entonces cuando me enteré de que había muerto de la sangre que le habían sacado. En ese momento me entraron ganas de matar a alguien. Solté a mi hijo y salí disparado. Entré en una sala, vi a un médico y lo agarré por el brazo. Sin preocuparme siquiera por saber quién era, le arreé un puñetazo en toda la cara. El médico cayó al suelo y se puso a gritar como un loco.

—¡Has matado a mi hijo! —rugí.

Levanté un pie para meterle una patada, pero alguien me lo impidió. Me volví, y era el profesor de educación física.

—¡Suéltame! —le dije.

—No haga locuras —dijo él.

—¡Lo voy a matar! —dije.

El profesor de educación física me tenía agarrado, y yo no lograba deshacerme de él.

—¡Ya sé que le tenía cariño a Youqing! ¡Suélteme! —le supliqué llorando.

Pero el profesor de educación física siguió sujetándome. No tuve más remedio que darle codazos con todas mis fuerzas. Cuando el médico se puso de pie y salió corriendo, nos rodeó mucha gente. Vi que entre ellos había dos médicos.

—Por favor, suélteme —dije al profesor de educación física.

El hombre era muy fuerte. Mientras me tuviera sujeto, yo no podía

moverme. Yo iba arreándole codazos, pero a él no parecían dolerle.

—No haga locuras —me decía una y otra vez.

En ese momento, vino un hombre con traje Sun Yat—sen[14] y le dijo al profesor de educación física que me soltara.

—¿Es usted el padre de Youqing?

No le hice ni caso. En cuanto me soltó el profesor de educación física, me abalancé sobre uno de los médicos, pero él dio media vuelta y huyó. Oí que alguien llamaba «jefe de distrito» al hombre del traje Sun Yat—sen. Pensé: «¡Así que él es el jefe de distrito!» y que su mujer le había robado la vida a mi hijo. Levanté un pie y le arreé un patadón en la barriga. Él lanzó un gemido y cayó de culo al suelo. El profesor de educación física volvió a sujetarme.

—¡Es el jefe de distrito Liu! —me gritó.

—¡A ése es a quien quiero matar! —dije yo.

Levanté el pie para volver a darle, pero el jefe de distrito me preguntó de repente:

—¿No eres Fugui?

—¡Te voy a matar hoy mismo como sea! —le solté.

El jefe de distrito se levantó del suelo.

—Fugui —me dijo—, soy Chunsheng.

Cuando me dijo eso, me quedé helado. Estuve mirándolo un buen rato y, cuanto más lo miraba, más lo reconocía.

—¡Eres Chunsheng! —dije.

Él se acercó y también me estuvo mirando.

—¡Eres Fugui! —dijo.

Al ver a Chunsheng, me calmé bastante.

—Chunsheng —le dije llorando—, ¡cómo has crecido y engordado!

Sus ojos también se le pusieron rojos.

—Fugui, creí que habías muerto.

—No —dije moviendo la cabeza.

—¡Y yo que creí que habías muerto, como Lao Quan!

Nada más mencionar él a Lao Quan, nos echamos los dos a llorar desconsoladamente.

—¿Encontraste alguna torta? —le pregunté después del llanto.

—No —dijo él secándose los ojos—, ¿todavía te acuerdas? Cuando salí a buscarlas caí prisionero.

—¿Comiste panecillos al vapor? —le pregunté.

—Sí —me dijo él.

Los dos nos pusimos a reír. Pero, mientras reía, recordé a mi hijo muerto. Me froté los ojos y lloré de nuevo. Chunsheng me puso una mano en el hombro.

—Chunsheng —le dije—, mi hijo ha muerto. Era mi único varón.

—¿Cómo puede ser que sea precisamente tu hijo? —dijo él suspirando.

Recordé que Youqing seguía allí solo, estirado, en esa habitacioncita, y se me partió el corazón.

—Quiero ver a mi hijo.

Ya no tenía ganas de matar a nadie. Cómo iba a pensar que aparecería de repente Chunsheng. Antes de salir, me volví hacia él.

—Chunsheng —le dije—, me debes una vida. En la próxima reencarnación, tendrás que devolvérmela.

Esa noche volví a casa con Youqing en brazos, andando y parándome, parándome y andando. Cuando me cansaba de llevarlo en brazos, lo llevaba a la espalda. Pero, en cuanto lo cargaba a la espalda, me entraba congoja y lo volvía a coger en brazos. No podía dejar de mirar a mi hijo. Cuando vi que me acercaba al pueblo, me fui sintiendo cada vez peor, pensando en cómo iba a decírselo a Jiazhen. Muerto Youqing, Jiazhen no viviría mucho más, con lo enferma que estaba. Me senté en uno de los senderos de los bancales que había a la entrada del pueblo y me puse a Youqing sobre las rodillas. Al verlo no pude evitar echarme a llorar, pero al cabo de un rato volví a pensar en cómo decírselo a Jiazhen. Después de mucho pensarlo, decidí que lo mejor sería ocultárselo de momento. Dejé a Youqing allí mismo y volví a casa a buscar una azada sin que nadie me viera. Luego cogí a Youqing en brazos y lo llevé ante las tumbas de mis padres, y allí cavé un hoyo.

Quería enterrar a Youqing, pero al mismo tiempo me resistía a separarme de él. Me senté delante de las tumbas de mis padres, con Youqing en brazos, sin querer soltarlo. Puse su cara contra mi cuello. Parecía helada, la sentía en mi cuello, fría como la nieve. El viento nocturno soplaba en las hojas de los árboles, susurran do, y el cuerpo de Youqing se empapó de rocío. Yo no paraba de pensar en cómo se había ido corriendo a mediodía, con la cartera balanceándosele a la espalda. Pensando en que Youqing ya nunca más volvería a hablar, ya nunca más volvería a correr con los zapatos en las manos, me dolía el corazón, tanto que ya no podía ni llorar. Así estuve sentado hasta que vi que iba a amanecer, y que no me quedaba más remedio que enterrarlo. Así que me quité la chaqueta, le arranqué las mangas para cubrir los ojos de

Youqing y con el resto lo envolví, antes de meterlo en el hoyo.

—Va a venir Youqing —dije a las tumbas de mis padres—, tratádmelo bien. Mientras vivió, yo lo traté mal, así que dadle mucho cariño por mí.

Una vez tendido en el hoyo, Youqing se veía cada vez más menudo, no parecía haber vivido trece años; parecía más bien recién nacido. Fui echándole la tierra con las manos, sacando las piedrecitas para que no se le clavaran y le hicieran daño. Cuando terminé de enterrar a Youqing, empezaba a clarear, y yo me puse lentamente de camino a casa, volviéndome atrás cada dos por tres. Cuando llegué a la puerta de casa y pensé que ya no vería más a mi hijo, no pude evitar echarme a llorar, y me agaché tapándome la boca para que no me oyera Jiazhen. Allí estuve en cuclillas mucho rato, hasta oí las llamadas al trabajo. Sólo entonces me levanté y entré en casa. Fengxia estaba junto a la puerta, mirándome con los ojos muy abiertos, sin saber que su hermanito había muerto. Cuando vino el niño de la aldea vecina a avisar, ella también estaba, pero no lo vio. Jiazhen me llamó desde la cama.

—Youqing se ha encontrado mal —le dije acercándome a ella—, está en el hospital.

Jiazhen pareció creerme.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—No sabría decirte. Estaba en clase y, de repente, se desmayó, lo mandaron al hospital, y dijo el médico que tardaría varios días en recuperarse.

Jiazhen se entristeció, y se le saltaron las lágrimas.

—Es el cansancio —dijo—, es culpa mía, por la carga que soy.

—No —dije—, el cansancio no produce esas cosas.

—Tienes los ojos hinchados —me dijo después de mirarme.

—Sí —dije asintiendo—, no he dormido en toda la noche.

Me apresuré a salir de nuevo. Youqing estaba recién enterrado, sus restos aún estaban intactos. No sabía cómo aguantaría si seguía engañando así a Jiazhen.

Los días siguientes trabajaba todo el día en el campo y, al anochecer, decía a Jiazhen que me iba a la ciudad a ver si Youqing estaba mejor. Caminaba lentamente hacia la ciudad, hasta que oscureciera del todo, entonces desandaba hasta la tumba de Youqing, y allí me sentaba. La noche era negrísima, el viento me soplaba en la cara. Me ponía a hablar con mi hijo, y mi voz, que iba y venía flotando, no parecía ni mía. Me quedaba allí hasta muy entrada la noche, y luego

volvía a casa. Los primeros días, Jiazhen me esperaba despierta y me preguntaba por Youqing. Yo me inventaba cualquier cosa para mantenerla engañada. Al cabo de unos días, cuando volvía a casa, Jiazhen ya estaba dormida, allí tumbada con los ojos cerrados. Yo sabía que seguir engañándola tampoco era una solución, pero no podía hacer otra cosa: un día era un día, aunque fuera de engaño, y mientras Jiazhen creyera que Youqing estaba vivo, todo iba bien.

Una noche, volví de la tumba de Youqing, entré en casa y me acosté junto a Jiazhen. Ella, que parecía dormida, me dijo de repente:

—Fugui, no me queda mucho más de vida.

Me dio un vuelco el corazón. La acaricié, y vi que tenía la cara cubierta de lágrimas.

—Tienes que cuidar bien de Fengxia —me dijo—, es la que más me preocupa.

No mencionó a Youqing, y en ese momento me entró pánico. Quise decirle algo para consolarla, pero ni siquiera fui capaz.

A la tarde siguiente, dije a Jiazhen lo mismo de todos los días, que me iba a la ciudad a ver a Youqing. Jiazhen me pidió que no fuera, que la llevara a la espalda a dar una vuelta por el pueblo. Dije a Fengxia que cogiera en brazos a su madre y la pusiera a mi espalda. El cuerpo de Jiazhen era cada vez más ligero, estaba en los huesos.

—Me gustaría ir al oeste del pueblo —dijo nada más salir.

Allí era donde estaba enterrado Youqing. Le dije que sí, pero mis piernas se negaron a ir hacia allí. Andando, andando, llegamos a la parte oeste del pueblo.

—Fugui —me dijo Jiazhen con suavidad—, no me engañes más, ya sé que Youqing está muerto.

Cuando lo oí, me quedé parado, sin poder avanzar. Las piernas empezaron a fallarme. Sentí la nuca cada vez más húmeda, y supe que eran las lágrimas de Jiazhen.

—Llévame a ver a Youqing —me dijo.

Ya no podía seguir engañándola, así que la llevé a la parte oeste.

—Oí cada noche cómo volvías del oeste del pueblo —me dijo en voz baja—, y comprendí que Youqing había muerto.

Cuando llegamos a la tumba de Youqing, Jiazhen me pidió que la soltara. Ella se lanzó sobre la tumba de nuestro hijo, llorando a lágrima viva, con las manos sobre la sepultura como si quisiera acariciarlo. Pero no tenía ninguna fuerza, y sólo pudo mover un poquito los dedos. Viéndola así sentí que la congoja me oprimía el corazón. No tenía que

haber enterrado a Youqing a escondidas, sin dejar que Jiazhen le echara ni una última mirada.

Jiazhen se quedó sobre la tumba hasta que se hizo de noche. Temí que el sereno le hiciera daño, y la subí a la fuerza a mi espalda. Ella me pidió que la llevara a la entrada del pueblo, y allí me empapó el cuello de la chaqueta.

—Youqing ya no correrá por este camino —dijo llorando.

Me quedé mirando el camino, que iba serpenteando hacia la ciudad. Ya no resonarían allí los pasos de mi hijo.

A la luz de la luna, el camino parecía cubierto de sal.

* * *

Esa tarde estuve todo el rato con el anciano. Cuando el buey y él, después de haber descansado lo suficiente, bajaron de nuevo al campo, ni se me pasó por la cabeza irme, y me quedé aguardándolo, debajo del árbol, como un centinela.

En ese momento, se oía a ratos las voces de los agricultores trabajando. Donde más animación había era en el sendero de un bancal cercano. Dos hombres fuertes y robustos levantaban el cubo de té, compitiendo a ver quién bebía más. Los jóvenes que los rodeaban iban gritando y jaleando, encantados de su papel de mirones y de no estar en el lugar de los contrincantes. Fugui, en comparación, parecía muy solo. En el arrozal que tenía al lado, dos mujeres con pañuelo en la cabeza trasplantaban arroz. Iban hablando de un hombre a quien yo no conocía de nada. Al parecer, se trataba de un hombre alto y fuerte, que debía de ganar más dinero que nadie en el pueblo. Por lo que iban diciendo, supe que trabajaba de mozo de carga allá en la ciudad. Una de las mujeres se enderezó y se masajeó la espalda con los puños.

—Del dinero que gana —la oí decir— dedica la mitad a su mujer y la mitad a otra.

—Uno siempre tiene que recordar cuatro cosas —interrumpió en ese momento Fugui, acercándose a ellas apoyado en el arado—: no equivocarse al hablar, no equivocarse de cama, no equivocarse de puerta, no equivocarse de bolsillo —una vez junto a ellas, ladeó la cabeza—. Y él ha olvidado la segunda: se ha equivocado de cama.

En cuanto las mujeres se echaron a reír, vi el semblante satisfecho de Fugui. Llamó al buey, y vio que yo también me reía.

—Son reglas que hay que seguir en la vida.

Luego volvimos a sentarnos los dos bajo el árbol. Le pedí que siguiera contándome su historia, y me miró con cierto agradecimiento, como si yo estuviera haciendo algo por él. Se mostraba feliz de que alguien diera esa importancia a su vida.

Yo creí que, muerto Youqing, Jiazhen no viviría mucho más. Y durante un tiempo estuvo fatal, tumbada en la cama, jadeando, con los ojos medio cerrados todo el día, sin querer comer. Teníamos que sostenerla Fengxia y yo cada vez, y meterle a la fuerza la sopa en la boca. No tenía más que la piel y los huesos, así que sostenerla era como sostener una brazada de leña.

El jefe de equipo vino un par de veces a casa. Al ver cómo estaba Jiazhen, no hacía más que mover la cabeza.

—Me temo que esto se acaba —dijo una vez llevándome aparte.

Al oírlo, se me cayó el alma a los pies. No hacía ni quince días de la muerte de Youqing, y ahora también se me iba a ir Jiazhen. Faltando de repente dos miembros de la familia, la vida iba a hacerse muy difícil. Es como si a una olla le quitaras la mitad: ya no es una olla, y la familia ya no es una familia.

El jefe de equipo dijo que iría al ambulatorio de la comuna a pedir que viniera un médico a visitarla. Y la verdad es que cumplió: fue a una reunión de la comuna y, a la vuelta, trajo a un médico. El médico era muy flaco y llevaba gafas. Me preguntó qué tenía Jiazhen.

—Raquitismo —le dije.

El médico asintió, se sentó al borde de la cama y tomó el pulso a Jiazhen. Vi que, mientras, iba hablando con ella. Al oír que alguien le hablaba, Jiazhen se limitó a abrir los ojos, sin contestar. A saber por qué, el médico no le encontró el pulso, y pareció asustado. Entonces le levantó los párpados. Luego le sujetó la muñeca con una mano, y con la otra le tomó el pulso, inclinando la cabeza como si tratara de oírlo.

—Tiene el pulso tan débil que casi no se siente —dijo levantándose al cabo de un rato—. Prepárese para lo peor —añadió.

Un médico es capaz de destrozarle a uno la vida con una sola frase. Estuve a punto de desplomarme.

—¿Cuánto puede vivir mi mujer? —le pregunté saliendo tras él.

—No llegará a un mes —dijo él—. Con esa enfermedad, en cuanto la parálisis se extiende a todo el cuerpo, poco puede durar.

Esa noche, cuando se quedaron dormidas Jiazhen y Fengxia, me quedé sentado yo solo en el quicio de la puerta, hasta que estuvo a punto de amanecer; primero llorando desconsolado, y luego pensando en el pasado. Pensando en eso se me volvieron a saltar las lágrimas. ¡Qué rápido había pasado el tiempo! Fue casarse conmigo, y Jiazhen ya no tuvo un solo día feliz. Y en un abrir y cerrar de ojos, ya le había llegado la hora de irse. Luego pensé que tanto llorar y tanto sufrir no servía para nada. En un momento como ése, no quedaba más remedio que pensar en cosas prácticas, tenía que preparar un funeral decente para Jiazhen.

El jefe de equipo era buena persona.

—Fugui —me dijo al verme así—, no te lo tomes tan mal. Todos tenemos que morir. Por ahora no pienses en nada, basta con que Jiazhen pase a gusto sus últimos días. Elige la tierra que quieras de este pueblo para su tumba.

En realidad, en ese momento yo ya estaba más sereno.

—Jiazhen quiere estar con Youqing. Tienen que estar enterrados en el mismo sitio.

Había enterrado al pobre Youqing envuelto en una chaqueta. A Jiazhen no podía enterrarla así. Por humildes que fuéramos, tenía que darle un ataúd. Si no, no podría con mi conciencia. Si Jiazhen se hubiera casado con otro, no habría sufrido conmigo, ni se habría cansado tanto, ni habría enfermado así. Fui por todo el pueblo, de casa en casa, pidiendo dinero prestado. No sé qué me pasaba, que en cuanto decía que era para el ataúd de Jiazhen se me saltaban las lágrimas. Todo el mundo era pobre, así que el dinero que recogí no bastaba para un ataúd. Al final, el jefe de equipo reunió algo de dinero de los fondos públicos y pude hacer venir al carpintero del pueblo de al lado.

Al principio, Fengxia no sabía que su madre estaba a punto de morir, pero vio que, en cuanto yo tenía un momento, me iba corriendo al antiguo cobertizo para ganado del pueblo, donde estaba trabajando el carpintero. Cuando iba allí, me quedaba un buen rato, hasta me olvidaba de comer. Fengxia venía a llamarme y, al cabo de varias veces, vio que la madera iba tomando forma de ataúd. Sólo entonces empezó a darse cuenta de algo. Me preguntó por señas qué era, con los ojos muy abiertos. Pensé que Fengxia tenía que enterarse, y se lo dije.

La cría se puso a mover la cabeza sin parar, yo sabía lo que quería decir, y le expliqué por señas que era para Jiazhen, para cuando Jiazhen muriera. Fengxia seguía moviendo la cabeza. Me tiró de la manga para volver a casa. Cuando llegamos, sin soltarme, Fengxia tocó en hombro a Jiazhen, y Jiazhen abrió los ojos. Entonces la niña me sacudió con fuerza el brazo, para que viera que su madre estaba vivita y coleando. Luego levantó el brazo derecho y lo dejó caer como dando un hachazo: quería que destrozara el ataúd.

A Fengxia ni se le había pasado por la cabeza siquiera que su madre fuera a morir. Ni aun explicándoselo como lo hice se lo creyó. Viéndola, sólo pude bajar la cabeza y dejar de hacerle señas.

Jiazhen estuvo veinte días en cama. A veces, parecía encontrarse un poco mejor, y a veces yo volvía a pensar que estaba a punto de írsenos. Al final, una noche, cuando me acosté a su lado y me disponía a apagar la luz, Jiazhen levantó de repente un brazo y me tiró de la manga para que no apagara. Tenía la voz tan débil como el zumbido de un mosquito. Quería que la colocara de lado. Esa noche, mi mujer estuvo mirándome y remirándome, y me llamó muchas veces:

—Fugui…

Luego sonrió y cerró los ojos. Al cabo de un rato, volvió a abrirlos.

—¿Está durmiendo bien Fengxia? —me preguntó.

Me incorporé a mirar.

—Está dormida.

Esa noche, Jiazhen estuvo diciendo muchas cosas sueltas, hasta que se durmió de puro cansancio. Yo, en cambio, no pude dormir de ninguna manera, estaba hecho un lío. Aparentemente, Jiazhen estaba mucho mejor, pero yo tenía miedo de que fueran los últimos coletazos de los que tanto había oído hablar. Yo iba acariciándola una y otra vez, y me tranquilizó un poco notar que estaba caliente.

Cuando me levanté al día siguiente, Jiazhen todavía dormía. Pensé que la noche anterior se había dormido tarde, y no la desperté. Fengxia y yo tomamos algo de sopa de arroz antes de salir a trabajar. Ese día acabamos temprano y, cuando volvimos a casa, me pegué un susto: ¡Jiazhen estaba sentada encima de la cama! ¡Se había sentado sola!

—Fugui —me dijo en voz baja al vernos entrar—, tengo hambre, hazme un poco de sopa de arroz.

Me quedé pasmado un buen rato, ¿cómo iba a pensar que Jiazhen se pondría bien? Volvió a llamarme, y sólo entonces reaccioné, llorando a lágrima viva.

—Es gracias a ti —dije a Fengxia olvidando que no me oía—. Es gracias a que piensas de corazón que tu madre no va a morir.

Cuando alguien tiene hambre, es buena señal. Al cabo de un tiempo, Jiazhen pudo hacer algunas labores de aguja sentada en la cama. Si seguía así, Jiazhen quizá podría levantarse algún día y andar. Por fin pude librarme de la preocupación. Pero en cuanto uno se queda tranquilo, viene la enfermedad. En realidad, la enfermedad me había encontrado hacía tiempo. Pero, al morir Youqing, Jiazhen también pareció estar a punto de irse, de modo que no pude ocuparme de mí, y no me di cuenta. Cuando Jiazhen, en contra de lo que había dicho el médico, empezó a mejorar poco a poco, yo fui teniendo cada vez más vértigos, hasta que un día estaba yo trasplantando brotes de arroz, me desmayé y me llevaron a casa. Sólo entonces me di cuenta de que estaba enfermo.

Al enfermar yo, Fengxia llevó una vida muy dura. Con dos personas en cama, tenía que atendernos y, al mismo tiempo, ir al campo a ganar puntos de trabajo. Al cabo de unos días, viendo que Fengxia estaba realmente demasiado cansada, le dije a Jiazhen que me encontraba mucho mejor y fui a trabajar sin poder con el alma. Los del pueblo, al

verme, se quedaron asustados.

—Fugui —dijeron—, se te ha puesto todo el pelo blanco.

—Ya lo estaba —dije yo riendo.

—Antes sólo lo estaba a medias —dijeron ellos—, pero en unos días se te ha puesto blanco del todo.

En esos pocos días, había envejecido mucho, y ya no volví a tener la fuerza de antes. Al trabajar me dolían los riñones, la espalda, y apenas me esforzaba un poco, ya estaba cubierto de sudor de pura debilidad.

Al mes y pico de morir Youqing, vino Chunsheng. Ya no se llamaba Chunsheng, sino Liu Jiefang.[15] Los demás lo llamaban «jefe de distrito Liu», pero yo seguía llamándolo Chunsheng. Me contó que, cuando cayó prisionero, se enroló en el Ejército de Liberación, y estuvo luchando en sus filas hasta llegar a Fujian. Luego se fue a la guerra de Corea. Chunsheng tuvo suerte, fue de guerra en guerra y no lo mataron. Después de la guerra de Corea, cambió de oficio y fue destinado a un distrito cercano. El año en que murió Youqing, él acababa de llegar a nuestro distrito.

Cuando vino Chunsheng, estábamos todos en casa.

—¡Fugui! —venía anunciando el jefe de equipo desde el camino—. ¡El jefe de distrito Liu viene a hacerte una visita!

—Es Chunsheng —le dije a Jiazhen en cuanto entraron en casa—. Chunsheng está aquí.

Cómo iba a saber que, al oírlo, se echaría a llorar.

—¡Fuera de aquí! —gritó volviéndose bruscamente hacia él.

Al pronto me quedé helado.

—¿Cómo puedes hablar así al jefe de distrito Liu? —preguntó el jefe de equipo, irritado.

Pero a Jiazhen le importó bien poco.

—¡Devuélveme a mi Youqing! —le gritó entre lágrimas.

Chunsheng movió la cabeza disgustado.

—Acepta este pequeño detalle —dijo a Jiazhen, ofreciéndole un dinero.

Jiazhen ni lo miró siquiera.

—¡Vete! ¡Fuera de aquí! —le gritó con todas sus fuerzas.

El jefe de equipo corrió a ponerse entre ella y Chunsheng.

—Jiazhen —le dijo a ella—, estás confundida. Youqing murió por accidente, el jefe de distrito Liu no le hizo nada.

Viendo que Jiazhen no quería aceptar el dinero, me lo dio a mí.

—Fugui, quédatelo, te lo suplico.

Viendo cómo se había puesto Jiazhen ¿cómo iba a coger el dinero? Entonces Chunsheng me lo metió en la mano, y la furia de Jiazhen se volvió inmediatamente contra mí.

—¿Eso es lo que vale tu hijo? —me gritó—. ¿Doscientos yuanes?

Enseguida volví a poner el dinero en la mano de Chunsheng. Después de que Jiazhen lo echara esa vez, Chunsheng volvió dos veces más, pero Jiazhen no quiso saber nada de dejarlo entrar. Las mujeres son de ideas fijas, cuando se les mete en la cabeza que una cosa es así y no de otra manera, no hay forma de hacerlas cambiar de opinión. Acompañé a Chunsheng hasta la entrada del pueblo.

—Chunsheng —le dije—, no vuelvas más por aquí.

Él asintió y se fue. Pasaron años antes de que volviera a verlo. No vino más hasta la época de la Revolución Cultural.

Cuando estalló la Revolución Cultural en la ciudad, las calles estaban abarrotadas de gente, cada día había peleas, incluso muertes. En el pueblo no nos atrevíamos a ir a la ciudad. En comparación con la ciudad, el pueblo era mucho más tranquilo. Todo seguía igual que antes. Lo único es que por las noches no había quien durmiera de un tirón. Las últimas directivas supremas del presidente Mao siempre llegaban a las tantas, y el jefe de equipo salía a la era a tocar el silbato. Nada más oírlo, todo el mundo se levantaba a toda prisa y acudía a la era a oír la radio.

—¡Todo el mundo a la era! —ordenaba el jefe de equipo—. ¡El venerable presidente Mao va a darnos sus instrucciones!

Nosotros éramos gente del pueblo llano, los asuntos del Estado no es que no nos importaran, pero no los entendíamos. Nosotros obedecíamos al jefe de equipo, y el jefe de equipo obedecía a sus superiores. Lo que dijeran los superiores era lo que nosotros pensábamos y hacíamos. Lo que más nos preocupaba a Jiazhen y a mí era Fengxia. Ya no era una niña, había que buscarle marido. Fengxia se parecía mucho a Jiazhen de joven. De no ser por la enfermedad que había tenido de pequeña, hacía ya tiempo que la casamentera habría dejado la madera del umbral completamente desgastada. Yo tenía cada vez menos fuerza, y la enfermedad de Jiazhen no tenía pinta de ir a curarse nunca del todo. Habíamos vivido muchas cosas, y ya estábamos maduros, y algún día caeríamos, como cae del árbol la pera cuando llega el momento. Pero no dejábamos de inquietarnos por Fengxia. No

era como las demás y, cuando envejeciera, ¿quién iba a cuidar de ella?

Fengxia era sorda y era muda, desde luego, pero era una mujer, y seguro que sabía que casarse es ley de vida. En el pueblo, cada año había casamientos, y todo el jaleo de gongs y tambores. En esos momentos, Fengxia se quedaba apoyada en la azada, mirando, embobada, y había mozos del pueblo que la señalaban y se reían de ella.

Cuando tomó esposa el tercer hijo de los Wang, todo el mundo decía que la novia era guapísima. El día de la boda, cuando la trajeron al pueblo, con su chaqueta acolchada escarlata, iba riéndose sin parar. Yo la estuve mirando desde el bancal, toda de rojo de pies a cabeza, con esas mejillas coloradas, estaba muy bonita.

Todos los que trabajábamos en los campos corrimos a verla llegar. El novio sacó un paquete de cigarrillos Caballo Volador para ofrecerlos a los mayores.

—¡Nosotros también! —gritaron unos cuantos jóvenes que estaban a un lado—. ¡Nosotros también!

El novio, con su mejor sonrisa, volvió a guardarse los cigarrillos en el bolsillo, pero los jóvenes se abalanzaron sobre él para quitárselos.

—Te llevas a una mujer a la cama —le gritaron—, ¡y no nos das ni un pitillo!

El novio se agarró el bolsillo con todas sus fuerzas, pero ellos le abrieron los dedos a la fuerza. Cuando le sacaron el paquete, se fueron corriendo, el que lo llevaba levantándolo al aire, y los demás tras él, hasta uno de los senderos.

Los jóvenes que quedaban rodearon a la novia y, entre risas y bromas, seguro que le dijeron más de una burrada, porque ella no hacía más que reírse bajando la cabeza. A las mujeres, el día en que se casan, todo les parece bien, vean lo que vean, oigan lo que oigan.

Fengxia estaba en el campo. Al ver todo eso, se quedó embobada, mirando sin pestañear siquiera, con la azada cogida contra el pecho, sin mover ni un pelo. Yo estaba a un lado, y me daba pena verla. Pensaba: «Si quiere mirarlo, que mire y disfrute.» Llevaba una vida dura, y los pocos momentos de felicidad que tenía la pobre eran ésos, cuando veía una novia casarse. De repente, después de tanto mirar y mirar, acabó yendo hacia allá. Se acercó a la novia, le sonrió como una boba y se fue con ella. Entonces sí que esos jóvenes se murieron de risa: mi Fengxia, con la ropa toda llena de parches y remiendos, andando junto a la novia, que iba tan bien vestida y arreglada, y encima era guapa.

Comparada con ella, mi Fengxia tenía una pinta tan miserable que daba lástima. A pesar de no ir maquillada, estaba tan colorada como la novia, y la iba mirando sin parar.

—¡Fengxia quiere un hombre! —decían esos jóvenes a voces, riéndose.

Esos comentarios a la ligera los aguanté bien, pero al cabo de un rato, empecé a oír groserías.

—Fengxia le ha echado el ojo a tu cama —dijo uno a la novia.

Al ir Fengxia a su lado, la novia había dejado de sonreír: la despreciaba.

—¡Sí que te han salido bien las cuentas, puñetero! —dijo otro al novio—. ¡De una boda, dos mujeres! ¡Debajo te pones una, y encima la otra!

El novio se echó a reír, y la novia ya no aguantó más. Sin importarle saber que cuando una mujer se casa tiene que ser mínimamente tímida, se puso chula y le gritó al novio:

—¡De qué coño te ríes!

No pude soportar más lo que estaba pasando, así que me subí al sendero y les solté:

—¿Cómo podéis portaros así? ¡Si queréis meteros con alguien, no os metáis con Fengxia, meteos conmigo!

Agarré a mi hija por el brazo y me la llevé a casa. Fengxia era lista. Al ver la cara que llevaba yo, se dio cuenta de que allí había pasado algo, así que bajó la cabeza y me siguió sin rechistar, pero al llegar a casa estaba llorando.

Luego estuvimos hablando Jiazhen y yo de que teníamos que buscar un marido para Fengxia como fuera. Nosotros moriríamos antes que ella, y ella se encargaría de enterrarnos. Pero si las cosas seguían así, cuando muriera ella, no tendría ni quien la enterrara. Y ¿quién iba a querer casarse con ella?

Jiazhen dijo que pidiéramos ayuda al jefe de equipo, él conocía a mucha gente de fuera, que se informara, quién sabe, igual resultaba que había alguien que quisiera a nuestra Fengxia. Así que fui a hablar con el jefe de equipo.

—Pues tienes razón —dijo después de escucharme—, Fengxia debería casarse. Lo malo es que no es fácil encontrar a alguien que valga.

—Aunque sea un manco o un cojo. Mientras quiera casarse con Fengxia, nosotros se la damos.

Enseguida lamenté lo que había dicho. Fengxia no era inferior a las demás en nada, lo único es que no hablaba. Cuando volví a casa y se lo conté a Jiazhen, ella también lo lamentó. Estuvo un buen rato sentada en la cama, sin hablar.

—Tal como están las cosas —dijo al final con un suspiro—, no queda otra solución.

Al cabo de no mucho tiempo, el jefe de equipo encontró un hombre para Fengxia. Ese día estaba yo abonando el huerto.

—Fugui —dijo el jefe de equipo acercándose—, he encontrado marido para Fengxia. Es de la capital del distrito, es mozo de carga, y gana mucho dinero.

Las condiciones me parecieron demasiado buenas para ser verdad. Pensé que el jefe de equipo me estaba tomando el pelo.

—Jefe —le dije—, no bromee con esto.

—No es broma —dijo—, se llama Wan Erxi. Es cabiztuerto, lleva la cabeza apoyada en el hombro y no hay manera de que la levante.

A oír eso, ya me lo creí.

—Dígale cuanto antes que venga a ver a Fengxia —le dije enseguida.

En cuanto se fue, tiré al suelo el cacillo de abonar y corrí al chamizo.

—¡Jiazhen! —gritaba antes de llegar—, ¡Jiazhen!

Estaba sentada en la cama y creyó que había pasado algo malo, así que, cuando entré, me miró con ansiedad.

—¡Ya tenemos hombre para Fengxia! —le dije.

Jiazhen suspiró aliviada.

—¡Qué susto me has dado! —dijo.

—¡No es cojo ni manco, y es de la ciudad!

Y al decirlo me eché a llorar a lágrima viva. A Jiazhen, que al principio sonreía, al verme llorar, se le sallaron las lágrimas. Después de un rato de alegría, preguntó:

—Siendo de tan buena condición, ¿querrá a Fengxia?

—Ese hombre es cabiztuerto —le dije.

Entonces Jiazhen se quedó más tranquila. Esa noche, Jiazhen me pidió que sacara vestidos de años atrás, y con ellos hizo ropa para Fengxia.

—Fengxia tendrá que arreglarse un poco, que el hombre vendrá a ver a su futura esposa.

No pasaron ni tres días cuando vino Wan Erxi. Era realmente cabiztuerto. Al verme, levantó el hombro izquierdo y luego repitió el gesto para saludar a Fengxia y a Jiazhen. Nada más ver el aspecto que tenía, Fengxia sonrió de oreja a oreja.

Wan Erxi llevaba un traje Sun Yat—sen impecable. De no ser porque llevaba la cabeza ladeada sobre el hombro, tendría auténtica pinta de cargo oficial de la ciudad. Traía una botella de aguardiente y un trozo de tela estampada, y entró acompañado por el jefe de equipo. Jiazhen estaba sentada en la cama, muy bien peinada, con la ropa algo raída pero muy limpia. Yo le había puesto al pie de la cama un par de zapatos nuevos de tela. Fengxia llevaba un vestido rosa y estaba sentada, cabizbaja, junto a su madre. Jiazhen miraba risueña a su futuro yerno, muy ilusionada.

Wan Erxi dejó el aguardiente y la tela encima de la mesa, y dio una vuelta por la sala, levantando el hombro. Estaba examinando nuestra casa.

—Jefe de equipo, Erxi, siéntense —les dije.

Erxi murmuró un «hum» y se sentó en un taburete. El jefe de equipo agitó las manos.

—Yo no me quedo. Erxi, ésta es Fengxia, éstos son su padre y su madre.

Fengxia tenía las manos sobre las rodillas. Al ver que el jefe de equipo la señalaba, le sonrió. Cuando el jefe de equipo señaló a Jiazhen, Fengxia se volvió hacia ella y le sonrió.

—Jefe de equipo —dijo—, siéntese, por favor.

—No, gracias —dijo—, tengo cosas que hacer. Hablad vosotros.

El jefe de equipo dio media vuelta para irse, no hubo manera de retenerlo, así que lo acompañé afuera y volví a casa.

—Vaya gasto ha hecho, pero llevo años sin beber —dije a Erxi señalando el aguardiente que estaba encima de la mesa.

Erxi contestó con un «hum», sin decir nada, y siguió mirando y remirando la sala con el hombro levantado. Hasta me puso nervioso.

—Somos un poco pobres —dijo Jiazhen sonriendo.

Erxi soltó otro «hum» y miró a Jiazhen con el hombro levantado.

—Menos mal que aún tenemos una oveja y dos gallinas —siguió explicando Jiazhen—. Fugui y yo pensamos venderlas para el ajuar, cuando Fengxia se case.

Erxi volvió a soltar un «hum». Yo no tenía ni idea de qué estaría pensando. Al cabo de un rato, se levantó diciendo que se iba. Pensé que

el asunto había fracasado. Ni siquiera había prestado mucha atención a Fengxia, sólo había estado examinando nuestra casa destartalada. Miré a Jiazhen, y ella se esforzó en sonreír.

—No tengo fuerza en las piernas —le dijo—, no puedo levantarme.

Erxi asintió y salió.

—No se lleva los regalos de compromiso? —le pregunté.

Él dijo «hum», levantó el hombro y miró el techo de paja. Luego saludó con la cabeza y se fue.

Volví a entrar y me senté en el taburete. Pensé en todo eso y me subió cierto cabreo.

—Resulta que no puede ni levantar la cabeza —dije—, y ¡hay que ver lo tiquismiquis que es!

—No se lo podemos reprochar —dijo Jiazhen con un suspiro.

Fengxia era lista. Al ver nuestras caras, se dio cuenta de que no había gustado al hombre. Se levantó y se fue al cuarto del fondo a cambiarse y ponerse la ropa vieja. Luego se puso la azada al hombro y fue a trabajar al campo.

—¿Qué? —me preguntó el jefe de equipo esa noche—. ¿Cómo ha ido la cosa?

—Demasiado pobres —dije moviendo la cabeza—, somos demasiado pobres.

A la mañana siguiente, estaba yo arando cuando alguien me llamó.

—Fugui, mira quién viene por el camino, parece el cabiztuerto que ha pedido la mano de tu hija.

Levanté la cabeza y vi a cinco o seis hombres que venían con mucha pompa, tirando de un carretón. El único que no se daba aires era el que iba delante. Con la cabeza ladeada, andaba a toda velocidad. Nada más verlo de lejos supe que era Erxi, y me sorprendí.

—Hay que cambiar la paja del techo —me dijo al verme—. También he traído un carretón de cal para blanquear las paredes.

Miré el carretón: había cal y escobas para enlucir. Encima había una mesita cuadrada y, sobre la mesa, una cabeza de cerdo. Además, Erxi traía dos botellas de aguardiente.

Entonces comprendí que, cuando Erxi miraba y remiraba cada esquina de mi casa, no era porque despreciara nuestra pobreza. Se había fijado en todo, hasta en el almiar de delante de casa. Yo mismo llevaba tiempo queriendo cambiar la paja del techo, pero esperaba a que acabara la temporada agrícola para pedir a alguien que me ayudara.

Erxi había traído consigo a cinco hombres, había comprado carne de cerdo, y hasta aguardiente. Estaba en todo. Cuando llegaron delante de nuestra puerta, dejaron el carretón en el suelo, y Erxi entró como en su casa, con la cabeza de cerdo en una mano y la mesita en la otra. Colocó la cabeza de cerdo encima de nuestra mesa, y la mesita sobre las piernas de Jiazhen.

—Será más cómodo para comer y para lo que sea —le dijo.

A Jiazhen se le saltaron las lágrimas y todo, de la emoción. A ella también le sorprendió que viniera Erxi, con gente para cambiarnos el techo, y que esa misma noche le hubiera hecho una mesita.

—Erxi —le dijo—, estás en todo.

Erxi y los demás sacaron la mesa de casa y los taburetes, y esparcieron paja de arroz debajo de un árbol. Entonces entró y fue hasta la cama para coger a Jiazhen a cuestas. Ella agitó las manos riendo.

—¡Fugui! —dijo—. ¿Qué haces ahí parado?

Enseguida fui a coger a Jiazhen.

—Es mi mujer, y la llevo yo —le dije riendo—. A partir de ahora, tendrás que llevar a Fengxia.

Jiazhen me dio una colleja, y Erxi se rió sin parar. Llevé a Jiazhen hasta el árbol para dejarla sentada sobre la paja de arroz, apoyada en el tronco. Vi a Erxi y los demás abrir el almiar y atar la paja manojo a manojo. Erxi y otro subieron hasta arriba del todo del tejado; los otros cuatro se quedaron abajo, y así fueron cambiando la paja del techo de mi casa. Nada más verlos, me di cuenta de que los hombres que había traído Erxi estaban acostumbrados a este trabajo y que lo hacían con mucha destreza. Los de abajo levantaban los manojos de paja con una palanca y los lanzaban arriba. Erxi y el otro los iban colocando. A pesar de tener la cabeza ladeada, Erxi trabajaba como el que más. A medida que le llegaban los manojos de paja, él los lanzaba hacia arriba con el pie y los atrapaba con la mano. En nuestro pueblo no había ni un solo hombre con esa habilidad.

Antes de mediodía, ya habían acabado el trabajo del techo. Les preparé un cubo de té. Fengxia se lo iba sirviendo, corriendo sin parar de aquí para allá, muy ajetreada. Ella también estaba contenta. Al ver que de repente habían venido a casa tantos hombres trabajadores, estuvo sonriendo sin cerrar la boca ni una vez.

Mucha gente del pueblo vino a ver qué pasaba.

—¡Todavía no es tu yerno y ya os trabaja! —dijo una mujer a Jiazhen—. ¡Menuda suerte tienes!

—Erxi —le dije cuando bajó del techo—, descansa un poco.

—No estoy cansado —dijo secándose el sudor con la manga.

Levantando el hombro, volvió a mirar a su alrededor.

—¿Ese terreno es nuestro? —me preguntó al ver el huerto a la izquierda.

—Sí —le dije yo.

Entonces se metió en casa, sacó un cuchillo de cocina, fue al huerto a coger unas verduras frescas y volvió a entrar. Al poco rato, ya estaba cortando la cabeza de cerdo. Fui a impedírselo y decirle que dejara eso para Fengxia.

—No estoy cansado —volvió a decir secándose el sudor con la manga.

No me quedó más que salir a buscar a Fengxia, que estaba de pie junto a su madre. Cuando la empujé hacia casa, ella se volvía, intimidada, hacia Jiazhen. Sólo cuando Jiazhen le sonrió haciéndole señas de que entrara, se metió en el chamizo.

Jiazhen y yo estuvimos haciendo compañía a los hombres que había traído Erxi, charlando con ellos y tomando té. En un momento dado, entré en casa, y vi a Erxi y Fengxia como un matrimonio: ella encendiendo el fuego, él preparando la comida, ahora te miro yo a ti, ahora me miras tú a mí, y sonriendo de oreja a oreja después de esas miradas.

Cuando salí y se lo conté a Jiazhen, ella también sonrió. Al cabo de un rato más, no pude resistir la tentación de volver a echar una ojeada, pero apenas me levanté, Jiazhen me dijo en voz baja:

—No entres.

Después de comer, Erxi y los demás blanquearon las paredes. Al día siguiente, cuando ya estaba seca la cal, las paredes de mi casa estaban resplandecientes, como las mansiones de ladrillo y teja de la ciudad. Cuando acabaron de blanquear, todavía era temprano.

—Quedaos a cenar —dije a Erxi.

—No, gracias —dijo.

Luego levantó el hombro hacia Fengxia, y comprendí que la estaba mirando.

—Padre, madre —nos dijo en voz baja a Jiazhen y a mí—, ¿cuándo podré llevarme a Fengxia?

Al oír su pregunta y al oír que nos llamaba padre y madre, nos pusimos tan contentos que no paramos de sonreír.

—Cuando quieras tú —le dije después de mirar a Jiazhen—. Erxi —

añadí en voz baja—, no es que quiera hacerte gastar dinero, pero es que Fengxia ha llevado una vida muy dura. Cuando vengas a buscarla, que sea con un buen cortejo, para que haya animación y que lo vean en el pueblo.

—De acuerdo, padre —dijo Erxi.

Esa noche, Fengxia estuvo acariciando la tela que había traído Erxi, mirándola y sonriendo, sonriendo y mirándola. De vez en cuando, levantaba la cabeza y nos veía a Jiazhen y a mí sonreír también, y se quedaba intimidada y le subían los colores. Saltaba a la vista que a Fengxia le gustaba Erxi. Jiazhen y yo estábamos encantados.

—Erxi es un hombre honesto y de buen corazón, me quedo muy tranquila.

Vendimos las gallinas y la oveja, llevé a Fengxia a la ciudad para que le hicieran dos vestidos nuevos y un edredón, comprarle una jofaina, etcétera: todo lo que tuvieran las demás chicas del pueblo lo tendría Fengxia. Como decía Jiazhen, Fengxia no podía ser menos que las demás.

El día en que Erxi vino a recoger a Fengxia, los gongs y los tambores resonaban desde muy lejos. Todo el mundo se arremolinó a la entrada del pueblo para mirar. Erxi trajo a veintitantos hombres, todos vestidos con traje Sun Yat—sen. De no ser porque el novio llevaba en el pecho una gran flor roja, parecía una comitiva de altos cargos de visita en el pueblo. Más de diez gongs tocaban al mismo tiempo, dos grandes tambores retumbaban, *¡patapum, patapum!*, a todo el pueblo se le quedaron los oídos zumbando. Lo más llamativo era un carretón todo engalanado de verde y rojo, con una silla encima también decorada. Nada más entrar en el pueblo, Erxi abrió dos cartones de Puerta Grande y fue repartiendo cigarrillos a todos los hombres que veía.

—Muchas gracias por venir —iba diciendo a todos—, muchas gracias.

Cuando los demás del pueblo casaban a sus hijos, lo mejor que se fumaba era Caballo Volador, nada que ver con el estilo que derrochó Erxi regalando cajetillas de Puerta Grande a troche y moche. Los que conseguían los cigarrillos se los guardaban inmediatamente en el bolsillo, como si tuvieran miedo de que alguien se los fuera a quitar. Luego hurgaban con los dedos en el bolsillo, sacaban uno y se lo llevaban a los labios.

Los veintipico hombres que había traído Erxi también se desvivían, haciendo temblar el cielo con los gongs y los tambores y desgañitándose

con sus gritos. Llevaban los bolsillos llenos a reventar de caramelos y los iban lanzando a las mujeres y niños que veían. Todo ese derroche hasta a mí me dejó de piedra, pensando que lo que lanzaban, al fin y al cabo, era dinero.

Cuando llegaron delante de casa, entraron uno tras otro a ver a Fengxia, dejando fuera los gongs y los tambores, y los jóvenes del pueblo se pusieron a tocarlos para que no decayera. Ese día, con su ropa nueva, Fengxia estaba preciosa. Ni yo, que soy su padre, imaginaba que pudiera ser tan guapa. Estaba sentada delante de la cama de Jiazhen, buscando a Erxi entre los que iban entrando. En cuanto lo vio, bajó la cabeza.

—¡Menuda suerte tiene el cabiztuerto! —dijeron todos los que habían venido de la ciudad acompañando a Erxi, al ver a Fengxia.

Durante muchos años después, cuando alguna familia del pueblo casaba a su hija, todo el mundo decía que la boda más estilosa había sido la de Fengxia. Ese día, cuando sacaron a Fengxia de casa, tenía las mejillas rojas como tomates. Nunca había visto a tanta gente mirándola. Bajaba la cabeza hasta el pecho, sin saber qué hacer. Erxi le cogió la mano y la llevó hasta el carretón. Ella, al ver la silla que había encima, tampoco supo qué hacer. Cuando Erxi, que era más bajo que Fengxia, la cogió en brazos y la subió al carretón, todo el mundo se echó a reír a carcajadas. Fengxia también se rió.

—Padre, madre —nos dijo Erxi—. Me llevo a Fengxia.

Dicho lo cual, él mismo levantó las varas del carretón y se puso en camino. Al moverse el carretón, Fengxia, que se reía muy tímida, se puso de repente a girar la cabeza mirando atrás una y otra vez con angustia. Yo sabía que estaba buscándonos a Jiazhen y a mí. En realidad, yo estaba a su lado, con Jiazhen a cuestas. En cuanto nos vio, se echó a llorar. Se volvía hacia nosotros y nos miraba entre lágrimas. De repente, la recordé con trece años, cuando se la llevaron. También nos miraba anegada en llanto. También a mí se me saltaron las lágrimas de pena. En ese momento, sentí la nuca húmeda y supe que Jiazhen también estaba llorando. Pero pensé que esta vez era diferente, que esta vez Fengxia se casaba, y sonreí.

—Jiazhen —dije a mi mujer—, hoy es un día feliz, tienes que sonreír.

Erxi era un buenazo. Mientras iba tirando del carretón, se giraba para mirar a su novia. Al ver que Fengxia se había vuelto hacia nosotros llorando, se paró y se quedó mirándonos también. Fengxia estaba cada

vez más desconsolada, se le agitaban los hombros con los sollozos, y a mí se me encogía el corazón verla así.

—¡Erxi! —grité—. ¡Fengxia ya es tu mujer, llévatela de una vez!

Cuando Fengxia se fue a la ciudad, Jiazhen y yo parecía que hubiéramos perdido el alma, siempre aturdidos. Hasta entonces, cuando Fengxia entraba o salía de casa, casi no nos dábamos ni cuenta. Pero ahora que se había ido, sólo quedábamos en casa Jiazhen y yo. Mirábamos a nuestro alrededor esa casa que llevábamos tantos años viendo, como si no la hubiéramos visto bastante. Y yo, todavía, no podía quejarme: al trabajar en el campo, podía dejar de pensar en Fengxia. Pero Jiazhen lo tenía peor: todo el día en la cama, sin hacer nada; al no estar Fengxia, ¿cómo iba a sentirse la pobre madre? Antes, no se quejaba de quedarse en la cama, pero tal como estaban las cosas empezó a encontrarse mal, le dolían los riñones, la espalda, no estaba cómoda de ninguna de las maneras. Yo la comprendía: pasarse el día entero en la cama cansaba aún más que trabajar en el campo. No podía moverse siquiera. Así que al atardecer la llevaba a cuestas a dar un paseo por el pueblo. Al verla, todo el mundo se interesaba por ella con mucho cariño. Así, ella se sentía mucho más tranquila.

—No se burlarán de nosotros, ¿verdad? —me preguntaba al oído.

—¿Qué tiene de gracioso que lleve a mi mujer? —decía yo.

A Jiazhen empezó a gustarle recordar cosas del pasado. Llegábamos a un sitio, y ella se ponía a hablar de cosas que hacían Fengxia y Youqing, y al contarlas se echaba a reír. Un día, llegando a la entrada del pueblo, Jiazhen se puso a hablar del día en que volví a casa. Ella estaba trabajando en el campo y, al oír que alguien llamaba a voces a Fengxia y Youqing, levantó la cabeza y me vio. Al principio, no se atrevía a creer lo que estaba viendo. Al llegar a este punto de la historia, su risa se volvió llanto, y sus lágrimas fueron cayendo en mi nuca.

—Una vez que volviste, todo fue bien.

Según la costumbre, Fengxia tenía que venir a vernos al cabo de un mes, y nosotros teníamos que esperar otro mes más para poder ir a visitarla. Quién iba a pensar que volvió a casa apenas diez días después de la boda. Anochecía, y acabábamos de cenar.

—¡Fugui! —gritó alguien fuera—. ¡Ve a la entrada del pueblo, que creo que viene tu yerno cabiztuerto!

Yo no me lo creía. En el pueblo todo el mundo sabía que Jiazhen y yo echábamos muchísimo de menos a Fengxia, y pensé que nos estaban

tomando el pelo.

—No puede ser —dije a Jiazhen—, sólo han pasado diez días.

—Corre a ver —dijo Jiazhen impaciente.

Corrí hasta la entrada del pueblo y sí, era Erxi, que venía levantando el hombro, llevando un pastel. Fengxia iba a su lado. Venían los dos de la mano, muy sonrientes. La gente del pueblo, al verlos, se echó a reír, porque en aquella época no se veían hombres y mujeres cogidos de la mano.

—Erxi es de la ciudad —les dije—, allí están occidentalizados.

Al venir Fengxia y Erxi, Jiazhen se llevó una alegría enorme. Apenas se sentó Fengxia al borde de la cama, Jiazhen le cogió la mano y estuvo acariciándosela sin parar, diciendo una y otra vez que Fengxia había engordado. En realidad, ya me dirás las carnes que se pueden criar en diez días.

—No pensé que vendríais —dije a Erxi—, no he preparado nada.

Erxi se rió. Dijo que él tampoco sabía que vendrían, que fue Fengxia la que lo trajo, y que él se dejó llevar sin enterarse de nada.

Al habernos visitado Fengxia diez días después de la boda, ya mandamos a paseo la vieja costumbre, y yo iba a verla a la ciudad cada dos por tres. Ahora que lo pienso, era más bien Jiazhen la que me pedía que fuera, pero a mí también me apetecía ir a verlos a menudo. Iba a la ciudad tan dispuesto como cuando iba de joven, sólo que no al mismo sitio.

Cuando iba, pasaba primero por el huerto y cogía unas cuantas verduras, las metía en la cesta y las llevaba, calzado con los zapatos nuevos que me había hecho Jiazhen. En el huerto se me manchaban de barro. Jiazhen me llamaba justo cuando iba a salir y me decía que me los cepillara.

—Ya soy viejo, ¿qué más da que lleve barro en los zapatos?

—No digas eso —contestaba ella—. Por viejo que seas, sigues siendo un hombre, y un hombre tiene que ir limpio.

Y no le faltaba razón. Ella llevaba tantos años enferma, en cama y sin poder levantarse, y aun así se peinaba con esmero todas las mañanas, así que yo salía relimpio del pueblo.

—¿Qué? —decía la gente al verme con la cesta de verdura—. ¿Otra vez a ver a Fengxia?

—Sí —contestaba yo.

—Y de tanto ir, ¿no te echa el yerno?

—Erxi nunca haría una cosa así.

A los vecinos de Erxi les caía muy bien Fengxia. Cuando iba yo, me la alababan diciendo lo trabajadora que era y lo lista. Cuando barría, barría también delante de las casas de los demás, barría media calle. Al verla sudar, los vecinos iban a llamarla, a decirle que dejara de barrer, sólo entonces volvía a su casa toda risueña.

Fengxia no había aprendido a hacer punto. En casa éramos pobres, y nunca habíamos llevado jersey. Al ver que las mujeres del vecindario se sentaban en la puerta de casa a hacer punto, que si uno al derecho uno al revés, le gustó; así que se traía un taburete, se sentaba junto a ellas a mirar, y allí se estaba mirando un buen rato, embobada. Las mujeres, al ver que a Fengxia le interesaba tanto el punto, decidieron enseñarle paso a paso. Pero se quedaron asustadas al ver que Fengxia aprendía a la primera. En tres o cuatro días, ya hacía punto igual de rápido que ellas.

—¡Qué lástima que Fengxia sea sorda y muda! —me decían al verme.

La compadecían de corazón. A partir de entonces, en cuanto acababa el trabajo de casa, se sentaba fuera a hacer punto para las demás. En toda la calle, Fengxia pasaba por ser la que tejía el punto más prieto y tupido, así que les vino de perlas: ellas le pasaban la lana y Fengxia les hacía los jerseys. Se cansaba, claro, pero estaba contenta. Cuando los acababa, los entregaba, y las vecinas le mostraban el pulgar levantado, y Fengxia se pasaba el resto del día sonriendo de satisfacción.

Cuando iba yo a verla, todas las vecinas venían, una tras otra, a contarme esas cosas, lo bien que hacía Fengxia esto, lo otro, lo de más allá. Todo lo que decían era bueno, y a mí me emocionaba.

—La gente de la ciudad es buena —decía yo—. En el pueblo, lo difícil es oír que hablen bien de mi Fengxia.

Al ver que a todo el mundo le caía bien Fengxia, Erxi también la tenía en palmitas, y eso a mí me gustaba. Cuando volvía a casa, Jiazhen siempre me reprochaba que había pasado demasiado tiempo allí. Y era verdad: Jiazhen se quedaba en casa esperando ansiosa que volviera y le contara cosas de su hija. Esperaba y esperaba, y yo no venía, así que ella, como es natural, se impacientaba.

—Es que es ver a Fengxia y perder la noción del tiempo —le decía yo.

Cada vez que volvía a casa, me quedaba un buen rato sentado al borde de la cama contándole las cosas que hacía Fengxia dentro y fuera

de su casa; de qué color llevaba la ropa, si los zapatos que le había hecho Jiazhen ya estaban gastados o no… Eran cosas que Jiazhen sabía, pero me las preguntaba una y otra vez, y yo se las contaba una y otra vez, hasta que me quedaba sin saliva; y aun así no me dejaba.

—¿Qué más hay que no me hayas contado? —me preguntaba.

Y nos quedábamos hablando hasta que anochecía. Casi todo el mundo en el pueblo ya estaba en la cama, y nosotros aún no habíamos ni cenado.

—Tengo que hacer algo de cena —decía yo.

—Cuéntame más cosas de Fengxia —me suplicaba ella sin dejarme ir.

En realidad, yo se las contaba de muy buena gana y, una vez contadas, todavía me parecía poco. Así que, cuando iba a trabajar al campo, las volvía a contar a los del pueblo, les decía lo lista y hacendosa que era mi Fengxia, lo bien que estaba allá en la ciudad, lo querida que era por todos, lo bien que hacía punto, más rápido que nadie. Pero a algunos les parecía mal.

—Fugui —me decían—, estás chocheando. Los de la ciudad son mala gente, y si Fengxia se pasa el día trabajando para los demás, a ver si no va a acabar muerta de cansancio.

—Eso tampoco es así —contestaba yo.

—Si Fengxia les teje jerseys, ellas deberían darle alguna cosa a cambio. ¿Se la dan?

Si es que la gente de pueblo es mezquina, sólo piensan en sacar pequeñas ganancias de todo. Las mujeres de la ciudad no eran en absoluto tan malas como ellos decían. Dos veces las oí decir a Erxi:

—Erxi, ve a comprar dos *jin* de lana, que Fengxia tenga también su jersey.

Erxi se rió, sin decir nada. Era un hombre de buena fe. Cuando se casó con Fengxia, por cumplir con lo que yo le había pedido, se había gastado mucho dinero, y había dejado a deber.

—Padre —me dijo en voz baja en un momento en que estábamos solos—, en cuanto devuelva el dinero que debo, le compro un jersey a Fengxia.

En la ciudad, la Revolución Cultural iba arreciando. Había *dazibao*[16] por todas partes. Los que los pegaban en las paredes eran unos gandules: pegaban los carteles nuevos sin arrancar los viejos, y se formaban capas cada vez más gruesas, como si a los muros les hubieran salido bolsillos llenos a reventar por todas partes. Hasta pegaron uno en

la puerta de la casa de Fengxia y Erxi. Dentro, hasta la jofaina llevaba impresas consignas del venerable presidente Mao. En la funda de la almohada ponía: «Nunca olvidéis la lucha de clases»; en la sábana: «Avancemos contra viento y marea.» Erxi y Fengxia dormían todos los días encima de las palabras del presidente Mao.

Cada vez que iba a la ciudad y veía alguna muchedumbre, yo la evitaba. Allí había peleas todos los días. Varias veces vi cómo pegaban a alguien hasta dejarlo tendido en el suelo sin poder levantarse. No me extraña que el jefe de equipo ya no acudiera a las reuniones. A menudo la comuna enviaba a alguien a anunciar alguna asamblea de cargos de tercera categoría, pero él no iba nunca.

—En la ciudad muere gente todos los días —me dijo una vez en privado—, estoy acojonado. Hoy por hoy, ir a la ciudad a una reunión es meterse en el ataúd.

El jefe de equipo se quedaba en el pueblo sin ir a ninguna parte, pero sólo pudo pasar así unos cuantos meses de tranquilidad. Él no iba, pero vinieron a buscarlo. Ese día, estábamos trabajando en el campo, y vimos venir desde muy lejos una bandera roja ondeando al viento. Era un grupo de jóvenes guardias rojos. El jefe de equipo también estaba en el campo.

—No vendrán por mí, ¿no? —me dijo todo encogido, con el corazón en vilo, al verlos venir.

Una chica encabezaba la comitiva de guardias rojos.

—¿Por qué aquí no hay consignas ni *dazibaol* —preguntó a gritos—. ¿Y el jefe de equipo? ¿Quién es el jefe de equipo?

El jefe de equipo se apresuró a dejar la azada y presentarse.

—¡Camarada general! —la saludó con reverencias.

La joven sacudió el brazo con fastidio.

—¿Por qué no hay consignas ni *dazibao*? —repitió.

—Sí que hay consignas —dijo el jefe de equipo—, hay dos. Están pintadas en la pared trasera de aquella casa.

La chica no tenía pinta de tener más de dieciséis o diecisiete años, pero trataba a nuestro jefe de equipo con mucha arrogancia, mirándolo apenas de reojo.

—¡Id a pintar consignas! —ordenó a unos guardias rojos que llevaban cubos de pintura.

Los guardias rojos corrieron hacia las casas del pueblo a pintar consignas.

—Reúne a todo el pueblo —ordenó la chica al jefe de equipo.

El jefe de equipo se apresuró a sacar el silbato del bolsillo y a pitar con todas sus fuerzas. La gente que estaba trabajando en otros campos acudió corriendo.

—¿Quién es el terrateniente de aquí? —preguntó a voces la chica cuando estuvo prácticamente todo el mundo reunido.

Todo el mundo me miró, y me temblaron las piernas. Menos mal que el jefe de equipo dijo:

—Al terrateniente lo ejecutaron al principio de la Liberación.

—¿Tenéis campesinos ricos? —preguntó ella.

—Había uno —dijo el jefe de equipo—, pero hace dos años que murió.

—Entonces ¿tenéis algún dirigente seguidor del capitalismo?

—Esto es un pueblo pequeño —dijo el jefe de equipo componiendo una sonrisa—, ¿cómo va a haber dirigentes seguidores del capitalismo?

La chica señaló al jefe de equipo, tocándole casi la nariz.

—¿Y tú qué eres?

—Soy jefe de equipo, soy jefe de equipo —repitió él espantado.

—¡Tú eres el dirigente que ha tomado la vía capitalista! —gritó ella de repente.

—No lo soy, no lo soy, no la he tomado… —dijo el jefe de equipo agitando las manos aterrorizado.

La chica no le hizo caso.

—¡Os está imponiendo un régimen reaccionario! ¡Os atropella y oprime! ¡Debéis alzaros y rebelaros! ¡Debéis aplastar a este lacayo!

La gente del pueblo se quedó de piedra. Normalmente, el jefe de equipo tenía autoridad, y lo obedecíamos en todo, nunca se nos ocurrió pensar que pudiera estar equivocado. Y ahora estaba todo abatido, atormentado por esa banda de crios venidos de la ciudad, pidiendo clemencia, algo que ni siquiera fuimos capaces de pedir los demás.

—¡Decid algo! —nos gritó después de suplicar un rato— ¡Yo no os he oprimido!

Todo el mundo miró al jefe de equipo, y luego a la guardia roja.

—El jefe de equipo no nos ha oprimido —dijimos cuatro gatos—, es buena persona.

—No tenéis nada que hacer.

Hizo una seña a unos guardias rojos.

—Lleváoslo.

Dos jóvenes vinieron y agarraron al jefe de equipo por los brazos.

—¡No voy a la ciudad! —gritó el jefe de equipo, desafiante—. ¡Paisanos míos, ayudadme! ¡No dejéis que vaya a la ciudad! ¡Ir a la ciudad es meterse en el ataúd!

No le sirvió de nada gritar. Le retorcieron los brazos hacia atrás y se lo llevaron con la espalda doblada. Todo el mundo los vio llevárselo con cara amenazante, gritando eslóganes, sin que ninguno de nosotros tratara de impedírselo. Nadie tuvo ese valor.

La marcha del jefe de equipo nos pareció a todos de mal agüero. Allí reinaba el caos y, aunque el jefe de equipo saliera de ésa con vida, seguro que perdería un brazo o una pierna. Lo que no esperábamos era que lo viéramos venir por el camino al cabo de un par de días, eso sí, tambaleándose, con la cara toda hinchada y amoratada. Los que estábamos en el campo corrimos hacia él.

—¡Jefe de equipo! —lo llamaban.

El hombre abrió los párpados, nos miró y, sin decir nada, siguió andando hacia su casa, donde durmió como un tronco dos días seguidos. Al tercer día, el jefe de equipo bajó al campo a trabajar, con la azada al hombro. Le había bajado mucho la hinchazón de la cara. Todo el mundo lo rodeó, preguntándole esto, lo otro y lo de más allá, preguntándole si le dolía.

—El dolor no es nada —dijo moviendo la cabeza—. No me dejaban dormir, ¡me cago en la puta!, y eso es mucho peor que el dolor. Lo he visto muy claro —añadió con lágrimas en los ojos—. He cuidado siempre de vosotros como de mis propios hijos y, cuando me ha tocado sufrir, nadie ha intentado ayudarme.

Al oírlo, ninguno de nosotros se atrevió a mirarlo. El jefe de equipo, al fin y al cabo, había tenido suerte: se lo habían llevado a la ciudad y sólo pasó tres días recibiendo palizas. En cambio Chunsheng, que vivía allí, las pasó canutas. Yo ni me había enterado de que había caído en desgracia. Ese día iba yo a la ciudad a ver a Fengxia y, por la calle, vi que iban exhibiendo a un grupo con cucuruchos de papel en la cabeza y carteles colgados en el pecho. Al principio no les presté mucha atención, pero cuando pasaron a mi altura, ¡menudo susto me llevé! El que iba primero era Chunsheng. Iba con la cabeza gacha y no me vio. Cuando pasó, de repente, levantó la cabeza y gritó:

—¡Viva el presidente Mao!

Unos tipos con brazal rojo se abalanzaron sobre él a darle puñetazos y patadas, insultándolo.

—¿Y eso lo dices tú, cabrón seguidor del capitalismo?

De la paliza que le dieron, Chunsheng se cayó encima del cartel de madera que llevaba colgado. Uno le dio una patada en la cabeza, que sonó ¡cloc! como si le hubieran hecho un agujero, y Chunsheng se quedó despatarrado en el suelo, sin soltar ni un gemido. En mi vida había visto pegar a alguien así. Chunsheng parecía un trozo de carne en el suelo, al que iban arreando patadas. Si seguían así, era seguro que lo iban a matar, así que cogí a uno del brazo y le dije:

—No le peguéis más, os lo suplico.

El otro me dio un empujón con todas sus fuerzas, casi me caigo al suelo.

—¿Y tú quién eres? —me preguntaron.

—No le peguéis más —les dije.

—¿No sabes quién es éste? —dijo uno señalándolo—. ¡El antiguo jefe del distrito! ¡Un dirigente seguidor del capitalismo!

—Yo no sé nada de eso —dije—, sólo sé que es Chunsheng.

Al ponerse a hablar, dejaron de pegar a Chunsheng. Le ordenaron a gritos que se levantara. Pero ¿cómo se iba a levantar con la tunda que le habían dado? Así que fui a ayudarle, y él me reconoció.

—Fugui, apártate ahora mismo.

Ese día, cuando volví a casa, me senté al borde de la cama y conté la historia de Chunsheng, Jiazhen bajó la cabeza.

—No tenías que haberlo echado de casa —le dije.

Ella no dijo nada, pero en realidad pensaba lo mismo que yo.

Al cabo de mes y pico, Chunsheng vino a casa a escondidas. Eran las tantas de la noche, Jiazhen y yo ya estábamos durmiendo, y él estuvo llamando a la puerta hasta que nos despertó. Abrí y, a la luz de la luna, vi que era Chunsheng, que traía toda la cara hinchada como un globo.

—¡Chunsheng! Pasa, corre.

Él se quedó en la puerta sin entrar.

—¿Y tu mujer? —me preguntó.

—Jiazhen —le dije a ella—, es Chunsheng.

Jiazhen se sentó en la cama sin contestar. Le dije a Chunsheng que pasara, pero, si ella no decía nada, él no entraba.

—Fugui —dijo—, sal un momento.

—Jiazhen —dije volviéndome hacia ella—, está aquí Chunsheng.

Ella no me hizo caso, así que no tuve más remedio que ponerme algo sobre los hombros y salir. Chunsheng fue hasta el árbol que había

delante de casa.

—Fugui —dijo—, vengo a despedirme de ti.

—¿Adonde vas? —le pregunté.

—No quiero seguir viviendo —dijo apretando los dientes con fuerza.

Me quedé horrorizado.

—Chunsheng —le dije enseguida, agarrándole el brazo—, no digas tonterías, que tienes a tu mujer y a tu hijo.

Al oírme, Chunsheng se echó a llorar.

—Fugui, cada día me atan y me pegan. Tócame las manos —dijo enseñándomelas.

Las tenía como si se las hubieran cocido, abrasaban.

—¿Duele? —le pregunté.

—Ya no las siento —dijo él moviendo la cabeza.

Le puse la mano en el hombro y presioné hacia abajo.

—Chunsheng, siéntate —le dije—. Ni se te ocurra hacer ninguna tontería. Todos los muertos quieren seguir vivos, así que tú, que estás vivo y coleando, no tienes que morirte. Tu vida te la dieron tus padres —añadí—. Si no la quieres, antes deberías pedirles permiso a ellos.

—Mis padres murieron hace tiempo —dijo él secándose las lágrimas.

—Pues razón de más para seguir vivo —le dije—. Piensa un poco, tú que has corrido tanto mundo y has estado en tantas guerras, ¿fue fácil sobrevivir?

Estuve diciéndole muchas cosas, y Jiazhen lo oyó todo desde la cama. Cuando faltaba poco para que amaneciera, parecía que Chunsheng se había dejado convencer más o menos. Se puso de pie y dijo que se iba. En ese momento, Jiazhen le llamó desde dentro.

—Chunsheng.

Nos quedamos los dos parados. Sólo cuando Jiazhen volvió a llamarle, Chunsheng contestó. Nos acercamos hasta la puerta.

—Chunsheng —dijo Jiazhen desde la cama—, tienes que vivir.

Chunsheng asintió.

—Todavía nos debes una vida —dijo Jiazhen echándose a llorar—. Páganosla con la tuya.

—De acuerdo —dijo Chunsheng al cabo de un rato.

Lo acompañé hasta la entrada del pueblo. Chunsheng me dijo que me quedara allí, que no lo acompañara más, y allí me quedé, a la

entrada del pueblo, mirando cómo se iba, cabizbajo. Lo habían dejado cojo con las palizas y le costaba mucho andar. Yo no me quedé tranquilo y le grité:

—¡Chunsheng! ¡Prométeme que vivirás!

Él siguió andando, y luego se volvió hacia mí.

—¡Te lo prometo!

Pero al final no cumplió. Al cabo de un mes y pico, oí decir que el jefe de distrito Liu se había ahorcado en la ciudad. Por larga que tenga uno la vida que le ha tocado, si se empeña en morirse, no hay manera de que la viva entera. Cuando se lo dije a Jiazhen, ella estuvo muy triste todo el día.

—En realidad —me dijo esa noche—, Chunsheng no tuvo la culpa de que muriera Youqing.

Al llegar la temporada de más trabajo en el campo, ya no pude ir tan a menudo a la ciudad a ver a Fengxia. Menos mal que en aquella época estaba la comuna popular: trabajábamos todos los del pueblo juntos, y ya no tenía que preocuparme de nada. Lo malo es que Jiazhen seguía sin poder levantarse, así que yo trabajaba de sol a sol. Por una parte, no podía faltar al trabajo del campo; por otra, tampoco podía dejar a Jiazhen sin comer. Estaba agotado. Y yo ya era mayor; que si tienes veinte años, duermes y te levantas como nuevo. Pero, cuando entras en años, ya puedes dormir todo lo que quieras que no recuperas y, a la hora de trabajar, no puedes con el alma. Allí, en medio de los demás del pueblo, más que trabajar hacía como que trabajaba. Pero, como todos sabían las penalidades que pasaba yo, nadie me reprochaba nada.

En la temporada agrícola, Fengxia vino a pasar unos días en casa. Hacía la comida, hervía el agua, cuidaba de Jiazhen, así que yo estaba mucho más relajado. Pero entonces pensé en el dicho de que casar a una hija es como derramar agua en el suelo: perderla y no recuperarla. Hacía tiempo que Fengxia ya era de Erxi, y no podía ser que pasara tanto tiempo en nuestra casa. Lo hablé con Jiazhen, le dije que teníamos que hacer que volviera a su casa como fuera, y eché a Fengxia. Fui dándole empujoncitos hasta la entrada del pueblo. La gente, al verme, se reía de mí, decía que nunca habían visto un padre así. Yo, al oírlos, pensaba que en el pueblo no había una sola hija que fuera tan buena con sus padres como Fengxia.

—Fengxia es una sola persona. Si se ocupa de Jiazhen y de mí, no podrá ocuparse de mi yerno cabiztuerto.

No pasó mucho tiempo desde que mandé a Fengxia de vuelta a la ciudad, cuando vino de nuevo a casa. Esta vez, hasta se trajo al yerno cabiztuerto. Por allá venían los dos de la mano, los vi de muy lejos. No necesitaba ni ver la cabeza ladeada de Erxi: con ver que iban de la mano ya sabía quiénes eran. Erxi llevaba en la mano una botella de vino de arroz, y venía sonriendo de oreja a oreja. Fengxia traía un cesto de bambú colgado del brazo, sonriendo igual que él. Pensé: «¿Qué les habrá pasado para que vengan tan contentos?»

Cuando llegamos a casa, Erxi cerró la puerta.

—Padre, madre, Fengxia está preñada.

¡Fengxia iba a tener un hijo! Jiazhen y yo reímos de felicidad. Estuvimos riendo los cuatro un buen rato, antes de que Erxi recordara el vino de arroz que había traído. Fue hasta la cama y dejó la botella en la mesita de Jiazhen. Fengxia sacó un cuenco de judías del cesto.

—Vamos todos a la cama —dije—, todos a la cama.

Fengxia se sentó al lado de Jiazhen, yo fui por cuatro cuencos y me senté en un extremo con Erxi. Erxi me llenó el cuenco de vino hasta arriba, sirvió a Jiazhen, luego quiso servir a Fengxia, pero ella le apartó la botella moviendo la cabeza una y otra vez.

—Hoy también tú vas a beber.

Fengxia pareció entender lo que le había dicho Erxi, y cedió. Levantamos los cuencos, Fengxia tomó un sorbo y frunció las cejas. Miró a Jiazhen, que también fruncía las cejas, y le sonrió con los labios apretados. Erxi y yo nos los bebimos de un solo trago, mandando directo al estómago un cuenco entero de vino.

—Padre, madre —dijo Erxi con lágrimas en los ojos—, ni en sueños pensé nunca que llegaría este día.

Nada más oírlo, a Jiazhen se le humedecieron los ojos y, al verla, se me empañaron a mí también.

—Yo tampoco —dije—. Antes, lo que más nos preocupaba era qué sería de Fengxia cuando muriéramos yo y Jiazhen. Al casarte tú con ella, nos quedamos tranquilos. Pero si hay hijos mucho mejor. Así, cuando muera Fengxia, tendrá quien la entierre.

Al vernos llorar, a Fengxia también le cayeron las lágrimas.

—Ojalá viviera Youqing —dijo Jiazhen entre sollozos—. Lo había criado Fengxia, la quería mucho. Youqing no verá este día.

—Ojalá vivieran mis padres —dijo Erxi llorando todavía más—. Cuando murió mi madre, me tenía la mano cogida y no la soltó.

Los cuatro llorábamos cada vez más desconsolados. Al cabo de un

rato, Erxi volvió a reír.

—Padre, madre —dijo señalando el cuenco de judías—, comed esto, que lo ha hecho Fengxia.

—Ya como, ya —dije—. Jiazhen, come tú también.

Jiazhen y yo nos estuvimos mirando, y los dos nos echamos a reír. ¡Pronto íbamos a tener un nieto! Estuvimos los cuatro llorando y riendo hasta que anocheció, cuando se fueron Erxi y Fengxia.

Estando embarazada Fengxia, Erxi la trataba con más cariño todavía. En verano, como había muchos mosquitos y no tenían mosquitera, cuando anochecía, Erxi se acostaba solo, para alimentar a los mosquitos, y mandaba a Fengxia a sentarse fuera a tomar el fresco. Cuando los mosquitos de la casa ya estaban hartos y dejaban de picar, la llamaba para que fuera a dormir. Más de una vez entró Fengxia a ver qué pasaba, y él se impacientaba y la echaba. Todo esto me lo contaron las vecinas de Erxi.

—Cómprate una mosquitera —le decían.

Él sonreía y no contestaba.

—Mientras no haya saldado la deuda —me dijo en cuanto tuvo ocasión—, no me quedaré tranquilo.

Me daba lástima verlo lleno de picaduras de mosquito por todo el cuerpo.

—No hagas esto —le dije.

—Yo estoy solo —me dijo Erxi—, no pasa nada porque me piquen un poco más o menos los mosquitos. Pero es que Fengxia es dos personas.

Fengxia dio a luz un día de invierno. Caía tanta nieve que apenas se veía por la ventana. Fengxia ingresó en la sala de partos y no salió en toda la noche. Erxi y yo esperábamos fuera, cada vez con más miedo de lo que pudiera pasar. En cuanto salió un médico, fui a preguntarle. Así supimos que seguía el parto, y nos tranquilizamos un poco.

—Padre —me dijo Erxi cuando ya estaba a punto de amanecer—, ve a dormir un rato.

—Con esta preocupación no podría dormir —dije moviendo la cabeza.

—No podemos quedarnos así los dos —insistió él—. Cuando Fengxia haya dado a luz, alguien tendrá que cuidar de ella.

Pensándolo bien, tenía razón.

—Erxi —le dije—, ve tú a dormir.

Estuvimos así, dale que te pego, y al final no dormimos ninguno de

los dos. Se hizo de día, y Fengxia aún no había salido, así que volvimos a angustiarnos. Todas las mujeres que habían entrado después de Fengxia habían dado a luz y ya habían salido. Erxi y yo no aguantábamos quietos. Nos acercamos a la puerta a ver si oíamos algo de lo que pasaba dentro. Al oír gritos de mujer, nos quedamos más tranquilos.

—¡Lo que estará sufriendo la pobre Fengxia! —dijo Erxi.

Pero al poco pensé que era imposible: Fengxia era muda, no podía gritar. Se lo dije a Erxi, que se puso pálido de golpe. Corrió hasta la puerta de la sala de partos y se puso a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Fengxia! ¡Fengxia!

Salió un médico y le dijo de mala manera:

—¿Qué hace gritando? ¡Fuera de aquí!

—¿Cómo es que aún no ha salido mi mujer? —preguntó él llorando a lágrima viva.

—Hay niños que vienen rápido —dijo alguien—, y otros que tardan.

Miré a Erxi, Erxi me miró a mí, y pensamos que quizá fuera verdad. Nos sentamos a seguir esperando, con el corazón latiéndonos con fuerza. Al poco rato, salió una médica.

—¿A quién prefieren? —nos preguntó—. ¿A la madre o al pequeño?

Su pregunta nos dejó de piedra.

—¡Eh, que les estoy hablando! —insistió.

Erxi cayó de rodillas a sus pies.

—¡Doctora! —gritó llorando—. ¡Salve a Fengxia! ¡Prefiero a Fengxia!

Erxi se quedó llorando desconsoladamente en el suelo. Le ayudé a levantarse, diciéndole que se calmara, que eso no era bueno para la salud.

—Mientras Fengxia esté bien, no hay problema —le dije—. Ya lo dice el refrán: «Mientras queden montes verdes, no hay que preocuparse por la leña.»

—¡He perdido a mi hijo!

Si era así, yo había perdido a mi nieto. Bajé la cabeza y me eché a llorar yo también. Así estuvimos hasta mediodía, cuando salió una médica.

—Ya está —dijo—. Es niño.

A Erxi le entró angustia.

—No le pedí que salvara al pequeño —vociferó levantándose de un salto.

—La madre también se encuentra bien.

¡Fengxia estaba bien! Se me nubló la vista, ya no tenía edad para esos tormentos. Erxi estaba loco de contento. Se sentó a mi lado, sin parar de temblar, de tanto reír.

—Ahora que ya estoy más tranquilo, puedo ir a dormir —le dije—. Vengo a relevarte dentro de un rato.

Quién iba a pensar que, nada más irme yo, Fengxia tuvo problemas. Llevaba yo fuera apenas unos minutos, cuando un montón de médicos entraron corriendo en la sala de partos, arrastrando una bombona de oxígeno.

Después del parto, Fengxia tuvo una hemorragia tremenda y, antes del anochecer, dejó de respirar. Mis dos hijos habían muerto de parto: Youqing del parto de otra mujer, y Fengxia de su propio parto.

Ese día nevaba muchísimo. Al morir Fengxia, la pusieron en aquella habitacioncita. Cuando fui a verla y me di cuenta de dónde estaba, no pude ni entrar: era la habitación donde vi muerto a Youqing más de diez años atrás. Esperé en la nieve, oyendo a Erxi llamar una y otra vez a Fengxia, tan destrozado que se quedó en cuclillas. Los copos caían flotando, yo casi ni veía la puerta de esa habitación, sólo oía a Erxi, que dentro lloraba y gritaba. Llamé a Erxi, lo llamé muchas veces antes de que contestara y se asomara a la puerta.

—Yo quería a la mayor —me dijo—, y me han dado al pequeño.

—Volvamos a casa —dije—. Algo habremos hecho en nuestra vida anterior para que este hospital nos trate así. Aquí murió Youqing, aquí ha muerto Fengxia. Erxi, volvamos a casa.

Entonces Erxi se puso a Fengxia a la espalda, y así volvimos los tres.

Para entonces ya era de noche, las calles estaban cubiertas de nieve, no se veía a nadie, silbaba el nordeste, y la nieve iba azotándonos la cara como una tormenta de arena. Erxi estaba ya ronco de tanto llorar.

—Padre —dijo al cabo de un trecho—, no puedo más.

Le dije que me pasara a Fengxia, pero él no quiso. Seguimos unos pasos, y se puso en cuclillas.

—Padre —dijo—, me duele muchísimo la cintura.

Eso era de llorar, había llorado tanto que le dolía. Cuando llegamos

a casa, Erxi puso a Fengxia sobre la cama y se sentó a su lado a mirarla fijamente, tan encogido que estaba hecho un ovillo. Incluso sin mirarlo, sólo de ver su sombra y la de Fengxia en la pared, se me partía el alma. Dos sombras grandes y negras, una estirada, otra que parecía arrodillada, completamente quietas, sólo las lágrimas de Erxi se movían, y yo veía los puntos negros deslizarse uno a uno entre las dos sombras. Corrí a la cocina a poner agua en el fuego, para que Erxi pudiera tomar algo caliente. Cuando el agua rompió a hervir y fui a llevarle un cuenco, la luz se había apagado. Erxi y Fengxia dormían.

Pasé la noche sentado en la cocina hasta el amanecer. Fuera, el viento aullaba. Durante un rato estuvo cayendo granizo menudo, que iba dando en las ventanas, *¡cshh! ¡cshhh!* Erxi y Fengxia dormían en la habitación de dentro, en un silencio total. El viento helado se colaba por las rendijas de la puerta, dejándome las rodillas frías y doloridas. Tenía el corazón entumecido como si se hubiera congelado. Mis dos hijos se habían ido así, sin más. En un momento como ése, aunque quisiera llorar, ya no tenía ni lágrimas. Pensé en Jiazhen, que a esas horas estaría despierta, esperando noticias. Cuando salí de casa, ella me pidió una y otra vez que, en cuanto diera a luz Fengxia, corriera a casa a decirle si era niño o niña. Pero al morir Fengxia, ¿cómo podía ir a decírselo?

Cuando murió Youqing, Jiazhen estuvo a punto de irse también. Ahora que Fengxia también había muerto antes que ella, ¿cómo iba a soportarlo la pobre madre? Al día siguiente, Erxi volvió conmigo a casa, llevando a Fengxia a la espalda. Seguía nevando, y Fengxia parecía cubierta de algodón, casi toda blanca. Nada más entrar, viendo a Jiazhen sentada en la cama, toda despeinada, con la cabeza apoyada en la pared, me di cuenta de que sabía que Fengxia había fallecido: yo llevaba dos días seguidos y sus noches sin volver a casa. Me empezaron a caer las lágrimas, y Erxi, que ya había dejado de llorar, al ver a Jiazhen volvió a sollozar.

—Madre… —farfullaba—. Madre…

Jiazhen movió ligeramente la cabeza, la separó de la pared, y miró fijamente el cuerpo de Fengxia en la espalda de Erxi. Ayudé a mi yerno a dejar a Fengxia sobre la cama. Jiazhen bajó entonces la mirada hacia su hija, con los ojos fijos, como a punto de salírsele de las órbitas. Yo no me esperaba en absoluto que Jiazhen reaccionara así, sin derramar ni una lágrima, sólo mirando a Fengxia, acariciándole la cara y el pelo. Erxi, llorando, se puso en cuclillas y apoyó la cabeza en el borde de la cama. Yo estaba a un lado, mirando a Jiazhen, sin saber qué iba a hacer

mi mujer. Ese día, Jiazhen no lloró ni gritó, sólo, de vez en cuando, movía la cabeza. La nieve que Fengxia traía encima se fue derritiendo poco a poco, y la cama acabó empapada.

Enterramos a Fengxia con Youqing. En ese momento había dejado de nevar, y el sol brillaba en el cielo; el nordeste silbaba todavía con más fuerza, cubriendo casi el rumor de las hojas de los árboles. Después de enterrar a Fengxia, Erxi y yo nos quedamos allí, abrazando la pala de la azada, con el viento a punto de tirarnos. Todo el suelo estaba cubierto de nieve, que deslumbraba brillando al sol. Sólo la tumba de Fengxia estaba sin nieve. Erxi y yo mirábamos ese montón de tierra húmeda, incapaces de alejarnos de allí.

—Padre —dijo Erxi señalando un trozo de tierra pegado a la tumba de Fengxia—, cuando yo me muera, que me entierren aquí.

—Déjamelo a mí —le dije con un suspiro—, seguro que moriré antes que tú.

Una vez enterrada Fengxia, ya pudimos ir a buscar el niño al hospital. Erxi recorrió los más de diez *li* que había hasta nuestra casa con el niño en brazos, lo dejó encima de la cama. El crío, cuando abría los ojos, fruncía las cejas y miraba hacia aquí, hacia allá, a saber qué miraría. Al verlo así, Erxi y yo nos echamos a reír. Jiazhen no se rió en absoluto. Lo miró fijamente, tocándole las mejillas con los dedos. Al principio, su actitud era la misma que ante el cadáver de Fengxia. Yo estaba con el alma en vilo; me asustaba verla así, no sabía qué le pasaba. Luego, Erxi levantó la mirada y, al ver a Jiazhen, dejó inmediatamente de reír. Se quedó allí con los brazos colgando, sin saber qué hacer. Pasó un buen rato antes de que Erxi me hablara en voz baja.

—Padre, ponle un nombre al niño.

Sólo entonces habló Jiazhen, con voz ronca.

—Este niño se ha quedado sin madre al nacer. Se llamará Kugen. [17]

No pasaron ni tres meses de la muerte de Fengxia cuando también murió Jiazhen.

—Fugui —me decía unos días antes—, tú enterraste a Youqing y Fengxia. Pensar que me vas a enterrar tú con tus propias manos me tranquiliza.

Eso es que ya sabía que le faltaba poco, pero parecía muy serena. Ya no tenía ni fuerzas para sentarse, se quedaba tendida en la cama, con los ojos cerrados. Pero oía muy bien y, cuando yo volvía del trabajo y abría la puerta, ella abría los ojos y movía los labios. Yo sabía que me

estaba diciendo algo —en esos días estaba muy habladora—, así que me sentaba en la cama y acercaba la cara a la suya para escuchar su voz, tan débil como un latido de corazón. Por mucho que haya sufrido uno en la vida, cuando está a punto de morir, todavía piensa en algo que le sirva de consuelo. Jiazhen también lo encontró.

—Esta vida ya casi se me ha terminado —decía una y otra vez—. Tú has sido muy bueno conmigo, y estoy muy satisfecha de eso. Yo te he dado una hija y un hijo, que ha sido mi manera de recompensarte por ello, así que en la próxima vida volveremos a estar juntos.

Cuando decía que en la vida futura quería volver a ser mi mujer, se me saltaban las lágrimas, me caían hasta su cara. Ella parpadeaba un par de veces y sonreía un poquito.

—Fengxia y Youqing murieron antes que yo, así que estoy tranquila, ya no tengo que preocuparme por ellos. Al fin y al cabo, sigo siendo una madre, y nuestros niños fueron muy buenos hijos conmigo. Tengo que estar satisfecha de haber conseguido algo así en la vida. Tú tienes que seguir viviendo —añadió—. Todavía tienes a Kugen y a Erxi. Erxi, en realidad, también es hijo tuyo. Cuando Kugen sea mayor, será tan cariñoso contigo como lo fue Youqing, será un buen hijo.

Jiazhen murió a mediodía. Al volver yo del trabajo, ella abrió los ojos, me acerqué a escuchar sus palabras y fui a la cocina a prepararle un cuenco de sopa. Cuando fui a llevárselo y me senté en la cama, Jiazhen, con los ojos cerrados, me agarró la mano de repente. Me sorprendió que pudiera tener tanta fuerza todavía, y me asusté. Traté de soltarme con suavidad, pero no pude. Enseguida dejé el cuenco de sopa en un taburete y le puse la mano en la frente. Todavía estaba tibia, y me quedé más tranquilo. Jiazhen parecía dormida, con la expresión tranquila y serena, sin rastro de sufrimiento. Pero al cabo de un rato, la mano que sujetaba la mía ya se había quedado fría. Le toqué los brazos: iban enfriándose por partes. Para entonces, sus piernas ya estaban frías, como todo su cuerpo. Sólo quedaba un trocito tibio en el pecho; le puse la mano encima, pero el calor del pecho pareció escapárseme poco a poco entre los dedos. Al final, me soltó la mano, y la suya quedó inerte sobre mi brazo.

* * *

—Jiazhen murió muy bien —dijo Fugui.

En ese momento, estaba a punto de caer la tarde. La gente que

trabajaba en los bancales iba subiendo a los senderos por pequeños grupos. El sol pendía del cielo al oeste, ya menos deslumbrante, convertido en una esfera roja, derramando su luz en un mar de nubes resplandecientes.

Fugui me miraba sonriente. La luz del poniente le daba en la cara, dándole un aspecto extraordinariamente vital.

—Jiazhen murió muy bien —repitió—. Murió serena y limpiamente, sin dejar ninguna riña pendiente, no como algunas mujeres del pueblo, que hasta muertas dan que hablar.

Ese anciano que tenía sentado delante de mí, con su manera de hablar de su esposa muerta más de diez años atrás, me llenó el corazón de una ternura indescriptible.

Como hierba verde mecida por el viento, vi el sosiego ondear a lo lejos.

Cuando la gente se fue, el campo cobró un aspecto despejado, parecía tan extenso, tan inmenso, lanzando destellos a la luz del poniente como de agua... Fugui tenía las dos manos sobre las rodillas y me miraba con los ojos entornados. Todavía no parecía ir a levantarse, y yo sabía que su historia no se había acabado. Pensé en pedirle que terminara de contármela antes de que se levantara.

—¿Qué edad tiene ahora Kugen?

Una expresión misteriosa afloró en los ojos de Fugui. No supe dilucidar si era de tristeza o de alivio. Su mirada pasó por encima de mi cabeza y voló a lo lejos.

—Si contamos por años, Kugen tendría ahora diecisiete.

* * *

Cuando murió Jiazhen, sólo me quedaban Erxi y Kugen. Erxi pagó a alguien que le hiciera una mochila para poder llevar a Kugen todo el día a la espalda; con lo cual, Erxi se cansaba más en el trabajo. Era mozo de carga, y tiraba de un carretón lleno de cosas hasta arriba, y encima tenía que llevar a Kugen. Iba jadeando, casi sin poder respirar. Aparte, llevaba un paquete con los pañales de Kugen. A veces, cuando hacía mal tiempo, los pañales no se secaban y no tenía de recambio, no le quedaba más remedio que montar tres cañas sobre el carretón, dos verticales y una horizontal, para tender los pañales. En la ciudad se reían de él. El compañero de trabajo de Erxi sabía lo mal que lo pasaba y, al ver que la gente se burlaba de él, soltaba:

—¿De qué coño te ríes? ¡Como te sigas riendo, te haré llorar!

Cuando Kugen lloraba en la mochila, Erxi sabía por el llanto si el niño tenía hambre, o si se había meado.

—Si es largo, es que tiene hambre —me decía—. Si es corto, es que le escuece el culo.

Y era verdad. Cuando Kugen cagaba o meaba, lloraba *«Mmh, mmh»*, y al principio hasta parecía que se estaba riendo. Un hombrecito tan pequeño, y ya sabía diferenciar llantos. Eso era porque quería a su padre, y le decía claramente lo que quería, y así Erxi no tenía que andar rompiéndose la cabeza.

Cuando Kugen tenía hambre, Erxi dejaba el carretón y buscaba a una mujer que estuviera criando. Le daba diez céntimos y le pedía a media voz:

—Dele un poco de mamar, por favor.

Erxi no era como otros padres, que miran cómo crecen sus hijos. Por el peso que sentía a su espalda, sabía si Kugen había crecido algo. Y él, como buen padre que era, se alegraba, claro.

—Kugen pesa más —me decía.

Cuando iba a verlos a la ciudad, a menudo veía a Erxi tirando del carretón, caminando por las calles, chorreando de sudor. Y Kugen iba en su mochila, moviendo la cabecita. Viendo que Erxi estaba tan cansado, le decía que me diera al niño, que me lo llevaría al pueblo. Erxi no quería.

—Padre —decía—, no me podría separar de Kugen.

Menos mal que Kugen creció rápido. Cuando supo andar, Erxi se quedó más relajado. Mientras cargaba, dejaba al niño a un lado, jugando. Y cuando tiraba del carretón, lo subía encima. Cuando fue un poco mayor, ya supo quién era yo. Como oía tantas veces a Erxi llamarme «padre», lo recordó. Y cada vez que iba yo a la ciudad a verlos, en cuanto me veía Kugen desde el carretón, se ponía a gritar con su vocecilla.

—¡Padre! —le decía a Erxi—. ¡Allí está tu padre!

Cuando el crío iba todavía en la mochila, ya sabía decir palabrotas y, si se enfadaba, empezaba con su boquita *«blibli, blabla»*, con la cara toda colorada. Nadie sabía qué estaba diciendo, sólo veían la saliva que rociaba al hablar. El único que lo sabía era Erxi.

—Está diciendo palabrotas —me contó.

Cuando Kugen supo andar y decir cuatro cosas, se volvió todavía más despierto. En cuanto veía a otro niño con algo que le gustara en la

mano, él le hacía señas como loco, todo risueño.

—¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

Y cuando el otro niño se le acercaba, él estiraba la mano para quitarle lo que llevara. Si el otro no se lo daba, Kugen ponía mala cara y, muy enfadado, lo echaba:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

Al perder a Fengxia, Erxi ya no se recuperó. Si de por sí no era muy hablador, al morir Fengxia, habló todavía menos. Si alguien le decía algo, con un «hum» ya se daba por contestado. Sólo hablaba un poco más cuando me veía. Kugen se había convertido en el pilar de nuestra existencia. Cuanto más crecía, más se parecía a Fengxia. Y cuanto más se parecía a Fengxia, más tristeza nos entraba al verlo. A veces, a Erxi se le saltaban las lágrimas. Y yo, su suegro, trataba de animarlo.

—Fengxia murió hace ya tiempo. Si puedes, olvídala.

Kugen tenía entonces tres años. El crío estaba sentado en un taburete, balanceando las piernas y esforzándose cuanto podía en oír lo que decíamos, con los ojos muy abiertos. Erxi se quedó pensando, con la cabeza ladeada.

—Pensar en Fengxia es el único momento de felicidad que me queda —dijo al cabo de un rato.

Luego tuve que volver al pueblo, y él a trabajar, así que salimos juntos. Una vez fuera, Erxi echó a andar, arrimado a la pared, con la cabeza torcida, a toda velocidad, como si temiera que alguien lo reconociera. Llevaba a Kugen de la mano, y el pobre niño iba a trompicones, casi casi a rastras. Yo tampoco me atrevía a reprocharle nada, sabía que Erxi estaba así desde que murió Fengxia.

—¡Ve más despacio! —le gritaban las vecinas al verlo—, ¡que vas a tirar a Kugen!

Erxi soltó un «hum» de los suyos, y siguió andando igual de rápido. Llevaba a Kugen casi en volandas, pero el crío iba mirándolo todo con los ojos muy vivos, como canicas.

—Erxi —dije cuando llegamos a la esquina—, me voy.

Sólo entonces se paró, y me miró levantando el hombro.

—Kugen, me voy —le dije al niño.

—Adiós —me decía Kugen con su vocecilla, agitando la mano.

Apenas tenía yo un momento, me iba a la ciudad. En casa no sabía estar y, como Kugen y Erxi estaban allí, me parecía que la ciudad era donde estaba realmente mi casa. Cuando volvía al pueblo, más solo que la una, me entraba angustia. Varias veces me llevé a Kugen al pueblo, a

pasar unos días. Él nada, corría contentísimo por todo el pueblo y me pedía que le ayudara a atrapar gorriones en los árboles. Yo le decía que cómo iba a atraparlos.

—Sube al árbol —me decía el crío señalando hacia arriba.

—Si me caigo, me descalabro —le decía yo—. ¿Quieres que me muera?

—No quiero que te mueras. Quiero un gorrión.

En el pueblo, Kugen se lo pasaba en grande. El que lo pasaba mal era Erxi, que no soportaba estar un día entero sin ver a Kugen. Cada día, después del trabajo, cuando ya no podía ni con su alma, recorría los más de diez *li* para venir a ver a Kugen. Al día siguiente, apenas amanecía, volvía a la ciudad a trabajar. Pensé que así no podía ser, así que, a partir de entonces, antes de que anocheciera, llevaba a Kugen a su casa. Al morir Jiazhen, yo en casa ya no tenía ataduras, así que, cuando llegaba a la ciudad, Erxi me decía:

—Padre, quédate.

Y yo me quedaba allí varios días. A Erxi le habría parecido bien que me quedara más tiempo y todo. Decía que tres generaciones en una casa siempre eran mejor que dos. Pero yo tampoco podía vivir a su costa, todavía tenía buenos pies y buenas manos, podía ganarme la vida. Y, si ganábamos dinero Erxi y yo, Kugen también viviría con más holgura.

Así fuimos viviendo hasta que Kugen tuvo cuatro años, que fue cuando murió Erxi. Quedó aplastado entre dos hileras de placas de cemento. Los mozos de carga, al menor descuido, chocan y se hacen daño. Pero que pierdan la vida en eso yo sólo conozco a Erxi. Todos los Xu tenemos la vida dura. Ese día, Erxi y otros compañeros estaban cargando placas de cemento en el carretón. Erxi se había subido encima, y la grúa traía otras cuatro. Algo salió mal, no sé qué fue, y las placas fueron a parar adonde estaba Erxi. Nadie había visto que estaba allí. Sólo se oyó de repente un grito:

—¡Kugen!

Los compañeros de Erxi me contaron que al oírlo se quedaron helados. No pensaban que Erxi pudiera tener ese vozarrón, parecía que se hubiera partido el pecho con ese grito. Cuando se dieron cuenta, mi yerno cabiztuerto ya estaba muerto, pegado a las placas de cemento. Aparte de los pies y la cabeza, el resto del cuerpo había quedado aplastado, no encontraron ni un solo hueso entero, todo era sangre y carne hecha papilla, incrustada como engrudo en las placas de cemento.

Me contaron que, al morir, el cuello se le había enderezado, y tenía la boca muy abierta. Eso era de llamar a su hijo.

Kugen estaba junto a un estanque cercano, lanzando piedras al agua. Al oír la última llamada de su padre, se giró y preguntó:

—¿Qué quieres?

Esperó un momento y, como no oyó que su padre siguiera llamándolo, siguió lanzando piedras. Así hasta que llevaron a Erxi al hospital, se confirmó su muerte, y alguien fue a buscar a Kugen.

—¡Kugen! ¡Kugen! ¡Tu padre ha muerto!

Kugen no sabía qué era la muerte, así que se giró y contestó:

—Vale.

Y se volvió y siguió lanzando piedras al agua.

Yo estaba en el bancal. Los compañeros de trabajo de Erxi vinieron corriendo a avisarme.

—¡Erxi se está muriendo! ¡Está en el hospital! ¡Date prisa!

Nada más oír que Erxi había tenido un accidente y estaba hospitalizado, me eché a llorar.

—¡Sacadlo de allí ahora mismo! —les grité—. ¡No puede ir al hospital!

Se quedaron mirándome, pasmados, creyendo que me había vuelto loco.

—Si Erxi entra en ese hospital —les dije—, corre peligro de muerte.

Youqing y Fengxia habían muerto en ese hospital. ¿Quién me iba a decir a mí que al final Erxi también iba a acabar allí muerto? Imagínate, en esta vida habré visto tres veces esa habitacioncita donde ponían a los cadáveres, y las tres veces el muerto era familiar mío. Yo ya era viejo, no estaba para esas cosas. Cuando fui a recoger a Erxi, nada más ver esa habitación, caí al suelo. Me tuvieron que sacar del hospital igual que a Erxi, a cuestas.

Al morir Erxi, me traje a Kugen al pueblo a vivir conmigo. El día en que dejamos la ciudad, di los enseres que había en casa de mi yerno a los vecinos. Sólo me quedé unas cuantas cosas ligeras y fáciles de llevar. Cuando me fui de allí con Kugen de la mano, estaba a punto de anochecer. Todos los vecinos salieron a despedirme y me acompañaron hasta la bocacalle.

—Ven a vernos de vez en cuando —me dijeron.

Algunas mujeres lloraron y todo.

—¡Qué vida más dura tiene este pobre niño! —decían acariciándole

la cabeza.

A Kugen le molestaba que se les cayeran las lágrimas en su cara, así que me tiraba de la mano sin parar.

—¡Vámonos! —decía—. ¡Vámonos!

En esa época ya hacía frío. Mientras iba por la calle con Kugen, silbaba un viento helado que se te metía por el cuello. Cuanto más andaba, más frío tenía. Pensando en lo alegre y animada que había sido mi familia, y que ahora ya sólo quedaban un viejo y un niño, me entraba tanta congoja que no podía ni suspirar. Pero me consolaba viendo a Kugen. Antes no lo tenía. Nada era mejor que tenerlo a mi lado ahora. Al fin y al cabo, Jiazhen y yo tendríamos descendencia, había que vivir y seguir adelante.

Llegamos delante de un restaurante de tallarines. De repente, Kugen gritó a todo pulmón:

—¡No quiero tallarines!

Yo iba pensando en mis cosas y no me fijé en los que decía.

—¡No quiero tallarines! —volvió a gritar Kugen al llegar a la entrada.

Y, tirándome de la mano, se quedó allí plantado, sin querer avanzar más. Sólo entonces entendí que le apetecía comer tallarines. El crío no tenía padre ni madre. Si le apetecían tallarines, lo menos que podía hacer era invitarlo a un cuenco. Entramos y nos sentamos, y pedí un cuenco de tallarines de a nueve céntimos. Miré cómo se los comía, sorbiéndolos, con la cabeza cubierta de sudor. Cuando salimos, todavía se relamía.

—Mañana más, ¿vale? —me dijo.

—De acuerdo —le contesté asintiendo.

Un poco más allá, pasamos por una tienda de caramelos, y Kugen volvió a tirarme de la mano. Levantó la cabeza para mirarme, y me dijo muy formal:

—No me apetecía tomar caramelos. Pero como he comido tallarines, no los tomaré.

Vi que estaba inventando una manera de conseguir que le comprara caramelos, así que me llevé la mano al bolsillo y encontré dos céntimos. Pero me lo pensé mejor y busqué otra de cinco, para comprar a Kugen cinco céntimos de caramelos.

Al llegar a casa, dijo que le dolían los pies. Había andado mucho y estaba cansado. Le dije que se tumbara en la cama mientras yo iba a calentar agua para darle un baño de pies. Cuando volvía con el agua

caliente, Kugen se había quedado dormido, con los pies apoyados en la pared, estaba como un tronco. Al verlo me eché a reír. Había puesto los pies en alto, apoyados en la pared, porque le dolían. ¡Tan pequeño, y ya sabía cuidar de sí mismo! Pero enseguida se me encogió el corazón. Kugen no sabía aún que su padre había muerto.

Esa noche, dormido, sentí opresión y congoja. Me desperté y vi que tenía el culete de Kugen apretándome en el pecho, y lo aparté. Al poco rato, justo cuando me estaba volviendo a dormir, el culete de Kugen fue moviéndose, moviéndose, hasta apoyárseme en el pecho. Estiré la mano a ver qué pasaba y comprendí que se había meado en la cama: debajo tenía toda una parte empapada, ¡por eso me ponía el culo en el pecho!, y pensé: «Bueno, pues que siga así.»

Al día siguiente, el crío echaba de menos a su padre. Mientras yo trabajaba en el campo, él se quedaba sentado en el sendero, jugando. Y así estaba, jugando tan tranquilo, cuando de repente me preguntó:

—¿Me vas a llevar tú, o me viene a buscar padre?

Los del pueblo, al verlo, movían la cabeza diciendo: «¡Pobrecito!»

—Ya no te irás —le dijo uno.

—Sí que me voy —dijo él muy serio.

Al atardecer, viendo que su padre todavía no había venido por él, se enfadó un poco, y empezó a decir cosas a toda velocidad, moviendo la boquita. Yo no entendía nada de lo que decía, y pensé que debía de estar soltando tacos. Al final, levantó la cabeza.

—Bueno. Si no viene, no pasa nada —dijo—. Como soy pequeño y no me sé el camino, acompáñame tú.

—Tu padre no vendrá por ti, y yo tampoco puedo llevarte. Tu padre está muerto.

—Ya sé que está muerto —contestó—. Ya es de noche y aún no ha venido a buscarme.

Esa noche, arropados los dos con el edredón, le expliqué lo que era la muerte. Le dije que, cuando alguien moría, había que enterrarlo, y que los vivos ya no volvían a verlo nunca más. El crío, al pronto, se puso a temblar de miedo. Luego, al pensar que ya no volvería a ver a Erxi, se echó a llorar a lágrima viva, con la carita apoyada en mi cuello y sus lágrimas calientes cayéndome por el pecho. Estuvo llorando y llorando hasta que se quedó dormido.

Al cabo de un par de días, pensé que tenía que enseñarle la tumba de Erxi, y me lo llevé a la parte oeste. Le dije qué tumba era la de su abuela materna, cuál era la de su madre, y luego la de su tío. Cuando

aún no le había enseñado la de Erxi, Kugen la señaló llorando.

—Ésa es la de mi padre —dijo.

Cuando llevábamos juntos seis meses, en el pueblo empezó el sistema de cuota de producción por familia,[18]con lo que la vida se volvió aún más difícil. A la nuestra le asignaron un *mu* y medio de tierra. Se acabó para mí lo del trabajo en común y lo de aprovechar para gandulear cuando me cansaba. El trabajo del campo me llamaba constantemente. Si no acudía, nadie lo iba a hacer por mí.

Y cuando uno se hace viejo, todo son achaques. Todos los días me dolían los riñones, veía mal. Antes, cuando llevaba a la ciudad los canastos de verdura con la palanca, iba de una tirada. En cambio entonces, iba andando y descansaba; descansaba y seguía andando. Tenía que ponerme en camino dos horas antes de que amaneciera, porque, si llegaba tarde, ya no había manera de vender la verdura. Como dice el refrán, «El pájaro torpe es el primero en volar». Y el que pagó el pato fue Kugen. Cuando el crío estaba durmiendo profundamente, iba yo y lo sacaba de la cama, y él se venía conmigo andando, agarrado con las dos manos al canasto de detrás, con los ojos todavía medio cerrados. Kugen era un buen niño. Cuando se despertaba del todo y veía que la carga que llevaba pesaba demasiado para mí y que cada dos por tres tenía que pararme a descansar, él sacaba un par de coles de los canastos y las llevaba en brazos, andando delante de mí. De vez en cuando, se volvía y me preguntaba:

—¿Pesa menos?

Yo estaba contentísimo.

—¡Mucho menos! —le contestaba.

Ahora que lo pienso, Kugen, con cinco años recién cumplidos, ya se había convertido en un buen ayudante mío. Allá donde fuera yo, allá iba él detrás a trabajar conmigo. Hasta sabía segar el arroz. Encargué a un herrero de la ciudad que le hiciera una hoz pequeña. Ese día el crío se puso como loco de contento. Normalmente, cuando íbamos a la ciudad, al pasar por delante de la callejuela de la casa de Erxi, el crío iba para allá como una exhalación, a jugar con sus amiguitos. Ya podía llamarlo, ya, que no me hacía ni caso. Pero ese día, como le dije que le había encargado una hoz, me agarró de la ropa y no me soltó en ningún momento. Estuvimos esperando juntos un buen rato delante de la herrería. En cuanto entraba alguien, él le señalaba la hoz que le estaban haciendo.

—¡Es la hoz de Kugen! —decía.

Cuando vinieron a buscarlo sus amiguitos para jugar, él les dijo que no muy ufano.

—Ahora no tengo tiempo de hablar con vosotros.

Cuando tuvo su hoz, Kugen no quería soltarla ni para dormir, pero yo no le dejaba, así que dijo que la metería debajo de la cama. Y lo primero que hacía al despertarse por la mañana era buscarla con la mano. Le dije que la hoz, cuanto más se usa, más afilada está; y que el hombre, cuanto más trabajador es, más fuerte se vuelve. El crío se quedó un buen rato mirándome, parpadeando.

—Entonces —dijo de repente—, ¡cuanto más afilada esté la hoz, más fuerte seré yo!

De todos modos, Kugen era un niño, y segaba el arroz mucho más despacio que yo. Al ver que yo iba más rápido, se enfadaba.

—¡Fugui! —me gritaba—. ¡Ve más despacio!

Como la gente del pueblo me llamaba Fugui, él también me llamaba así, aunque también me llamaba abuelo.

—Esto lo ha segado Kugen —le decía, señalando el arroz que yo acababa de cortar.

Él se echaba a reír muy contento.

—Esto lo ha segado Fugui —decía él señalando lo suyo.

Al ser tan pequeño, también se cansaba pronto, así que iba cada dos por tres a tumbarse en el sendero del bancal y echar una siesta.

—Fugui —me decía—, la hoz ya no está afilada.

Lo que quería decir era que ya no tenía fuerza. Después de echarse un rato, se levantaba, me miraba trabajar y me decía muy chulo:

—¡Fugui, no pises mi arroz!

Los de los campos de al lado se reían al verlo. Hasta el jefe de equipo se reía. El jefe de equipo estaba igual de viejo que yo, y seguía siendo jefe de equipo. Como en su casa eran muchos, le tocaron cinco *mu* de tierra, justo pegada a mi campo.

—¡Menudo pico tiene el mocoso éste, me cago en la mar! —decía él.

—Habla todo lo que no pudo hablar Fengxia —decía yo.

La vida que llevábamos entonces era dura, desde luego, y cansada, pero estábamos contentos. Con Kugen a mi lado, yo vivía mucho más animado. Viéndolo cada día más grande, yo, como abuelo, también estaba cada día más tranquilo. Al atardecer, nos sentábamos los dos en el quicio de la puerta a mirar cómo se ponía el sol, brillando rojo, rojo, sobre los campos, a escuchar las llamadas a casa de los del pueblo, y las

dos gallinas que teníamos iban y venían delante de nosotros. Kugen y yo nos queríamos mucho y, cuando estábamos los dos allí sentados, siempre teníamos miles de cosas que decirnos. Al ver a las dos gallinas, me acordaba de lo que decía mi padre en vida, y se lo contaba una y otra vez a Kugen.

—Cuando crezcan —le decía—, se convertirán en ocas. Cuando crezcan las ocas, se convertirán en ovejas. Cuando crezcan las ovejas, se convertirán en bueyes. Y nosotros seremos cada vez más ricos.

Kugen, al oír eso, se reía de buena gana. Se lo sabía de memoria, y muchas veces, cuando salía del gallinero con los huevos, lo cantaba.

Si había muchos huevos, íbamos a la ciudad a venderlos.

—Cuando hayamos ahorrado lo suficiente —le dije una vez—, nos compraremos un buey, así podrás ir a jugar montado en su lomo.

Al oírlo, los ojos le brillaban de ilusión.

—¡Entonces las gallinas se convertirán en buey! —dijo él.

A partir de entonces, Kugen se pasaba los días deseando que llegara el momento de comprar el buey.

—¡Fugui! —me decía cada mañana con los ojos muy abiertos—. ¿Compraremos hoy el buey?

A veces, cuando íbamos a la ciudad a vender huevos, me daba pena Kugen y me entraban ganas de comprarle caramelos.

—Sólo uno —me decía él—, que todavía tenemos que comprar el buey.

En un abrir y cerrar de ojos, Kugen cumplió siete años y se puso mucho más fuerte. Ese año, cuando llegó la época de recoger el algodón, dijeron por la radio del pueblo que al día siguiente habría lluvias torrenciales. Me entró una angustia tremenda. El *mu* y medio que tenía de algodón ya estaba maduro. Si la lluvia lo mojaba, se iba todo al garete. Nada más amanecer, llevé a Kugen al algodonal y le dije que teníamos que recogerlo todo en ese día. Kugen levantó la cara y me dijo:

—Fugui, estoy mareado.

—Date prisa —le dije yo—. Cuando hayamos acabado irás a jugar.

Entonces Kugen se puso a recoger algodón, pero, cuando llevaba un rato, corrió al sendero del bancal a tumbarse. Yo lo llamé, le dije que volviera. Pero él me dijo:

—Estoy mareado.

Pensé: «Bueno, pues que se quede un ratito tumbado.» Pero Kugen no se levantaba, y yo al final me enfadé un poco.

—¡Kugen, como no recojamos hoy todo el algodón, no podremos comprar el buey!

Sólo entonces se levantó.

—Es que estoy muy mareado —dijo.

Estuvimos trabajando sin parar hasta mediodía. Al ver que habíamos recogido buena parte del algodón, me quedé mucho más tranquilo y llevé a Kugen a casa a comer. Fue cogerle la mano y entrarme pánico. Le toqué la frente: abrasaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba enfermo, ¡qué estúpido había sido obligándolo a trabajar! Cuando llegamos a casa, le dije que se acostara. En el pueblo decían que el jengibre fresco lo curaba todo, así que le preparé una decocción de jengibre. Pero en casa no había azúcar, y pensé que echarle un poco de sal era hacerle una faena a Kugen, así que fui a casa de unos vecinos a pedir algo de azúcar.

—Os lo devolveré pronto, cuando venda el arroz —les dije.

—Déjalo, Fugui —me dijeron.

Después de darle la decocción a Kugen, le preparé sopa de arroz y miré cómo se la tomaba. Comí yo también. Nada más comer, tuve que volver al campo.

—Duerme, y ya verás cómo se te pasa —le dije.

Salí de casa, pero no me podía quitar a Kugen de la cabeza, de modo que fui a recoger media olla de judías frescas y volví a casa a preparárselas, con un poco de sal. Puse un taburete junto a la cama, y la olla encima del taburete, y dije a Kugen que comiera. Viendo que había judías, Kugen se rió de contento.

—¿Por qué no comes tú? —oí que me preguntaba mientras salía.

Volví a casa al atardecer. Había recogido todo el algodón, y estaba que no podía con mis huesos. En el pequeño trayecto desde el campo hasta la puerta de casa, me temblaron las piernas.

—Kugen —llamé al entrar—. Kugen...

Kugen no me contestó. Creí que se había quedado dormido. Fui a ver a la cama. Kugen estaba de través. En su boca entreabierta, se veían dos judías a medio masticar. Al verle la boca, me empezó a zumbar la cabeza: tenía los labios morados. Lo sacudí con fuerza, lo llamé a gritos: su cuerpo tambaleó, sin contestarme. Me quedé espantado, sentado en la cama, pensando. Llegué a pensar si no se habría muerto, y la idea me hizo llorar. Lo sacudí de nuevo, y él siguió sin contestarme. Pensé que igual se había muerto. Entonces salí de casa.

—Ve a ver a Kugen, por favor —pedí a un joven del pueblo que me

encontré—, creo que está muerto.

El joven se quedó mirándome un rato, y luego echó a correr hacia mi casa. Él también sacudió a Kugen. Luego le puso la oreja en el pecho, y estuvo así mucho tiempo.

—No se oye el corazón —acabó diciendo.

Vino mucha gente del pueblo. A todos les rogué que fueran a ver a Kugen. Todos fueron a sacudirlo, a ponerle el oído en el pecho, y todos acabaron diciéndome:

—Está muerto.

Kugen había muerto de comer tantas judías, no porque el crío fuera demasiado glotón, sino porque éramos pobres. En el pueblo, cualquier niño vivía mejor que Kugen y, aun así, para ellos era un lujo comer judías. A mí me fallaba ya la cabeza, por eso le había hecho tantas judías: me había vuelto idiota de puro viejo, y había matado a mi Kugen.

A partir de entonces, no me quedó más que vivir solo. Pensé que, al fin y al cabo, tampoco me quedaba mucho tiempo. ¿Cómo iba a imaginar que viviría tantos años? Sigo igual: me siguen doliendo los riñones, se me sigue nublando la vista, pero en cambio oigo muy bien. Cuando habla la gente de por aquí, podría decirte quién es sin verlo. Es verdad que a veces, pensando, me entra tristeza, pero a veces también me entra paz. Yo enterré a toda mi familia, con mis propias manos. Cuando estire la pata, no tendré que preocuparme por nadie. Ya me he hecho a la idea. Cuando me muera, me moriré tranquilo y ya está, no hará falta que ande pensando en quién se ocupará de mi cadáver. Seguro que en el pueblo habrá alguien para enterrarme. Y, si no, cuando empiece a apestar, lo harán para no aguantar el olor. Y no me enterrarán por nada: tengo diez yuanes metidos debajo de la almohada. No pienso tocarlos ni aunque me muera de hambre. Todo el mundo en el pueblo sabe que son para el que me sepulte, y que quiero que me entierren al lado de Jiazhen y mis hijos.

La vida, bien pensado, ha pasado muy rápido, y ha sido tranquila. Mi padre contaba conmigo para traer honor a mis antepasados, pero se equivocó. Éste es el destino que he tenido. De joven, me di la gran vida a costa del dinero de mi familia, y luego, pasé cada vez más miseria. Pero está bien así. Cuando pienso en los demás, por ejemplo en Long Er y Chunsheng, ellos también vivieron bien un tiempo, y al final se les fastidió todo. Lo mejor es llevar una vida normal. Cuando uno lucha por esto o por lo otro, de tanto luchar acaba pagando con la vida. En

cambio yo, si lo pienso, he ido tirando y, con el tiempo, yendo cada vez a peor. Pero tengo una vida larga. Todas las personas que he conocido han ido muriendo, y yo sigo vivo.

Al año siguiente de la muerte de Kugen, ya había reunido suficiente dinero para comprar el buey. Viendo que aún me quedaban unos años por vivir, pensé que valía la pena comprarlo a pesar de todo. Un buey es media persona: puede trabajar por mí; cuando no hay trabajo, me hace compañía; cuando estoy decaído le cuento mis penas... Cuando lo llevo a pastar en la orilla, tirando de la cuerda, es como si llevara a un niño de la mano.

El día en que compré el buey, me metí el dinero en la ropa y me puse en camino hacia Xinfeng, porque allí hay una feria de ganado muy importante. Al pasar por el pueblo de al lado, viendo que había un corro de gente en la era, fui a ver qué pasaba, y vi este buey. Estaba tumbado en el suelo, con la cabeza ladeada, y le iban cayendo lagrimones de los ojos, *plas, plas*. Un hombre desnudo de cintura para arriba estaba afilando un cuchillo de carnicero, *ris ras, ris ras*, mientras los mirones iban discutiendo sobre cuál era el mejor sitio para meterle la primera cuchillada. Viendo al viejo buey llorar, tan triste, se me encogió el corazón. Pensé que ser buey tenía que ser muy duro: después de haberse deslomado trabajando toda la vida para el hombre, cuando se hacía viejo y perdía fuerza, el hombre lo mataba para comérselo.

No tuve corazón para quedarme en la era viendo cómo lo sacrificaban, así que seguí mi camino hacia Xinfeng. Pero andando, andando, no conseguía quitarme ese buey de la cabeza. Él sabía que iba a morir, tenía un charco de lágrimas debajo de la cabeza.

Cuando más avanzaba, peor me sentía. Y al final pensé: «Lo compro, y no se hable más.» Volví a toda prisa a la era. Ya le habían atado las patas. Me abrí paso a empujones hasta el hombre del cuchillo.

—Ten piedad, véndeme este buey —le dije.

El hombre del torso desnudo estaba probando el filo con los dedos. Se quedó un buen rato mirándome.

—¿Qué has dicho? —preguntó al fin.

—Que quiero comprar este buey —dije yo.

Se rió a carcajada limpia, y todos los del corro estallaron a risotadas con él. Yo sabía que se estaban riendo de mí. Me saqué el dinero que llevaba encima y se lo puse en la mano.

—Cuéntalo.

El hombre del torso desnudo se quedó patidifuso, mirándome y

remirándome, rascándose la nuca.

—¿De verdad lo quiere comprar? —me preguntó.

No dije nada. Me puse en cuclillas para desatar las patas del buey. Luego, en pie, le di unas palmadas en la cabeza. El animal resultó ser muy listo, se dio cuenta de que ya no iba a morir, y se levantó de golpe, dejando de llorar.

—Cuenta el dinero —dije al hombre mientras agarraba la cuerda.

El tipo se puso el fajo de billetes delante de los ojos, como si comprobara el grosor.

—No lo cuento. Llévate el buey.

Y me lo llevé. Oí detrás de mí las risotadas de la gente.

—Hoy sí que he hecho buen negocio —decía el hombre—, hoy sí que he hecho buen negocio.

Los bueyes entienden al hombre: cuando me lo llevaba, él sabía que yo le había salvado la vida, y se arrimaba a mí, cariñosísimo.

—Anda, anda —le decía yo—, no estés tan contento, que si te llevo conmigo es para que trabajes, no para criarte como si fuera tu padre.

Cuando llegamos al pueblo, todo el mundo se acercó a curiosear, diciendo que yo estaba ya mal de la cabeza por haber comprado un buey tan viejo.

—¡Fugui! —dijo uno—. ¡Este buey es más viejo que tu padre!

Los que entendían de bueyes me dijeron que, como mucho, me viviría dos o tres años. Pensé que ya estaba bien, que seguramente yo tampoco viviría tanto tiempo. Quién nos iba a decir que hoy seguiríamos vivos. En el pueblo, todo el mundo se extraña y se sorprende al vernos. Anteayer mismo, sin ir más lejos, alguien dijo que éramos «un par de vejestorios».

Una vez el buey en casa, se convirtió en un miembro de mi familia, así que tuve que ponerle nombre. Estuve dándole vueltas y vueltas, y al final pensé: «Lo mejor será llamarlo *Fugui.*» Una vez que decidí llamarlo *Fugui*, lo mirara como lo mirara, siempre le encontraba parecidos conmigo, así que me quedé muy satisfecho de mí mismo. Más tarde, la gente del pueblo también empezó a decir que nos parecíamos mucho, y me reía pensando que eso ya lo sabía yo desde el principio.

Fugui es un buen tipo. A veces, él también remolonea cuando no lo veo. Pero si yo mismo lo hago cada dos por tres, ¡cómo no lo va a hacer el buey! Sé muy bien cuándo tengo que hacerlo trabajar y cuándo tengo que dejarlo descansar: cuando estoy cansado, sé que él también lo está, y lo dejo descansar. Cuando ya he descansado lo suficiente y me

encuentro con más fuerza, él también tiene que ponerse a trabajar.

* * *

Mientras hablaba, el anciano se puso en pie, se sacudió la tierra del culo y llamó al buey, que seguía en la orilla de la laguna. El animal acudió y, al llegar junto al anciano, bajó el testuz. El anciano se echó el arado al hombro y se alejó lentamente, tirando del buey.

Los dos Fugui tenían los zapatos y pezuñas llenos de barro, y se bamboleaban ligeramente al andar. Oí al anciano decirle al buey:

Hoy, Youqing y Erxi han arado un *mu*; Jiazhen y Fengxia han arado casi un bancal entero. Kugen, como es pequeño, sólo ha arado medio *mu*. En cuanto a ti, no pienso decirte cuánto has arado hoy, porque si te lo digo creerás que quiero avergonzarte. También hay que decir que ya eres viejo y que para poder arar ese poquito habrás puesto toda el alma y toda tu fuerza.

El anciano y el buey fueron alejándose lentamente. Hasta mí llegaba la voz cascada y conmovedora del viejo. Su canción flotaba como la brisa en el cielo despejado del atardecer:

De joven, disipado,
de adulto afortunado,
de viejo abandonado.

El humo de las chimeneas se elevaba en volutas sobre las techumbres de las casas, disipándose y desvaneciéndose en el cielo resplandeciente de arreboles.

Las llamadas de las madres a sus hijos se sucedían ininterrumpidamente. Un hombre pasó delante de mí llevando cubos de estiércol con la palanca, que iba crujiendo con su trote. Poco a poco, los campos fueron tendiendo a la quietud, los contornos se desdibujaron, el arrebol de las nubes fue extinguiéndose.

Yo sabía que el crepúsculo estaba a punto de pasar, y la noche a punto de caer. Vi la tierra espaciosa mostrar su pecho sólido, en actitud de llamada. Al igual que una mujer llamando a su hija, la tierra convocaba a las tinieblas de la noche.

Notas

[1] Tradicionalmente, el embrión humano tarda diez meses del calendario lunar en desarrollarse. Aquí se trata de una canción tradicional acerca de los sentimientos y sensaciones de una madre en cada uno de los meses de embarazo. (*Todas las notas son de la traductora*.)

[2] Para la traducción de los nombres —salvo los que ya tienen tradición en nuestra lengua— se ha usado la transcripción fonética *pinyin*, oficial en la República Popular China y de uso general en las publicaciones en lenguas occidentales. Sin embargo, en ocasiones el *pinyin* se aleja de la pronunciación castellana. A fin de evitar errores en la pronunciación de determinados nombres, se ofrece aquí su transcripción según el sistema Wade—Giles (negrita):

Changgen [**Ch'ang—ken**], Chen [**Ch'en**], Erxi [**Er—hsi**], Fengxia [**Feng—shia**], Fugui [**Fu—kui**], Jiazhen [**Chia—chen**], Lao Quan [**Lao Ch'üan**], Kugen [**K'u—ken**], Wang Si [**Wang Azu**], Wang Xi [**Wang hsi**], Xu [**Hsü**], Yuoqing [**You—ch'ing**].

[3] El *mu* equivale a 0,0667 hectáreas.

[4] *Qian zi wen*, antiguo manual de instrucción básica para niños compuesto de mil caracteres diferentes por Zhou Xingsi en el siglo VI, revisado y aumentado varias veces hasta la actualidad.

[5] Es un nombre que, en chino, se asocia fácilmente a los prostíbulos.

[6] Huevo conservado en una mezcla de cal, arcilla, sal y paja de arroz. Una vez pelado y limpio, es un manjar muy apreciado, pero su aspecto entre gelatinoso y viscoso y su color entre pardo y verde oscuro no resultan muy atractivos.

[7] Juego de fichas parecidas a las del dominó muy en boga en la época de la República (1912—1949).

[8] Medida china de longitud que equivale aproximadamente a

medio kilómetro.

[9] El vestido manchú, oqipao, es el que conocemos como «vestido chino», de cuello cerrado y aberturas laterales.

[10] En principio, el varón primogénito es quien se encarga, en una familia, del culto a los antepasados.

[11] Se trata del paraíso del buda Amitâbha.

[12] Unidad que indica la cantidad y calidad del trabajo llevado a cabo, y su retribución en las comunas populares rurales.

[13] Medida china equivalente a medio kilo aproximadamente.

[14] Se trata del traje azul, negro o gris, de cuello cerrado que llevan principalmente los funcionarios del gobierno y que en España se conoce como «traje Mao».

[15] Jiefang significa «Liberación» (comunista); Liu es el apellido, que, como en todos los nombres chinos tradicionales, se antepone al nombre. El antiguo nombre, Chunsheng significa «Nacido en Primavera».

[16] Periódicos y comunicados murales en grandes caracteres, una de las «cuatro grandes democracias» (libre expresión de opiniones, plena exposición de puntos de vista, gran debate y periódicos murales) y un importante instrumento político desde los años cincuenta hasta finales de los setenta.

[17] Literalmente, «Raíz Amarga», «Origen Triste».

[18] Cuota de producción agrícola fijada por explotación familiar; sistema según el cual cada unidad familiar garantiza una producción determinada, pudiendo quedarse con los excedentes, pero debiendo pagar una multa si no alcanza la cuota.